

CIÓ

85



OBRAS
DEL ILMO.
R. PORTUGA

LA VIRGEN
PURÍSIMA



BT601

P6

002535

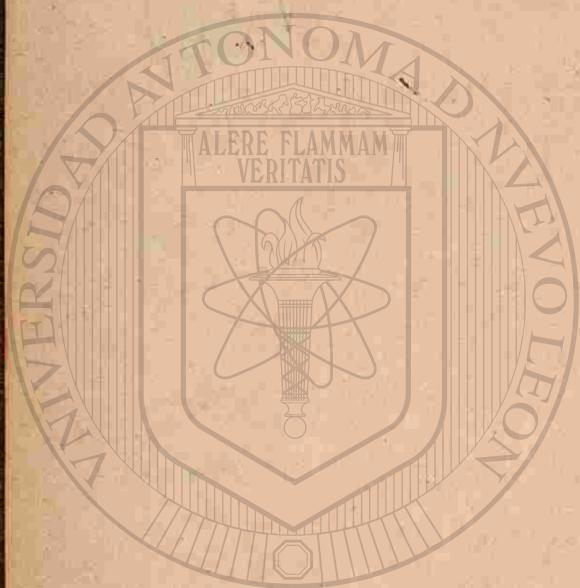


1080014882

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

*Biblioteca Universitaria
Capilla Alfonso*



®

39928



Venerabili Fratri Josepho Mariae

EPISCOPO DE AGUASCALIENTES.

PIUS PAPA X.

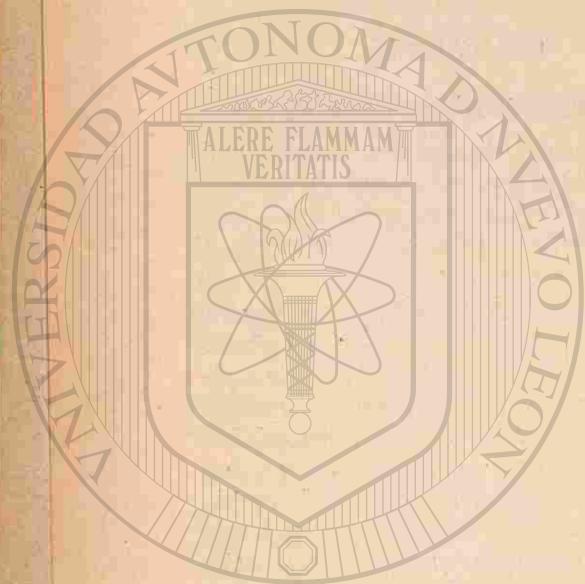
Venerabilis Frater, salutem et Apostolicam Benedictionem.

Relligionem pietatemque tuam quam antea habebamus perspectas tuis ex operibus in obsequium Personae Nostrae submissis, tum luculentius multo intelleximus e praecellenti illo libro, quem quinquagenariam dogmatis de Immaculato Virginis conceptu faustitatem celebraturus emisisti recens donoque Nobis exhibendum curasti. Qui sentiant tam pie Praesules, eos putamus etiam adlaborare sollerter. Populum idcirco tuum, qui salubribus a te spiritualis vitae pabulis alitur, omnibus quoque circumdari pastoralis industriae curis nullo modo dubitamus. Quapropter cum grati significatione animi, benevolentiae etiam praecipuae testimonia deferimus, Nostraeque voluntatis testem, et divinorum munerum auspiciem Apostolicam Benedictionem tibi gregique tuo peramanter in Domino impertimus.

Datum Romae apud S. Petrum die XVII Februarii MCMV, Pontificatus Nostri anno secundo.

PIUS PP. X.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tolosa



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al Venerable Hermano José María,
OBISPO DE AGUASCALIENTES.

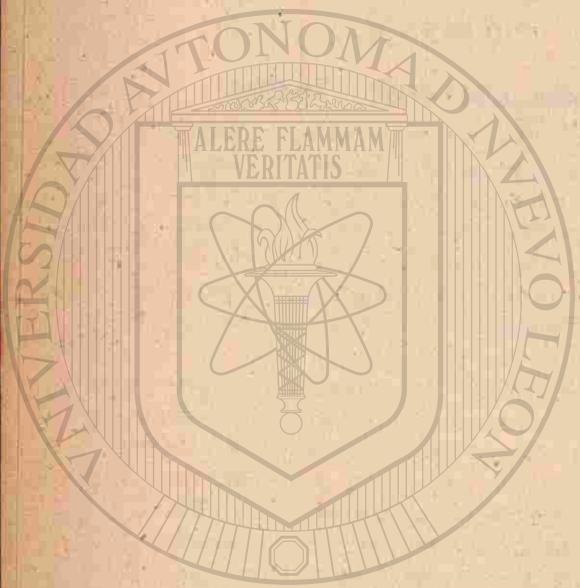
PIO PAPA X.

Venerable Hermano. Salud y Bendición Apostólica.

Conocidas nos eran tu religión y piedad por tus obras con que obsequiaste á Nuestra Persona, y ahora se manifiestan más claramente aquellas por tu excelente libro, que para celebrar el aniversario de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen, nos enviaste poco ha y el cual procuraste nos fuera presentado. Prelados que sienten tan piadosamente, juzgamos que trabajan con mucho afán. Por esto de ninguna manera dudamos que tu pueblo que alimentas con los pábulos de la vida espiritual, se halla rodeado de todos los cuidados de tu pastoral ministerio. Por lo tanto, en prueba de Nuestra gratitud, y en testimonio de Nuestra especial benevolencia y afecto y como prenda de los dones celestiales, á ti y á tu rebaño concedemos amorosamente en el Señor la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto á San Pedro, á 17 de febrero de 1905, año segundo de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA X.



LA
VIRGEN PURÍSIMA
DE MIS AMORES,
EL CANTAR DE MIS CANTARES,

POR EL ILMO. Y RMO.

SR. OBISPO DE AGUASCALIENTES

D. JOSÉ M. DE JESÚS PORTUGAL

O. M.

Con aprobación del Ordinario.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

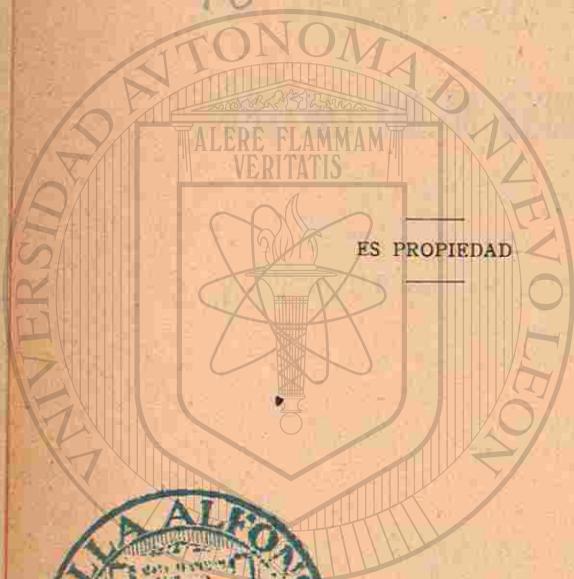
BARCELONA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
IMPRENTA DE SUBIRANA HERMANOS

calle de la Puerta Ferrisa, num. 14

1904

BT601

P6



FONDO METEORIO
VALVERDE Y TELLEZ

18632

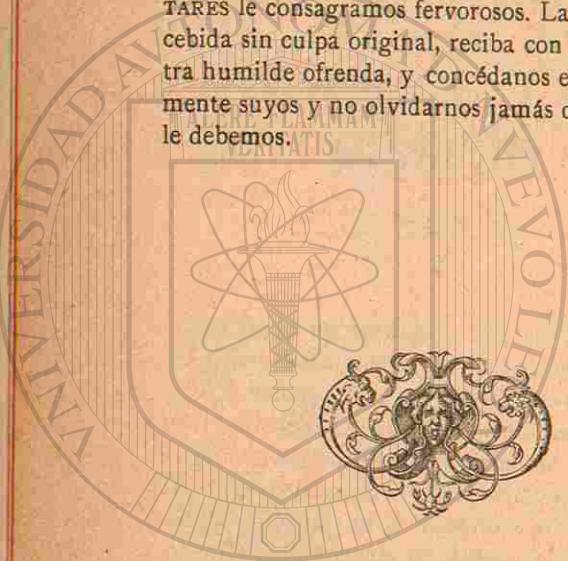


PRÓLOGO

EN este año quincuagésimo de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la santísima Virgen, el mundo cristiano se ha estremecido de un júbilo inmenso; y en todas partes se celebra aquel glorioso acontecimiento con un entusiasmo extraordinario, y que verdaderamente complace á los hijos de María. Nosotros no podemos permanecer indiferentes ante ese espectáculo admirable, y unimos nuestra débil voz á los cantos armoniosos de amor, de alabanza y de acción de gracias que se elevan á Dios nuestro Señor por el motivo que hemos indicado; tal es el objeto del presente libro. María es nuestra Madre; y aunque somos unos miserables, la amamos con todo nuestro afecto; su gloria es nuestra dicha, y toda nuestra vida está consagrada á su santo servicio. Glorificarla, narrando sus grandezas, prerrogativas y excelencias, forma

002533

la primera parte de esta obra: LA VIRGEN PURÍSIMA DE MIS AMORES; glorificarla, derramando en su Corazón purísimo los encendidos y filiales afectos del nuestro, viene á formar la segunda parte que con el título de EL CANTAR DE MIS CANTARES le consagramos fervorosos. La Virgen concebida sin culpa original, reciba con agrado nuestra humilde ofrenda, y concédanos el ser enteramente suyos y no olvidarnos jamás del amor que le debemos.



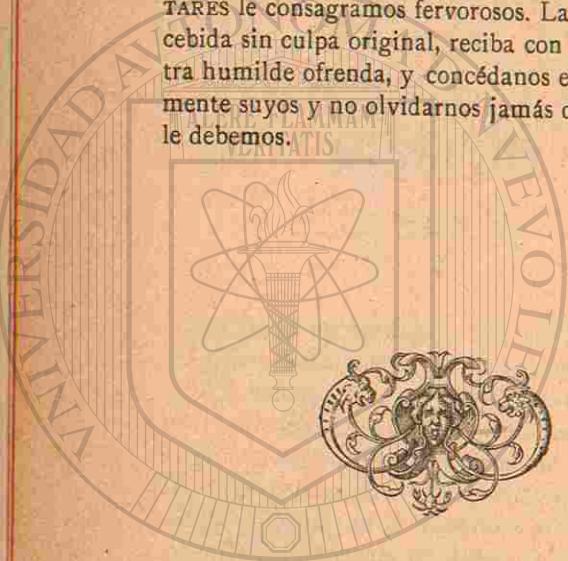
LA VIRGEN PURÍSIMA DE MIS AMORES

CAPÍTULO PRIMERO

Es la primera entre todas las obras del Señor.

QLVIDEMOS por unos instantes nuestros intereses terrenales; y alejando de nosotros todo pensamiento y deseo menos digno de un alma que quiere elevarse hasta el Señor, recojamos nuestro corazón y preguntemos: ¿cuál es entre las obras del Eterno, la primera, la más acabada y perfecta? Mil voces de júbilo se dejan oír con armonía divina: Es la Virgen sin pecado, la Madre santísima de Dios. Así habla la pureza, y añade en seguida: Yo nací de su seno, fuente de luz y manantial inagotable de la gracia; en Ella tengo

la primera parte de esta obra: LA VIRGEN PURÍSIMA DE MIS AMORES; glorificarla, derramando en su Corazón purísimo los encendidos y filiales afectos del nuestro, viene á formar la segunda parte que con el título de EL CANTAR DE MIS CANTARES le consagramos fervorosos. La Virgen concebida sin culpa original, reciba con agrado nuestra humilde ofrenda, y concédanos el ser enteramente suyos y no olvidarnos jamás del amor que le debemos.



LA VIRGEN PURÍSIMA DE MIS AMORES

CAPÍTULO PRIMERO

Es la primera entre todas las obras del Señor.

QLVIDEMOS por unos instantes nuestros intereses terrenales; y alejando de nosotros todo pensamiento y deseo menos digno de un alma que quiere elevarse hasta el Señor, recojamos nuestro corazón y preguntemos: ¿cuál es entre las obras del Eterno, la primera, la más acabada y perfecta? Mil voces de júbilo se dejan oír con armonía divina: Es la Virgen sin pecado, la Madre santísima de Dios. Así habla la pureza, y añade en seguida: Yo nací de su seno, fuente de luz y manantial inagotable de la gracia; en Ella tengo

todas mis delicias, es la cándida azucena de los valles, y es más pura que la luz del cielo.—Habla en seguida la humildad:

Es María la reina de los cielos; está enriquecida con todos los tesoros del Señor; es su Madre inmaculada y santa; mas nunca dejará de ser su esclava; y entre todas las esclavas del Señor, quiere tener el último lugar; por esto, es su Corazón inmaculado el trono en que descansa.—Yo, la caridad, el santo amor de Dios, soy quien inflama todos los afectos de María; y á nadie como á ella, he comunicado todos mis ardores.

Vienen en seguida las demás virtudes y depositan sus coronas á los pies de su reina, y la bendicen con cánticos de amor y de alabanza; porque ella es su gloria y la luz de su hermosura y el purísimo brillo de todos sus encantos, de sus perfecciones y sus gracias.

Corazón mío, ¿qué es lo que sientes al contemplar desde este punto de vista, á la escogida del Señor, á esa incomparable y celestial criatura que ha cautivado todos tus afectos? ¿Dejarás de conocer que es la primera entre todas las obras del Eterno? Los sentimientos que María despierta en el corazón al pensar en Ella, llenos están de celestial dulzura, y de un encanto que nos inunda de inefable dicha. Contemplamos un instante su belleza purísima y sagrada; la admiración se apodera de nosotros,

y exclamamos: ¡Quién es la hermosísima criatura que sube del desierto, adornada con todos los esplendores de la gracia, y apoyada en su Amado! Ni es tan bella la aurora, ni el sol es tan brillante, ni tan apacible la luz de la argentada luna, como son purísimas y hermosas las miradas de María. Llena de encanto y de gracia la contemplamos un instante en dulce arrobamiento de nuestro espíritu, y le decimos: Déjanos oír tu voz, porque tu voz es dulce. Sí, lo es, y más dulce que el canto armonioso de los ángeles que sin cesar bendicen al Señor en lo más alto de los cielos. Oigan nuestras almas, decimos otra vez á nuestra Madre dulcísima, tu amable y cadenciosa voz, y llénese de delicias todo nuestro espíritu. Vuelta á nosotros la piadosa Virgen, abre sus labios y dice estas palabras: El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, desde el principio, antes que criase cosa alguna. Desde la eternidad tengo yo el principado, soy reina desde la eternidad, desde antes de los siglos, primero que fuese hecha la tierra. Todavía no existían los abismos, y yo estaba ya concebida.... Cuando extendía los cielos, estaba yo presente.... Y con El disponía todas las cosas (1).—Yo salí de la boca del Altísimo, engendrada primero que existiese ninguna criatura.... Desde el principio y antes de

(1) Prov. VIII.

los siglos, recibí el ser, y no dejaré de existir en todos los siglos venideros (1).

¡Cuánta magnificencia y esplendor, y qué gloria tan sublime! Iluminada por el Espíritu divino, María conoce su dignidad infinita, y cómo es la primera entre todas las obras de Dios; y esto sin embargo de ser la más humilde de todas las criaturas. La humildad no obscurece su elevada inteligencia, ni prohíbe á la dichosa Virgen publicar las maravillas y grandezas que en favor suyo realizó el Eterno.

Es María entre todas las criaturas la primera; mas ¿cómo es esto cuando Ella no vino á la existencia al principio sino al acercarse la plenitud de los tiempos? Así pasó en realidad, pero no es ésta la primacía de que tratamos, sino otra más elevada y gloriosa: la del amor; aquella que arrebatando el corazón y las miradas del Eterno, detiene y fija en el objeto de su predilección, su divina complacencia, y le hace descansar como en delicioso tálamo, en su bendito seno. El que me crió descansó en mi tabernáculo, en mi morada. Las virtudes han cantado las glorias de María; nuestro pobre y miserable corazón ha desfallecido al contemplar su admirable y celestial grandeza; y María á su vez ha proclamado las misericordias del Altísimo que quiso preferirla entre todas sus

(1) Eccli. XXVI.

criaturas.—No vino la primera á la existencia en el orden del tiempo; mas esto en vez de disminuir la predilección para con Ella, le presta nuevos resplandores de gloria y de grandeza; porque no fué prevista al acaso, sino que elegida por Dios antes de los siglos, predestinada por el Altísimo, preparada para El mismo, aguardada por los ángeles, prefigurada por los padres y prometida por los profetas, tenía que aparecer sobre la tierra en medio de la luz y circuida de una magnificencia incomparable de gracia y de pureza. Todo tenía que servirle y había de tributarle honor y gloria.

Al testimonio de las criaturas, á sus cantos armoniosos de alabanza, añadamos las dulces expresiones que le dirige su Esposo: Sesenta son las reinas, le dice El, ochenta las esposas de segundo orden é innumerables las doncellitas; pero una sola es mi paloma, mi perfecta, la hija única de su madre, la escogida de la que la dió á luz. La vieron las doncellas y la aclamaron dichosísima; la vieron las reinas y demás esposas y la colmaron de alabanzas (1).

También nosotros llamamos muy dichosa á la purísima Virgen de nuestros amores; le dirigimos nuestras alabanzas; y nos creemos muy felices pensando en Ella, en su incomparable y celestial grandeza. ¡Bendita sea mil veces, y

(1) Cant. VI, 7, 8.

bendito mil veces el altísimo Dios que quiso preferirla á todas sus criaturas!

Es María la primera entre todas las obras del Eterno: así nos lo prueba el amor que le tiene. Ese amor no es estéril como el nuestro, sino fecundísimo, y en sus grandes manifestaciones descubre sus divinas energías y su ternura; ahora bien: ¿existe algún ángel, ó si se quiere aún el más elevado serafín á quien Dios nuestro Señor haya revelado su amor y su ternura, como á María, á quien el Padre llama su Hija predilecta, y escogió por Madre el Hijo del Altísimo, y el Espíritu divino se dignó consagrar como templo divinísimo, y la hizo su Esposa inmaculada y santa?

La dignidad de Madre de Dios descúbrenos las más sagradas y estrechas relaciones que, fuera de la unión hipostática, pueden existir entre el Criador y la criatura; sagradas y estrechísimas, por la unión con Dios, indisoluble y verdaderamente substancial; y nacen de aquí las expansiones de un amor todo celestial y coloquios dulcísimos de una dulzura inefable.

En virtud de la unión que hay entre Jesús y María, ¿podrá la santa Madre pensar en otra cosa que en su Hijo? El pensamiento de Jesús la ilumina y la eleva hasta el Señor, y á todas partes la acompaña y transforma en EL. Al pensar en tan profundos misterios, la admiración se apodera de nosotros. ¡Qué grandeza la de la

santa Madre! Su dignidad es infinita, y María, excepto Dios, es superior á todo lo que existe.

A pesar de la grandeza incomprendible de esta Niña hay entre Ella y su Hijo una distancia infinita. Jesús, Hijo único de Dios vivo, consubstancial al Padre, incommutable y eterno, vive siempre en el seno de su Padre. María criada por Dios en justicia original, y enriquecida con todos los tesoros de la gracia, no es sino criatura. Mas veamos ahora las maravillas del amor divino realizadas en el seno de María. ¿Quién podrá franquear aquel abismo, profundo y dilatado sin medida alguna, que hay entre el Criador y la criatura? Una palabra de san Juan nos da la respuesta y lo explica todo: El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Al bajar de los cielos el Hijo de Dios, no vino á buscar para que fuese su Madre alguna de las grandes y esclarecidas matronas del pueblo de Israel. No hicieron que bajase á la tierra, la opulencia de los tesoros ni el esplendor del trono; mas sí le cautivaron los encantos y virtudes de una humilde doncellita, que el mundo no conocía; pero que Dios había preferido á todas las criaturas desde la misma eternidad.

Dijimos que la Maternidad de la purísima Virgen María por la inefable y sacrosanta unión que establecía entre el Hijo y la Madre, era fuente de donde manaban sin cesar, las dulces confidencias, las santas expansiones entre uno y

otra. Da María el nombre de Hijo al Verbo del Padre, Dios y Señor de los ángeles. Entre estos elevados espíritus, ¿habrá alguno que pueda dar ese nombre al Hijo de Dios? A grande honra tienen el que siendo espíritus, sean llamados ángeles. María sabiendo que es Madre de Dios, le llama con mucha confianza Hijo suyo; y Jesús se sujeta á su divina Madre, Jesús á quien obedecen los Principados y las Potestades.—Al pensar en esto el asombro se apodera de nosotros: ¿qué deberemos preferir, la dignación benignísima del Hijo, ó la dignidad excelentísima de la Madre? *Utrisque estupor.* La humildad del Hijo es sin ejemplo, y la dignidad de la Madre, incomparable.

Si el amor por sus dones nos revela su grandeza, la unión que trae consigo nos dice lo mismo. A nadie ha enriquecido Dios nuestro Señor con tan real magnificencia como á María; y con ninguna criatura se ha unido tan estrechamente, como quiso hacerlo con la santa Virgen que le llevó en su seno y es su verdadera Madre. Por esto es Ella la primera entre todas las criaturas, en el amor de su Dios.

Dios ama más las cosas mejores; y la perfección de las criaturas por parte del Señor consiste en la excelencia y abundancia de los dones con que se digna enriquecerlas; por parte de ellas mismas, en la fidelidad y en la correspondencia á las divinas gracias. Si después de esto

ponemos los ojos en la purísima Virgen María, conoceremos que nadie ha recibido del Eterno tan ricos y espléndidos tesoros de gracia, de virtud y perfección como Ella: ni los más encumbrados serafines, ni los santos más privilegiados.

La fidelidad de la sacratísima Virgen y su correspondencia á las divinas gracias es tan admirable y cumplida sobre toda expresión, que san Agustín llega á decir lo siguiente: El Señor magnificó en María el haber cumplido la voluntad del Padre. Introduciendo, por decirlo así, á Jesús en lo que acaba de decir, añade lo siguiente: Mi Madre á quien llamáis feliz, lo es porque guarda al Verbo de Dios; no porque en Ella se hizo carne este Verbo, sino porque lo guarda, habiendo sido hecha por El, y este mismo Verbo se hizo carne en Ella (1).

La Maternidad divina tiene en sí misma una dignidad infinita y una luz de adorable pureza, y es al mismo tiempo manantial inagotable de un gozo tan santo y profundo, que no cabiendo en el Corazón de María después de transformarlo en sí mismo, lo envuelve en sus gloriosas ondas, y en ellas lo tiene enteramente sumergido. Ahora bien: la fidelidad de la sagrada Madre y su correspondencia á las gracias del Eterno, tienen una perfección tan admirable,

(1) In Joann. Tract. X.

que, si posible fuese, la luz de la Maternidad divina colmaría sus vivos resplandores; y aquella fuente en que María sin cesar está bebiendo delicias de gloria, mezclaría sus aguas con las que están saliendo á cada instante de sus perfectísimas virtudes y de su fidelidad incomparable.

Los hijos de María, los que la amamos, aunque esto sea con un amor muy imperfecto, y en verdad indigno de tan santa Madre, pensando que es la primera entre todas las obras de Dios, la más amada de su corazón divino, llenos de inefable dicha y penetrados de un júbilo profundo, levantamos nuestros ojos al Señor para decirle mil ternuras, y expresarle la gratitud inmensa que sentimos, porque vió la humildad de María y la amó sobre todas las criaturas, y se dignó constituir la primera entre todas las obras de su amor. Le bendecimos, le damos gracias y adoramos la gloria de su nombre.

Los hijos pequeños de María que somos tan indignos de ese nombre, no estamos contentos de tal dicha, sino descansando en el seno ó á los pies de nuestra dulce Madre; y así lo hacemos. ¡Oh, y cuántos misterios de un amor ardentísimo y sagrado y de una pureza cuya perfección sólo Dios conoce, descubriremos en aquel bendito seno! Y á los pies de María Dios nos hará conocer que fué la más humilde de

todas las criaturas; la misma inocencia y la personificación de la mansedumbre y la dulzura.— Después de un instante, y casi sin darnos cuenta de lo que decimos, tendremos que exclamar: ¡Oh, y con qué sabiduría tan profunda y tan perfecta, con qué amor tan santo y adorable, Dios la prefirió á todas sus criaturas!

Pensando en las grandezas de María en que nos hemos ocupado, nos arrojamos á sus pies santísimos á fin de derramar sobre ellos con toda libertad nuestros afectos. Su dicha es nuestra propia dicha, y el amor que Dios le tiene es nuestra gloria, é inunda todo nuestro sér de un gozo inexplicable. ¿Con qué expresiones que fueran dignas de Ella pudiéramos bendecirla y alabarla? Que reine para siempre á la diestra de su Hijo, y sea glorificada en los cielos y en la tierra; que su Hijo divino la bendiga y alabe por nosotros.





CAPÍTULO II

Fué singular y admirable su predestinación.

Es la predestinación la presciencia y preparación de los beneficios de Dios, con los cuales certísimamente serán librados los que realmente lo son. Es cierta razón de orden para la salud eterna de algunos que existen en la mente divina (1).—Al pensar en la predestinación refiriéndola á nosotros mismos, siéntese nuestra alma penetrada de un profundo temor: ¿estaremos escritos en el Libro de los predestinados? Lo ignoramos. No sabe el hombre si es digno de amor ó de odio. A fin de calmar nuestros temores, es indispensable procurar con todo empeño hacer cierta nuestra

(1) Aug. de Dono persev. XIV.—P. I, Q. XXIII
a. 2.^a

vocación y elección por medio de obras de santidad y de justicia; mas ahora no nos ocupamos en tal predestinación, sino en la de la santísima Virgen María nuestra Señora; y ésta se nos presenta como un abismo insondable de luz, de divinas gracias y misericordias, como una región bellísima donde Dios manifiesta los encantos de su amor y la magnificencia de su divina bondad; allí resplandece su gloria purísima y sin mancha; y allí se escuchan las armonías sublimes de la justicia y de la misericordia: todo es santo, amable y perfecto; y Dios ostenta con esplendor inusitado, la profundidad de su sabiduría y la virtud de su brazo y las efusiones de su inefable caridad.

El Apóstol dirigiéndose á los Romanos, les hablaba en estos términos: Pablo, siervo de Jesucristo, apóstol por vocación divina, escogido para predicar el evangelio de Dios, evangelio que había prometido anteriormente por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo Jesucristo que le nació según la carne, del linaje de David y que fué predestinado Hijo de Dios en virtud, según el espíritu de santificación por su resurrección de entre los muertos (1). Sobre estas palabras el Angel de las escuelas, dice lo siguiente: Así como estar el hombre unido á Dios por la gracia de adopción, cae bajo la pre-

(1) I, 1-4.

destinación; así también cae el estarle unido por la gracia de unión en la persona; y por esto se dice: Que fué predestinado Hijo de Dios; más para que esto no se refiera á la filiación adoptiva, añade el Apóstol: en virtud; esto quiere decir: es predestinado para que sea tal Hijo, para que tenga igual virtud, y la misma con Dios Padre.... Es manifiesto que lo que es por sí es la medida y la regla de los que se dicen por otro y por participación; por esto la predestinación de Jesucristo, predestinado para Hijo de Dios por naturaleza, es medida y regla de vida y así de nuestra predestinación; porque somos predestinados, para la filiación adoptiva que es cierta participación é imagen de la natural; y así como el hombre Cristo no fué predestinado por sus méritos precedentes, que fuese Hijo natural de Dios, sino sólo por la gracia; así también lo somos nosotros para hijos adoptivos de Dios.

Como la persona de Cristo subsiste en dos naturalezas, divina y humana, algo puede decirse de El según una ú otra; así como del hombre puede decirse según el cuerpo, que puede ser tocado y herido, y según el alma que puede entender y querer. Jesús dijo de sí mismo según su naturaleza divina: Yo y el Padre somos una misma cosa. Según su naturaleza humana se dice de El que fué crucificado y muerto; y de este modo también se dice que

fué predestinado. Es cierto que la persona de Cristo siempre fué y es Hijo de Dios; mas no siempre estuvo unida á la naturaleza humana: esto tuvo lugar por una gracia inefable.... La predestinación puede atribuirse á la persona de Cristo según que subsiste en la naturaleza humana; aunque no se le atribuya según que subsiste en la divina... De esta manera ni la gloria de la divinidad impidió ni destruyó la divinidad de la carne; ni esta divinidad rebajó la majestad de Dios (1).

Ocupémonos ahora en la predestinación de la santísima Virgen, y preguntemos: ¿para qué fué predestinada? Para verdadera Madre de Dios. Siendo esto así, como lo es en efecto, la predestinación de María se nos presenta desde luego como una maravilla superior de la divina gracia que trae consigo un cúmulo de privilegios y grandezas que jamás serán concedidos á ninguna otra criatura.

En esta predestinación excelentísima de la purísima Virgen María, brilla á una la ciencia de Dios, revelando la insondable profundidad de sus arcanos y la omnipotencia del Altísimo, que según la expresión de la misma santísima Virgen, hizo alarde del poder de su brazo, *fecit potentiam in brachio suo*, y por último la bondad de Dios derramando todos sus tesoros de benignidad y de dulzura.

(1) Lect. III.

A nadie allá en la eternidad contempló el Altísimo, como futura Madre de su Hijo, sino á María; y sólo Ella se presentó delante del Señor resplandeciente de una pureza casi infinita, vestida de la luz increada, su Hijo Jesucristo Nuestro Señor, atrayendo y cautivando todas las miradas del Eterno. En verdad que no es posible comprender las maravillas que encierra una predestinación tan perfecta y sublime, tan llena de misterios y grandezas; y al pensar en ella cual si pusiesemos los ojos en el disco del sol, quedamos deslumbrados.

Jesucristo fué predestinado en virtud: es Hijo propio de Dios, no adoptivo; María fué predestinada en gracia; y aunque no es Hija natural de Dios sino adoptiva, es la primogénita de la creación, y la hizo Dios su verdadera Madre, no adoptiva, sino natural y propia. Cuando engendramos la fe y amor de Jesucristo en el corazón de los hombres por medio de la predicación y con el auxilio de la gracia podemos ser llamados padres de Jesucristo. Quien hiciere la voluntad del Padre celestial es padre, y madre y hermano de Jesús; mas la Virgen purísima en su maternidad divina da su misma sangre al Hijo de Dios que se hace hombre en su bendito seno y es su verdadero Hijo. Todo esto es obra de la gracia y de la virtud de Dios: El Espíritu santo vendrá sobre Ti; en este sentido podemos decir de la predestinación de María

que fué en la gracia, y que la virtud de Dios tendría que realizar en Ella las maravillas de su omnipotencia.

La predestinación de la sagrada Virgen se nos había presentado hace un instante como un foco de purísima luz que alumbraba los cielos y la tierra con una claridad inextinguible; veámosla ahora á la sombra del poder divino: la virtud del Altísimo la oculta á las miradas de los hombres. ¿Quién puede comprender aquella operación sagrada y misteriosa, aquel descenso del que llena los cielos y la tierra, en virtud del cual el Hijo de Dios se hizo hombre? Sólo para Dios no hay sombras; porque El es la luz eterna y la verdad que todo lo ve como es en sí, y en su mente divina desde la misma eternidad contemplaba á María en su predestinación para Madre de su Hijo, con un encanto divino, é iluminándola y embelleciéndola con la luz de la verdad y con todos los encantos del amor divino.

Mas la sombra del Altísimo no sólo indica la obscuridad del gran misterio de que hablamos, sino también la protección que dispensa á la celestial criatura, á cuyo seno inmaculado y santo descendió el Hijo del Eterno. Dios contemplaba á la sagrada Virgen como al arca de la alianza, y esta arca estaba cubierta con una nube de gloria, y era el tabernáculo sagrado á que no podía acercarse el azote del enemigo.

¿Quién entre todas las criaturas había de glorificar á Dios nuestro Señor como María, ya que en ninguna otra se habrían de acumular tantos tesoros de celestiales gracias y prerrogativas como en Ella? ¿Hallaremos entre todos los seres que habían de venir á la existencia, alguno á quien Dios así protegiese con tan amorosa y delicada providencia? Llénase el alma de indecible júbilo al pensar en el incomparable amor de Dios á María. Bendito sea El que se dignó amarla sobre todas sus criaturas.

La predestinación de Jesucristo nuestro Señor es la regla y la medida de la nuestra. El Señor nos predestinó en su muy amado Hijo, Jesucristo nuestro Señor; y aquellos á quienes Dios previó, los predestinó para que fuesen conformes á la imagen de su Hijo. Tales expresiones inundan nuestras almas en gozo celestial y nos llenan de gratitud inmensa. Dícenos san Pablo que á cada uno de nosotros se le ha dado la gracia á medida de la donación de Jesucristo..... El mismo Jesucristo ha constituido á unos apóstoles, á otros profetas, á otros evangelistas, y á otros pastores y doctores, á fin de que trabajen en la perfección de los santos en las funciones de su ministerio, en la edificación del cuerpo de Jesucristo (1). Sabemos también que una es la claridad del sol,

(1) Ephes. IV, 7, 11, 12.

otra la de la luna, y otra la de las estrellas; porque una estrella se distingue de otra en la claridad. Preguntemos ahora: ¿cuál sería la medida de la donación de Jesucristo á su Madre santísima? ¿No le franquearía con espléndida largueza todos sus tesoros, y esto de una manera excelentísima? El mismo Señor nos habla de una medida buena, apretada y bien colmada hasta que se derrame, y ésta se dará á los misericordiosos (1); y no hay misericordia tan grande para el mundo como la que María le hizo dándole á su Hijo Primogénito; por esto nadie comprende cuál tendrá que ser la medida de esta Madre santísima en los dones de Dios. Así también ninguna inteligencia criada podrá contemplar sin deslumbrarse los vivos resplandores de ese sol de gloria que ilumina los cielos y la tierra, ni la suave claridad de Aquella que es llamada Luna serena y majestuosa, bellísima estrella que disipa las tinieblas del pecado y conduce á los mortales al puerto de la vida eterna.

La predestinación de la purísima Virgen se relacionaba con su ministerio en la edificación del cuerpo de Jesucristo; y tal ministerio fué singularísimo sin que en él tuviese parte ninguna criatura. Sólo María suministró la sangre preciosa de que fué formado el cuerpo del divino Salvador; por esto al contemplarla en la

(1) Luc. VI, 38.

mente divina tenemos que exclamar: ¡Qué predestinación tan admirable y sublime fué la de María!

Tantas grandezas, sin embargo no fueron las más excelentes y preciosas con que Dios determinó embellecer á la dichosísima criatura que sería en el tiempo la Madre de su Verbo. Toda la gloria de la hija del rey es interior. Dios la contemplaba unida á su Hijo divino con un vínculo de amor indisoluble y sacratísimo; unida á Jesucristo tenía con El un mismo corazón, un mismo espíritu. Si el Hijo de Dios había de descender del seno del Padre en virtud de su caridad infinita hacia los hombres, la purísima Virgen le recibiría en su seno por su amor á Dios y á los hombres; y si el Padre no había de perdonar á su propio Hijo, María á su vez entregaría á la muerte á ese Hijo que también era suyo, fruto de sus entrañas virginales.

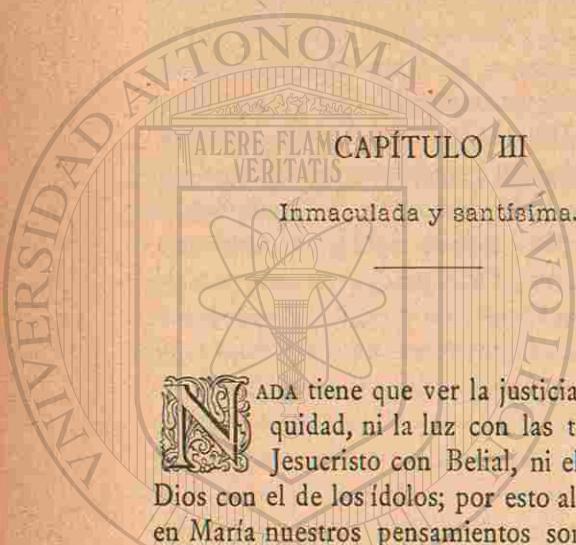
Esta unión entre el Hijo y la Madre es un misterio purísimo y santo de la predestinación de María. Dios decretó la encarnación de su Verbo y que María fuese su divina Madre; mas esto no por medio de dos decretos, sino de uno solo que comprendió al Hijo y á la Madre. ¡Admirable profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprendibles son sus juicios, cuán inescrutables sus caminos! ¡Quién ha conocido los designios del Señor, ó quién fué su consejero?..... Todas las

cosas son de El, y todas son por El, y todas existen en El: á El sea la gloria por siempre jamás. Amén (1).

Acordémonos ahora de estas palabras de los Libros santos: Como la miel daña á los que la comen en demasía, así el que escudriña la majestad de Dios será oprimido por el peso de su gloria (2). Nos avergonzamos de nosotros mismos por habernos ocupado en el misterio sacratísimo de la predestinación de María: ¿quienes somos para haberlo hecho, ó cuales son nuestras fuerzas? Dios perdone nuestro atrevimiento. Olvidamos nuestra miseria, y sólo tuvimos presente que éramos hijos de María; y al pensar en su gloria, quedamos embriagados de dulzura; rendidos á sus pies queríamos contemplarla unos instantes; su hermosura cautivó nuestras miradas, y en pos de sí, su amor dulcísimo llevó nuestros afectos; no éramos de nosotros mismos, sino de María. Ella, pues, nos disculpe delante del Señor y nos alcance la divina gracia.

(1) Rom. XI, 33-36.

(2) Prov. XXV, 27.



CAPÍTULO III

Inmaculada y santísima.

NADA tiene que ver la justicia con la iniquidad, ni la luz con las tinieblas, ni Jesucristo con Belial, ni el templo de Dios con el de los ídolos; por esto al ocuparnos en María nuestros pensamientos son de santidad y de luz, de gracia y de pureza. Al hablar de esa incomparable criatura no queremos mentar ni el nombre de culpa, de defecto, ni de la más ligera imperfección; porque sabemos que fueron concedidos á la muy amada del Señor riquísimos tesoros de gracia para vencer enteramente, *omni ex parte*, al pecado, y mereció concebir y dar á luz al que consta que no tuvo ningún pecado (1).—La naturaleza no se atrevió

(1) Aug. de Natura et Gratia, c. 36.

á adelantarse á la obra de la gracia, sino que aguardó un poco mientras ésta producía su fruto (1). Nosotros ya no tenemos que aguardar; la gracia ha producido el precioso fruto de la divina misericordia, destinado por Dios para la salud de los hombres.—Tratemos pues, de la Concepción Inmaculada de María en sus relaciones con la gloria divina, con la excelencia de la misma santísima Virgen y con el bien del mundo.

El misterio que nos ocupa es un himno de victoria; es la voz que entona las alabanzas del Eterno por las maravillas de su gracia; es la revelación, purísima y hermosa, del amor que Dios nos tiene, testimonio brillante de su santidad y perfección; es la suavidad y la dulzura que se desbordan del corazón de un padre que ama á sus hijos con inefable cariño; es delicada y bellísima flor que embalsama todo el mundo con el aroma de Jesucristo. Es fuente de luz y de gracia cuyas aguas saltan hasta la vida eterna. Es torre de fortaleza y de virtud donde nos defendemos de nuestros enemigos. Es iris de esperanza y de consuelo que calma las iras del Señor y atrae sobre los hombres las divinas misericordias.—Es también la Concepción Inmaculada de María nuestra honra y gloria: por ella el cielo nos devuelve nuestra perdida dignidad; y gozamos de inefable dicha y de una alegría

(1) Damasc. Or. de Nat. B. V. M.

muy pura; ya que por la Concepción y mediante los ruegos de María, entramos en el paraíso de la gracia del cual nos había arrojado la primera culpa. Ella misma es ese paraíso de delicias, morada perpetua del Eterno y mansión de los ángeles de Dios. Todo esto es alabanza divina y gloria de Dios nuestro Señor. El paraíso, la primera culpa, Adán y Eva vencidos por el demonio, aquellas criaturas que salieron de las manos de Dios resplandecientes de gracia y de justicia original, y en cuya fidelidad tenía sus delicias Dios nuestro Señor; mas el demonio las inclinó al pecado y ellas sucumbieron á la tentación. Dios cuya bondad es infinita, y la virtud omnipotente, y la sabiduría perfectísima, no quedará vencido. Es justísimo y no ha de quedar el delito sin castigo; pero la misericordia triunfará del juicio.—¿Quién te ha hecho advertir que estás desnudo, dijo el Señor á nuestro primer padre después de su caída, sino el haber comido del fruto de que yo te había vedado que comieses? Adán contestó: La mujer que Tú me diste por compañera me ha dado del fruto del árbol, y le he comido. ¿Por qué has hecho eso, dijo Dios á Eva? Esta contestó: La serpiente me ha engañado y he comido. Dijo entonces el Señor á la serpiente: Porque hicistes esto, eres maldita entre todos los animales y bestias de la tierra. Te arrastrarás sobre tu pecho y comerás tierra todos los días de

tu vida. Pondré enemistades entre tí y la mujer, entre tu descendencia y la suya; ella quebrantará tu cabeza y tú pondrás acechanzas á tu calcañar (1).—No hay sabiduría, ni prudencia, ni consejo contra el Señor. Antes de maldecir á nuestros primeros padres por el pecado, Dios habló del triunfo que había de alcanzar una mujer sobre el demonio y el pecado, por la virtud omnipotente del Dios que había de llevar en sus entrañas. Dios la contemplaba desde la misma eternidad purísima y hermosa, y enriquecida de virtud y gracia; siempre vencedora del demonio, y exenta de todo pecado.

¿Quién podrá decirnos cuánta es la gloria que la Purísima Virgen María en su Concepción Inmaculada, ganó para el Señor? El principio de todo pecado es la soberbia; y el soberbio no se sujeta á la voluntad de Dios, quien ve desconocido su imperio, y negada la honra que se le debe; mas la humildad y la obediencia destruyen los males causados por la soberbia y la resistencia á los divinos mandatos. Ahora bien: Dios allá en su eternidad contemplaba á la Purísima Virgen María, como la más humilde de todas las criaturas y la más rendida á su santa voluntad; y así lo fué en efecto la esclava del Señor, la que creyó las palabras del Angel.

Hay otra gloria que estima en gran manera

(1) Gen. III, 11-15.

todo padre con relación á sus hijos: si éstos olvidando lo que deben al nombre de sus padres se degradan siguiendo el camino de los vicios, humillan y contristan el corazón de aquellos á quien todo lo deben; pongamos ahora los ojos en Dios nuestro Señor, y reflexionemos que si bien El es un Dios inmutable y eterno á quien no pueden manchar nuestras culpas, éstas sin embargo, tienden á ello; y en cuanto á los sentimientos de su divino Corazón, es nuestro Criador y Padre que nos ama con ternura inmensa, y quiere con sinceridad incomparable nuestra dicha. ¿Quién, pues, le devolverá la honra y gloria que le ha arrebatado la culpa? ¿quién podrá consolar á ese Padre dulcísimo atrayendo á su seno á los ingratos hijos que manchándose con el pecado, caminaban á su eterna desgracia? La purísima Niña que Dios contemplaba en su divina mente, llena de bondad y gracia y exenta de todo pecado. Dios la fortalece con su virtud que todo lo puede, é inflama el corazón de esa dichosísima criatura, en el celo más puro y ardiente de la divina gloria; y por esto cuando viene á la existencia, en el primer instante de su sér, es terrible á los demonios como un ejército en orden de batalla. Aparece la luz y huyen las tinieblas; descubre la gracia su celestial y purísima belleza, y el pecado no se acerca á María; y allá en lo más alto de los cielos los ángeles entonan al Dios tres veces

santo cánticos de amor y de alabanza, por los triunfos de la luz sobre las tinieblas y de la gracia sobre el pecado; y es la humildísima y obediente María, quien ha ofrecido al Señor esa gloria; quien ha alcanzado esos triunfos por los méritos del futuro Redentor de los hombres que se dignó elegirla por su santa Madre.

La Concepción Inmaculada de María descúbrenos la excelencia incomparable de la preciosa niña respecto de las demás criaturas. Jerusalén, decía David, está fundada sobre los montes santos. Ama el Señor las puertas de Sión, más que todos los tabernáculos de Jacob (1). Más gloriosa que los querubines y serafines, preséntase María á los ojos del Señor resplandeciente de luz y de pureza; y allá en el punto más culminante de la virtud y santidad angélica, comienza á levantarse la grandeza de María; y ¿hasta dónde? *Usque ad solium Deitatis*, la elevarán sus méritos, dice san Gregorio, hasta el trono de Dios; y cual si no hubiese solución de continuidad entre el Criador y la criatura, María recibe en el mismo principio, en el vivo manantial de la divina gracia la plenitud de los dones celestiales; y su proximidad al primer Principio, su admirable unión con Dios, nos están diciendo cuán abundante fué en Ella la divina gracia que por su medio tendría que co-

(1) Ps. LXXXVI, 1, 2.

municarse á todos los hombres. Dios naciera de Ella, Dios había de fundarla ¿dejaría de hacerlo con la magnificencia y la perfección altísima que correspondían á los grandes destinos que El mismo le había señalado? No tendría que pertenecer á Dios únicamente por el título de criatura; sino además porque había de intervenir en las grandes obras del poder y de la misericordia del Señor para con los hombres; porque unida á su Hijo santísimo con vínculos de sangre, los intereses de Jesús habían de ser enteramente de su santa Madre, quien olvidada de sí misma, vivirla en Jesús; el espíritu, y las acciones, y toda la vida de uno y otra formarían como un conjunto armonioso de santidad y virtud, obra excelentísima de divina gloria y restauración de todos los males causados por la culpa. Así se nos presenta ese astro luminoso, la purísima Virgen María, que sube desde el oriente de su gloria, su Concepción Inmaculada, hasta el zénit de su grandeza, iluminando á todo el mundo con la luz de Jesucristo que se ha dignado vestirla con los más brillantes esplendores de su gracia.

Yo soy la Inmaculada Concepción. Así habló allá en Lourdes la purísima Virgen María; y sus palabras nos revelan cuánta es la excelencia y la perfección de su pureza. Cual si no hubiese distinción alguna entre la gracia y María, así la inunda y la penetra y la transforma en sí misma

la gracia de Dios. Por esto María se nos presenta hermosa y agraciada, y sin ningún defecto; y cuanto hay en Ella es obra de Dios, de su bondad divina, del amor incomparable que le tiene, de su virtud que todo lo alcanza, y en una palabra, de la excelencia de su misericordia divina que quiso derramar en la Virgen santísima todas las riquezas de su gracia.

Aún hay otras consideraciones que nos revelan la hermosura y excelencia de la Concepción Inmaculada de María. Tal Concepción es la primera gracia con que Dios nuestro Señor embelleció el alma de la dichosa Niña que había de ser su Madre, y esto le da un valor inmenso á los ojos de María. ¿Quién no estima con todo su afecto el primer don que nos hace el ser que amamos? Nunca llegamos á olvidarle; objeto de esperanzas y consuelos, presagio de mil felicidades, es para nosotros aquel don, valiosísimo tesoro que por nada cambiaríamos: precioso relicario donde guardamos cuidadosamente todas las ternuras de nuestra alma y sus más delicadas emociones, y en fin el reconocimiento y la santa gratitud de nuestras almas. Así contempla nuestra santa Madre su Concepción Inmaculada, prenda sacratísima del amor de Dios para con Ella; joya de precio inestimable con que el Señor la quiso enriquecer; urna preciosísima de oro donde tiene reservados para Dios todos sus afectos. ¡Con qué delicia, con qué ternura y

santa gratitud piensa en su Concepción Inmaculada! Llena de un gozo divino tendrá que exclamar: *Gaudens gaudebo in Domino*. Me regocijo con inmensa dicha, con júbilo sagrado, en mi Dios y Señor; porque me ha cubierto con el cándido ropaje de la justicia original y me ha embellecido con sus divinas gracias desde el primer instante en que salió de sus manos.

La Concepción Inmaculada de María es el fundamento en que descansan todas sus grandezas; porque ¿cómo pudiera el Señor haberla levantado á la gloria de la Maternidad divina, sin que esta infinita dignidad tuviera por cimiento una pureza inmaculada y santa? ¿hubiera convenido al honor del Hijo de Dios que la que había de ser su Madre hubiese sido alguna vez profanada por la culpa, y esclava del demonio? Pensar así sería no conocer el amor de un hijo para con su madre, y sobre todo, el del mejor de todos los hijos. Tiene, pues, la Maternidad divina en la Concepción Inmaculada de María un fundamento precioso y dignísimo principio de su inefable grandeza.

San Juan hablando de la santa Ciudad de Dios, símbolo de aquella á quien llamamos Jerusalén dichosa, morada del Eterno, María nuestra Señora, dice: Que los fundamentos de los muros de la ciudad estaban adornados con toda suerte de piedras preciosas: el jaspe, el záfiro, el rubí, la esmeralda y otras muchas; así tam-

bién la Concepción sin mancha de María es un conjunto de preciosas y celestiales virtudes que arrebatan las miradas de su Dios: la humildad, la pureza, la inocencia, la caridad, la santa mansedumbre, etc., etc. Asimismo esa ciudad tenía doce puertas que eran, dice el Apocalipsis, doce piedras preciosas; y el pavimento de la ciudad oro puro y transparente como el cristal; y no se vió en ella templo; porque el Señor Dios Omnipotente es su templo, con el Cordero; en la ciudad no necesitan sol ni luna que alumbren en ella; porque la claridad de Dios la tiene iluminada, y su lámpara inextinguible es el Cordero. A su luz caminarán las naciones; y los reyes de la tierra le llevarán su gloria y majestad; y tendrá la gloria y honra de las naciones. No entrará en ella cosa manchada (1).

Por lo que vamos diciendo descubrimos cuanto es la excelencia y hermosura de la Concepción Inmaculada de María; pues no consiste únicamente en la preservación del pecado original; sino que además se nos presenta como el trono de Dios fuente de todas las gracias; adornada con todos los dones del Espíritu divino, como un tesoro casi infinito de esos mismos dones; abismo profundísimo de las misericordias del Eterno; azucena entre las espinas; tierra del todo intacta, virginal, inmaculada siempre ben-

(1) Cap. XXI.

dita y libre de todo contagio de pecado, de la que fué formado el nuevo Adán, irrepreensible; paraíso hermoso y amenísimo de delicias, de inocencia é inmortalidad, plantado por el mismo Dios, defendido por El contra las asechanzas de la venenosa serpiente; leño incorruptible que jamás lo ha roído el gusano de la culpa; fuente siempre clara sellada por la virtud del Espíritu santo; templo dignísimo; tesoro de inmortalidad; sola y única que no es hija de muerte sino de vida; germen no de ira sino de gracia: *non mortis sed vitæ filiam, non iræ sed gratiæ germen* (1).

La Concepción Inmaculada de María no ha sido estéril en bienes celestiales para el mundo, sino todo lo contrario. Su solo nombre es como un precioso bálsamo que difunde en todas partes el buen olor de Jesucristo; es el perfume de la santidad, el delicioso aroma de la pureza. Al pensar en esa Concepción Inmaculada, se aleja de nosotros todo pensamiento de la carne y de la sangre, todo deseo menos conforme con la santidad cristiana. Es tan pura y luminosa la huella que ha dejado en el mundo la Inmaculada Concepción, que al contemplar á nuestra Reina en lo más elevado de los cielos, suspiramos de amor y le decimos: Llévanos en pos de tí y correremos atraídos por el suave olor de tus per-

(1) Bull. *Ineffabilis Deus*.

fumes; y la pureza de María nos cubre con un manto de luz; y la gracia de Dios santifica nuestros corazones.

Hermosura encantadora, perfecta santidad y fuente de luz y de gracia; tal es la Concepción sin mancha de nuestra Señora, á quien Dios amó sobre todas las criaturas; Concepción que forma las delicias y el encanto, la esperanza y el consuelo del cristiano. Decía la Esposa santa que su Amado era para ella como un manojito de mirra que llevaba sobre su pecho; para nosotros la santísima Concepción de nuestra Señora es como un precioso ramillete de toda gracia y virtud que también llevamos en el corazón para pensar continuamente en las maravillas y excelencias con que Dios enriqueció á nuestra Señora desde el primer instante de su existencia. Bendito sea por ello el que es fuente inagotable de bondad y gracia.

Por último si queremos conseguir con toda abundancia los bienes y misericordias que derrama la Concepción Inmaculada de María, acudamos á Ella, con toda confianza, imploremos su santo patrocinio, no olvidemos las siguientes palabras que su amor nos dirige y cumplamos cuanto ella nos pide: Yo, como la vid broté pimpollos de suave olor, y mis flores dan frutos de gloria y de riqueza. Yo soy la Madre del amor hermoso, y del temor, de la ciencia y de la santa esperanza. En mí está toda la gra-

cia para conocer el camino de la verdad; en mi toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que os halláis presos de mi amor, y saciaos de mis dulces frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más suave que el panal de miel.—Bienaventurado el hombre que me escucha y que vela continuamente á las puertas de mi casa, y está de observación en sus umbrales. Quien me hallare hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación (1).

(1) Eccli. XXIV, 23-27.—Prov. VIII, 34, 35.



CAPÍTULO IV

No contrajo la deuda del pecado ni estuvo en peligro de caer.

LA piadosa opinión en que vamos á ocuparnos al presente, no merece ninguna censura según dicen aun los teólogos que no la aceptan, y añaden que es sostenida por autores doctos y piadosos (1). Entre estos autores se cuentan san Francisco de Sales y san Alfonso M.^o de Ligorio, en cuyas obras la Iglesia no ha hallado cosa digna de censura, sino que las ha elogiado de una manera muy particular y distinguida. El primero de estos santos Doctores dice lo siguiente:

Desvió Dios de su Madre gloriosa toda cautividad, disponiendo gozarse de la dicha de los

(1) Suarez, de pecc. origin. disp. IX, sect. IV.

cia para conocer el camino de la verdad; en mi toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que os halláis presos de mi amor, y saciaos de mis dulces frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más suave que el panal de miel.—Bienaventurado el hombre que me escucha y que vela continuamente á las puertas de mi casa, y está de observación en sus umbrales. Quien me hallare hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación (1).

(1) Eccli. XXIV, 23-27.—Prov. VIII, 34, 35.



CAPÍTULO IV

No contrajo la deuda del pecado ni estuvo en peligro de caer.

LA piadosa opinión en que vamos á ocuparnos al presente, no merece ninguna censura según dicen aun los teólogos que no la aceptan, y añaden que es sostenida por autores doctos y piadosos (1). Entre estos autores se cuentan san Francisco de Sales y san Alfonso M.^o de Ligorio, en cuyas obras la Iglesia no ha hallado cosa digna de censura, sino que las ha elogiado de una manera muy particular y distinguida. El primero de estos santos Doctores dice lo siguiente:

Desvió Dios de su Madre gloriosa toda cautividad, disponiendo gozarse de la dicha de los

(1) Suarez, de pecc. origin. disp. IX, sect. IV.

dos estados de la naturaleza humana; pues tuvo la inocencia que perdió el primer Adán, y gozó excelentemente de una redención que nos adquirió el segundo... fué redimida por su Hijo, no sólo de la condenación, sino aun de todo peligro de ella, asegurándola con la gracia y su perfección... la preservó, no solamente de pecado, como á los ángeles; sino también de todo peligro de él, y de todo aquello que podía divertirla y retardarla en los ejercicios del amor santo (1).

San Alfonso María en su sermón sobre la Concepción Inmaculada, dice lo siguiente: Son muchos los Doctores que defienden que María fué también exenta de contraer aún la deuda del pecado... Opinión bien probable... á ésta me inclino yo, como que redundá en mayor gloria de mi Señora.

No tendremos que temer un extravío siguiendo las huellas luminosas de tan piadosos y esclarecidos Doctores; y ¿cómo no seguirlos cuando se trata de la gloria de María, y la opinión que la exime de la deuda del pecado, nos presenta á la divina Madre embellecida y adornada con todos los dones de la gracia, y con el resplandor de la majestad y la grandeza que corresponde á su dignidad infinita y á la incomparable grandeza de su ministerio? Veamos

(1) Práctica del amor de Dios, II, c. VI.

ahora en que consiste la deuda del pecado original. Esta deuda no es otra cosa que la necesidad y exigencia de contraer el mismo pecado si no es que Dios lo impida... El acto pecaminoso de Adán tiene por decirlo así exigencia y necesidad de existir en sus descendientes que por esto se llaman deudores (1). Llámase esta deuda por los que no la admiten en la santísima Virgen, ceguedad y esclavitud; los que la admiten dan á entender que el débito del pecado revela que de alguna manera se ha caído en él; pues dicen que donde no interviene de algún modo la remisión del pecado y la satisfacción por la persona redimida no se da propia redención (2). Vemos por esto que tanto los teólogos que eximen del débito del pecado original á la santísima Virgen, como los que sostienen que incurrió en él, lo consideran como una miseria y desgracia, como una verdadera imperfección; por esto no la admitimos nosotros; pues no ignoramos que Dios ha criado á María no sólo llena de gracia y de virtudes, sino además con tanta excelencia y perfección que no es posible comprender otra mayor después de la excelencia y perfección de Dios, mas si hubiese contraído aquella deuda esto sería falso; porque todo el mundo comprende

(1) Theologia Mariana, hic.

(2) Suarez, ubi supra.

que son más excelentes y perfectas la libertad, la seguridad que el peligro, la sujeción y la esclavitud.—Dios pudo hacer que la dichosísima criatura que amaba desde la eternidad sobre todas las demás y á quien había elegido para que fuera su Madre no contrajese la deuda del pecado original: ¿dejaría de hacerlo? Preguntémoslo á la delicadeza, á la ternura y al amor que le tiene; á la dignidad excelentísima de Madre de Dios á la cual se dignó elevarla el Verbo divino; y á las demás gracias singularísimas con que quiso enriquecerla. Como el amor que Dios la tiene, no hay alguno tan liberal y generoso, y tan espléndido en sus manifestaciones. En cuanto á las gracias y favores con que el Señor enriqueció á María, son los más distinguidos y preciosos que pueden concederse á una criatura: ahora bien, ¿el amor de Dios á la celeste Niña permitiría que quedase encadenada con la deuda del pecado? La mano del Señor no se ha abreviado; las incomparables grandezas que han sido la herencia de la divina Madre nos están diciendo que Dios no le negó otras gracias que no pueden compararse con aquellas.

Los Padres de la Iglesia para defender la santidad é inocencia original de María no solamente la compararon multitud de veces con Eva todavía virgen, todavía inocente y pura, y aún no seducida por la astuta serpiente; sino que la

prefirieron valiéndose para ello de expresiones admirables. Eva, dejándose miserablemente engañar de la serpiente, perdió la inocencia en que había sido criada y se hizo esclava del demonio; por el contrario la beatísima Virgen, aumentando sin cesar la inocencia original, lejos de llegar jamás á dar oído al dragón infernal, aniquiló su fuerza y su poder con la divina virtud que tenía recibida (1). Eva criada en la inocencia no estuvo sujeta á la deuda del pecado; y la purísima Virgen María, tan superior bajo todos conceptos á la primera mujer que salió de las manos de Dios ¿habría contraído la deuda de la culpa? La inteligencia y el corazón del cristiano contestan á la vez: no la contrajo.

Los ángeles de Dios libres estuvieron de la deuda de que hablamos: ¿no lo estaría su Reina soberana? Conteste por todos Gabriel saludándola llena de gracia; de gracia perfectísima y que la preserva de toda mancha y defecto, de todo vínculo y de todo peligro de caer en la culpa.

Cuanto más se acerca algo al principio en un género cualquiera, dice el Angel Príncipe de la Teología, tanto más participa del efecto de este principio. Por esta razón dice san Dionisio que los ángeles que están más próximos á Dios, participan más de las bondades divinas

(1) Bull. *Ineffabilis*.

que los hombres; y Jesucristo es el principio de la gracia por su propia potencia como Dios, é instrumentalmente como hombre. Por esto dice san Juan que la gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo; y como la Virgen santísima fué la más próxima á Jesucristo según la humanidad, porque de Ella recibió la naturaleza humana; por esta razón debió obtener de El, una plenitud de gracia mayor que los demás (1), ángeles y hombres, en intensidad y en extensión. Apliquemos esta doctrina al objeto de que tratamos.

Los ángeles se acercan á Dios nuestro Señor más que los hombres, y por este motivo reciben mayores gracias que éstos; la santísima Virgen María se acerca á Dios más que los ángeles, y está unida con El por medio de vínculos más estrechos que aquellos, con que los ángeles se unen al Señor; porque Ella es su Madre, y solamente Ella entre todas las criaturas puede decir al Hijo del Eterno: Tú eres mi Hijo; yo te llevé en mi seno y te alimenté con mi leche virginal. Siendo esto así serán mayores que las de los ángeles, las gracias de María; mas los ángeles estuvieron en peligro de pecar; y si en ese mismo peligro se hubiese hallado la Virgen sin mancilla, su gracia en esto no sería mayor que la de los ángeles; empero no fué así,

(1) 3, p. q. XXVII, a. V.

porque superior á éstos en la gracia fué preservada de todo peligro; y no contrajo la deuda que jamás contrajeron los ángeles: es su Reina; y cuanto excede á estos sublimes espíritus por la excelencia de su dignidad de Madre de Dios, les aventaja otro tanto en la abundancia y perfección de la gracia. Contemplémosla pues, embellecida y adornada con los privilegios de que hablamos, arrobados de amor y de encanto: es Inmaculada y del todo Inmaculada, inocente é inocentísima, íntegra y de una integridad perfecta, santa y exenta de toda mancha de pecado, toda pura y casta y la norma misma de la pureza é inocencia, más hermosa que la hermosura, más bella que la belleza, más santa que la santidad, la sola santa purísima en el alma y en el cuerpo, que ha superado toda castidad y virginidad, la sola que ha sido hecha entera el tabernáculo de todas las gracias del Espíritu santo, y que excepto Dios, es superior á todo, que por naturaleza es más bella, más hermosa y más santa que los mismos querubines y serafines con todo el ejército de los ángeles, y que ninguna lengua basta en el cielo ni en la tierra para celebrarla (1). Tan hermosas y divinas expresiones no pueden aplicarse, entre todas las criaturas, sino á la Madre santísima de Dios. ¡Cómo después de esto, verla

(1) Bull. *Ineffabilis*.

arrastrando las tristes cadenas de la deuda del pecado, ó creer que siquiera un instante estuvo en peligro de contraerlo! Llevemos nosotros que somos hijos de ira por naturaleza, aquellas cadenas que nos cubren de vergüenza, y que revelan la miseria de nuestro origen, y la unión que con Adán tuvimos en la culpa; mas no María que jamás comunicó con el padre del linaje humano en sus debilidades y miseria.

Apareció entre nosotros el Hijo de Dios lleno de gracia y de verdad; y de su plenitud recibió María todas las gracias de que está colmada: ¿cuántas son éstas? San Jerónimo nos dice que recibió todas las que hay en Jesucristo, aunque de otra manera: Existe en María la plenitud de toda gracia que hay en Jesucristo; pero de otro modo (1). Universalidad y plenitud, tales son los caracteres de las divinas gracias de María. De aquí es que exceptuando únicamente las que no corresponden sino á Jesucristo como la unión hipostática, su Concepción por obra del Espíritu santo, el ser viador y comprensor al mismo tiempo, y las que ofrezcan inconveniencia en la Virgen santísima por razón de su misterio, todas las demás se encuentran en Ella; y esto con una asombrosa plenitud y una perfección elevadísima. Hállanse en este caso las gracias de que hemos hablado en el presente capítulo.

(1) Serm. de Assumpt.

Si á alguno no pareciere suficiente cuanto hemos dicho hasta aquí, añadamos lo que sigue. En el oficio de la Concepción Inmaculada hallamos estas palabras: Entró el pecado en el mundo por un hombre, en el que todos pecaron. No temas, María, hallaste gracia delante de Dios. No sabe temer quien halla la divina gracia; mas si la Madre purísima de Dios hubiera contraído la deuda de la culpa original, si hubiese tenido algún peligro, ¿no hubiera temido? Verse irremisiblemente obligada á contraer la culpa; oprimida con el peso de las tristes cadenas de una deuda que tenía que pagarse con la humillación más afrentosa, y dejar de temer, no entristecerse y afligirse; no podemos concebirlo.

Nosotros no contemplamos en la Virgen purísima sino el gozo más perfecto y sublime y le decimos con san Sofronio: Goza, oh María, porque eres Madre del gozo celestial; Tú eres la que lo sustenta y conserva; tiene en Tí su regio trono; Tú eres su místico santuario, su rica é inagotable fuente, árbol frondoso á cuya sombra disfrutamos de paz y de gozo espiritual. Goza, oh Madre, Virgen integérrima después del parto; goza, oh espectáculo más admirable que las más sorprendentes maravillas (1).

El corazón de la Madre santísima se halla penetrado de un inmenso gozo, mas no de te-

(1) Hom. in Annunt.

mor por causa del pecado; ¿y por qué no le teme? Porque fué criada para triunfar del demonio y de la culpa. El ángel de las tinieblas será vencido, y su cabeza será aplastada por la victoriosa planta de María. El será quien tiemble al pronunciarse el nombre de María, que es terrible al inferno como un ejército en orden de batalla. ¿Qué podréis ver en la Sulamite sino terribles y armados escuadrones? Por esto muy lejos está de María aun la sombra más ligera del pecado; porque Ella siempre estuvo en la luz, jamás en las tinieblas.

Todos los hombres pecaron en Adán. Sentencia verdadera y á la cual no puede contradecirse; mas cuando yo considero, decía san Anselmo, la eminencia de la gracia de Dios en Ti, oh Virgen María; así como veo que no estás dentro de todas las cosas que han sido hechas sino sobre todas ellas, de una manera inefable; así juzgo que no estás sujeta á la ley de la naturaleza que cautivó á los demás (1).

Hablando san Bernardino de la Maternidad divina de María, dice lo siguiente: Que una mujer conciba y dé á luz á Dios es el milagro de los milagros; porque fué necesario que tal mujer fuese elevada como á cierta especie de igualdad divina por alguna infinidad de perfecciones y de gracias, si así puede decirse, que la

(1) In Offic. Concep. á Sixto IV, aprob.

criatura nunca ha experimentado (1). ¿Cómo conciliar tan hermosas y nobles expresiones con la triste y humillante necesidad de contraer el pecado? ¿qué descubriríamos en la santísima Virgen al no eximirla de la deuda de que hablamos?

Al eximir á la purísima Virgen de la deuda del pecado y del peligro de caer en él, no la eximimos de la redención de Jesucristo; antes bien confesamos que fué redimida de un modo más sublime y enteramente singular, preservándola Dios de la deuda y del peligro del pecado en virtud de los méritos previstos de Jesucristo. Así sabemos que se realizó respecto del pecado original; y éste y su deuda tienen la misma razón, el orden mismo de redención. No es, por tanto, necesario contraer la deuda ó mancharse con la culpa para que tenga lugar la redención. A nosotros, ésta nos levanta de la culpa; á María la preserva de la deuda y del pecado, haciendo Dios ostentación de su poder divino, de su bondad inmensa, y del amor singularísimo que reservado tenía desde la eternidad para aquella dichosísima criatura que había de ser su Madre.

No hay deuda de pecado, ni el menor peligro, ni miseria, ni triste humillación; sino hermosa y perfecta libertad, voces de júbilo y cantos de victoria.

(1) Serm. 61 de B. V.

Libertad gloriosísima y sublime, aquella que aleja de María la necesidad de contraer la culpa y la asegura contra todo peligro; y al contemplarse tan privilegiada del Señor, y llena de una gracia tan perfecta y sublime, le bendice y le adora con todos sus afectos. ¿Qué mociones tan puras y ardientes las del Corazón de la sagrada Virgen; qué gratitud la suya tan sincera y profunda? Pronunciarían sus labios una y otra vez su Magnificat divino, su cántico bellísimo de amor y de ternura. ¿Cómo no ensalzar y bendecir al que hizo en Ella grandes cosas, divinas maravillas de virtud y gracia?

Dios, al preservar á su Madre santísima de toda deuda y peligro de pecado, nos descubre la inmensa ternura de su amor á Ella; y su virtud divina y su bondad inmensa, extreman, si así pudiéramos decirlo, su magnificencia en favor de la más afortunada de todas las criaturas. ¿Cómo no exclamar, pensando en esto: Bendita sea la mano del Señor? y así lo hacemos: Bendición, y claridad, y sabiduría, y acción de gracias, honor, virtud y fortaleza á nuestro Dios y Señor por los siglos de los siglos.



CAPÍTULO V

Esperanza y consuelo.

ENTRE los misterios de la santísima Virgen María hay uno que de una manera singular inunda nuestras almas de indecible gozo: el de su Nacimiento. En el oficio eclesiástico que le corresponde, se nos dice una y otra vez que celebremos con gozo tan fausto acontecimiento; y nosotros pensando en el instante en que nació la futura Madre de Dios para consuelo de los hombres, nos acordamos de las tinieblas, de la ignorancia y del pecado que cubrían toda la tierra antes de la venida del Señor que tendría que iluminar á todo hombre que viniera á este mundo. Esa luz brillantísima, ese Sol de justicia vendría en pos de su aurora que disipando las tinieblas de la noche, anunciaba la proximidad del día.

La santidad aleja el pecado, como la luz disi-

Libertad gloriosísima y sublime, aquella que aleja de María la necesidad de contraer la culpa y la asegura contra todo peligro; y al contemplarse tan privilegiada del Señor, y llena de una gracia tan perfecta y sublime, le bendice y le adora con todos sus afectos. ¿Qué mociones tan puras y ardientes las del Corazón de la sagrada Virgen; qué gratitud la suya tan sincera y profunda? Pronunciarían sus labios una y otra vez su Magnificat divino, su cántico bellísimo de amor y de ternura. ¿Cómo no ensalzar y bendecir al que hizo en Ella grandes cosas, divinas maravillas de virtud y gracia?

Dios, al preservar á su Madre santísima de toda deuda y peligro de pecado, nos descubre la inmensa ternura de su amor á Ella; y su virtud divina y su bondad inmensa, extreman, si así pudiéramos decirlo, su magnificencia en favor de la más afortunada de todas las criaturas. ¿Cómo no exclamar, pensando en esto: Bendita sea la mano del Señor? y así lo hacemos: Bendición, y claridad, y sabiduría, y acción de gracias, honor, virtud y fortaleza á nuestro Dios y Señor por los siglos de los siglos.



CAPÍTULO V

Esperanza y consuelo.

ENTRE los misterios de la santísima Virgen María hay uno que de una manera singular inunda nuestras almas de indecible gozo: el de su Nacimiento. En el oficio eclesiástico que le corresponde, se nos dice una y otra vez que celebremos con gozo tan fausto acontecimiento; y nosotros pensando en el instante en que nació la futura Madre de Dios para consuelo de los hombres, nos acordamos de las tinieblas, de la ignorancia y del pecado que cubrían toda la tierra antes de la venida del Señor que tendría que iluminar á todo hombre que viniera á este mundo. Esa luz brillantísima, ese Sol de justicia vendría en pos de su aurora que disipando las tinieblas de la noche, anunciaba la proximidad del día.

La santidad aleja el pecado, como la luz disi-

pa las tinieblas; y el Nacimiento de María fué santo, ya porque había recibido la divina gracia en el primer instante de su Concepción Inmaculada, como porque todo lo que tuvo lugar en esta Virgen santísima, fué, dice san Jerónimo, pureza, verdad y gracia, misericordia y justicia; y Dios la inundó con la plenitud de todas las gracias. Siendo esto así, el santo Nacimiento de Nuestra Señora tenía que estremecer al mundo de indecible gozo: las tinieblas del error llenan el alma de tristeza, y las cadenas del pecado traen consigo un ominoso cautiverio; mas una voz anuncia que ha nacido la Madre del futuro Redentor: ¿el gozo y el consuelo no se extenderán por todas partes? Se acercan los tiempos de la gran misericordia del Señor; aparecerá en el mundo el Unigénito del Padre: preceda pues á su venida, en el Nacimiento de María, un himno de amor y de consuelo, de acción de gracias y júbilo divino. Levántate, oh Sión, y cúbrete con tus ropas de gala..... Sacude de tu cuello el yugo, oh esclava hija de Sión..... Vendrá día en que mi pueblo conocerá la grandeza de mi nombre; porque yo, el mismo que hablabá, estoy ya presente..... Regocijaos y á una cantad alabanzas al Señor, oh desiertos de Jerusalén; pues ha consolado el Señor á su pueblo, ha rescatado á Jerusalén; ha revelado el Señor á la vista de todas las naciones la gloria de su santo brazo, y todas las regiones del mun-

do verán al Salvador que envía nuestro Dios (1).

La proximidad del gran día de la redención humana, de la verdadera libertad, en una palabra, la bellísima luz de la aurora, al anunciar esperanza y consuelo á los desgraciados, infundían en éstos un gozo inefable que se revelaba en cánticos de bendición y gloria á Dios nuestro Señor por sus grandes beneficios. Mas no temos que los miserables, los desgraciados que hacía tantos siglos que pasaban la vida envueltos en las profundas tinieblas del error y del pecado, no tenían que contemplar desde luego los vivos rayos del Sol de justicia; debía preceder la luz apacible de la aurora á fin de que pudiesen contemplar después de algún tiempo, la espléndida luz de aquel Sol de gloria que eternamente vive en el seno del Padre. Esto es lo que ha realizado el nacimiento de María en el cual brillan juntamente la sabiduría de Dios y su misericordia; su benignidad y su condescendencia con nosotros: quiere llevarnos á su Majestad, atrayéndonos por medio de la suavidad y la dulzura, de la clemencia y del consuelo.

Al aparecer sobre la tierra la futura Madre de Dios, empezó á difundirse en el mundo el buen olor de Jesucristo; por esto aplica la Iglesia á la Inmaculada Virgen, las siguientes pala-

(1) Isai. LII.

bras de los Libros santos: Despedí fragancia como el cinamomo y el bálsamo aromático; y exhalé suave olor como la mirra escogida; y llené mi habitación de odoríferos perfumes (1). ¡Qué olor tan agradable, qué delicada y celestial fragancia trascienden las virtudes de María! Nace inocentísima y llena de pureza, de humildad y sencillez; y en Ella todo es gracia de Dios y misericordia en favor de los hombres. ¡Cuánto tendremos que aprender si nos acercamos á la cuna de la celestial y encantadora Niña! Al contemplarla nos vendrán á la memoria las siguientes palabras de los Libros santos: Son tus ojos como los de la paloma; y tus rubios y finos cabellos, como el pelo de los rebaños de cabras que vienen del monte de Galaad. Como cinta de púrpura son tus labios; y cual corteza de granada son tus hermosas mejillas, además de tu belleza interior..... La fragancia de tus perfumes excede á todas las aromas. Son tus labios un panal que destila miel. Eres huerto cerrado, fuente sellada, vergel delicioso de granados, de manzanos, de cipros con nardos, azafrán, caña aromática y cinamomo, con todos los árboles del Líbano, con la mirra y áloe, y los más exquisitos perfumes. Toda Ella es hermosa y sin ningún defecto (2).

(1) Eccli. XXIV, 20, 21.

(2) Cant. IV.

¿Qué virtudes aprendemos en la cuna de María? Sus miradas son de paloma; y nos revelan la inocencia y la pureza y una modestia que arrebató el alma. Son sus labios de púrpura y carmín, y son un panal que destila miel. Llena de caridad hacia los hombres, los atrae, con la dulzura de su santo amor, al camino de la justicia.—Sus mejillas teñidas de carmín nos revelan el pudor de su alma incomparable; y en una palabra todas las gracias con que el Señor la quiso engalanar, resplandecen con la purísima luz de las virtudes, con los encantos y el dulce atractivo de la santidad.

Esa Niña preciosa que ha nacido para ser la esperanza y el consuelo de los hombres, es la fuente de los huertos, y el pozo de aguas vivas que bajan con ímpetu del monte Líbano. Deramará ríos de agua viva y celestial; y difundirá la ciencia como la luz. Esa Niña de Dios puede decirnos desde su cuna: Regaré los plantíos de mi huerto, y hartaré de agua los frutos de mi prado; y mi canal ha salido de madre y mi río se iguala á un mar; porque la luz de mi doctrina con que ilumino á todos, es como la luz de la aurora, y seguiré esparciéndola hasta los remotos tiempos. Penetraré las partes más profundas de la tierra, y daré una mirada á todos los que duermen, é iluminaré á todos los que esperan en el Señor (1).

(1) Eccli. XXIV.

La prueba de lo dicho, la tenemos en el misterio de la Encarnación. El Verbo de Dios se hizo hombre; su carne purísima y santa es la carne de María; por esto no podemos separarla de aquel misterio. María puede decirnos: Por obra del Espíritu santo concebí en mis entrañas al Hijo de Dios; y nos lo da á conocer como Dios y Hombre verdadero. Si esa Madre no dice una palabra; si nos oculta el fruto bendito de su vientre; si la separamos de Jesús, ¿quién podrá decirnos: soy la Madre del Hijo de Dios? Mirad que nadie os engañe, decía Jesucristo; porque muchos han de venir en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo y seducirán á mucha gente (1). Así también si alguno dice que Jesucristo no es el Hijo de María, no tenemos que creerlo; pues de otra suerte seríamos seducidos. Creemos nosotros que es el Hijo de Dios y del hombre el que nació del purísimo seno de María. Esta Madre divina comunica á nuestras almas el conocimiento de su Hijo, Jesucristo nuestro Señor, con una luz purísima y con una firmeza incontrastable; y por esto la llamamos trono de la Eterna Sabiduría; y esta Sabiduría ha descansado en su bendito seno y en sus brazos; y del Hijo divino viene á la Madre la luz y la ciencia que nos dan el conocimiento de Dios y nos conducen por las sendas de la vida eterna.

(1) Matth. XXIV, 4, 5.

Sedientos, venid á las aguas (1). Busquemos la fuente de aguas vivas en la cuna de María; porque Ella nace para ser la Madre de Dios y el acueducto de sus divinas misericordias. ¿Habrá otro medio más á propósito y más digno de Dios, para comunicar á los miserables los tesoros de la misericordia y las riquezas de la gracia que aquella preciosa Niña que atrajo á su seno al Verbo del Padre, que tiene un Corazón lleno de gracia y de bondad, y á quien el Hijo de Dios quiso encomendar á todos los hombres? Si la sed de las pasiones nos abrasa, vengamos á María, y apaguemos esa sed, bebiendo el agua de su pureza celestial. Si el amor del mundo nos lleva en pos de sí, roguemos á la santa Virgen que atraiga nuestro corazón hacia el Señor. En las miserias, en las aficciones y tristezas, en las enfermedades, en el desamparo, y en todas las penalidades de esta vida acudamos á María y pidámosle su auxilio. No olvidemos que tiene Corazón de madre amorosísima y que todo lo puede con su Hijo. Por cierto que no seríamos desgraciados si siempre acudiésemos á Ella; mas ¡ay dolor! que nuestros males queremos que el mundo los remedie y buscamos alivio y consuelo en las criaturas; y después de tristes desengaños viene la aflicción á consumirnos. No tiene el mundo corazón de madre, ni hay en él la caridad de Dios.

(1) Isai. LV, 1.

Pongamos en María nuestra esperanza y pidámosle el remedio de nuestros males. Vino al mundo para ser la Madre de Jesús y cooperar con El en la redención de los hombres. Es esta redención obra excelentísima de la misericordia del Señor, y María interviene en ella dando su purísima sangre al Hijo de Dios; y esa sangre ha de ser el precio de nuestra libertad y de la vida eterna. Por ventura ¿no podremos esperar todos los bienes de quien así coopera al gran misterio de la clemencia divina? Todo lo debemos á Jesús porque es nuestro Dios soberano; mas El ha querido unir consigo á su divina Madre en la obra de la redención humana; ¿quién de nosotros podrá decirle: Por qué lo has hecho así? Y bien sabemos que de esta manera lo ha hecho porque así nos convenía.

La intervención de la Virgen purísima tiene un carácter de dulzura, de suavidad inexplicables: el de Madre. Jesucristo ruega por sus hermanos al divino Padre; María le ruega por sus hijos. Ahora bien; la Maternidad divina de María, y la humana, si así podemos llamarla, la que dispensa á los que somos sus hijos adoptivos, tienen entre sí relaciones misteriosas y sagradas, y de una belleza encantadora. Dios inclina los cielos, se hace hombre, y por medio de la sangre que María le suministra, es nuestro hermano. Misterio incomprensible y sacratísimo, ya que nos une con el que es principio de toda santidad.

¡Cuánta belleza descubrimos en la unión que existe entre Dios y nosotros, desde que El ha tomado nuestra carne! Todo lo purifica y lo eleva el Hombre Dios en su adorable Encarnación. Por eso la Esposa santa, como fuera de sí misma, elogiaba su hermosura. Mi Amado es blanco y rubio: escogido entre millares. Su cabeza, oro finísimo: sus cabellos como los renuevos de la palma y negros como el cuervo: sus ojos como los de las palomas que se ven junto á los arroyuelos de las aguas. Sus mejillas como dos eras de plantas aromáticas; sus labios lirios rosados que destilan mirra purísima; sus manos, de oro, hechas á torno, llenas de jacintos; su pecho y vientre como un vaso de marfil guarnecido de záfros (1). Tanta grandeza y hermosura se nos comunican por medio de María: porque Ella es nuestra hermana y tiene la misma naturaleza que nosotros, naturaleza que recibió de Adán sin mancha ninguna; y de María recibió Jesús su sangre inmaculada. Es Ella, por lo mismo, el lazo precioso de unión entre el Hijo de Dios y nosotros. Preguntemos ahora si una madre que se halla en medio de sus hijos, dejará de dispensarles su amor y sus caricias; si no hará que los ricos socorran á los pobres; y que comuniquen entre sí sus gozos y sus penas; entre los hijos de María, es riquísimo su Hijo

(1) Cant. V, 10-14.

primogénito; es la gloria y la felicidad de los cielos y la tierra; es la fuente de la gracia: María le rogará por nosotros; y Jesús pondrá en manos de su santa Madre todos sus tesoros que vendrán á enriquecernos de bienes celestiales. Después de esto tenemos que exclamar: ¡Oh María, esperanza y consuelo de los hombres, bendígante los cielos y la tierra!

Desde el Nacimiento de María, desde su misma Concepción, es con toda propiedad nuestra hermana y la futura Madre del Hijo de Dios: por esto salen de la cuna de la preciosa Niña los ricos manantiales de la esperanza y del consuelo para derramarse sobre todo el mundo. Antes de Ella los hombres no tenían una madre tan tierna y amorosa; y si traían á la memoria á la madre del linaje humano, lo hacían suspirando de tristeza; porque ella en el Edén perdió la justicia original juntamente con Adán; y de allí todos los males y desgracias que ha llorado el mundo. Felices mil veces nosotros que tenemos en la Madre del Hijo de Dios, nuestra propia madre que nos da la vida con el fruto bendito de su vientre.



CAPÍTULO VI

En el templo de Dios.

RÓNGOME á pensar algunas veces en estas palabras de David: Escucha, oh hija, y considera, y presta atento oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre; y el rey se enamorará de tu hermosura; porque El es el Señor tu Dios á quien todos han de adorar (1); y me pregunto: ¿á quién dirige Dios nuestro Señor tan hermosas y santas expresiones? ¿quien es la hija dichosísima que Dios se digna atraer con tan tierno y delicado amor: escucha, atiende, inclina tu oído y olvídale todo por mí; y yo te amaré, yo que soy tu Dios? Es María sin duda alguna esa hija predilecta y la más perfecta de todas las criaturas; es Ella á quien Dios previene con su gracia, atrae con

(1) Ps. XLIV, 11, 12.

primogénito; es la gloria y la felicidad de los cielos y la tierra; es la fuente de la gracia: María le rogará por nosotros; y Jesús pondrá en manos de su santa Madre todos sus tesoros que vendrán á enriquecernos de bienes celestiales. Después de esto tenemos que exclamar: ¡Oh María, esperanza y consuelo de los hombres, bendígante los cielos y la tierra!

Desde el Nacimiento de María, desde su misma Concepción, es con toda propiedad nuestra hermana y la futura Madre del Hijo de Dios: por esto salen de la cuna de la preciosa Niña los ricos manantiales de la esperanza y del consuelo para derramarse sobre todo el mundo. Antes de Ella los hombres no tenían una madre tan tierna y amorosa; y si traían á la memoria á la madre del linaje humano, lo hacían suspirando de tristeza; porque ella en el Edén perdió la justicia original juntamente con Adán; y de allí todos los males y desgracias que ha llorado el mundo. Felices mil veces nosotros que tenemos en la Madre del Hijo de Dios, nuestra propia madre que nos da la vida con el fruto bendito de su vientre.



CAPÍTULO VI

En el templo de Dios.

PÓNGOME á pensar algunas veces en estas palabras de David: Escucha, oh hija, y considera, y presta atento oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre; y el rey se enamorará de tu hermosura; porque El es el Señor tu Dios á quien todos han de adorar (1); y me pregunto: ¿á quién dirige Dios nuestro Señor tan hermosas y santas expresiones? ¿quien es la hija dichosísima que Dios se digna atraer con tan tierno y delicado amor: escucha, atiende, inclina tu oído y olvídale todo por mí; y yo te amaré, yo que soy tu Dios? Es María sin duda alguna esa hija predilecta y la más perfecta de todas las criaturas; es Ella á quien Dios previene con su gracia, atrae con

(1) Ps. XLIV, 11, 12.

dulce llamamiento y cautiva con su amor; la colma de caricias, la enriquece con todos sus tesoros y la viste de luz y de gloria; y al contemplarla tan hermosa y perfecta, exclama lleno de ternura: Heriste mi corazón, hermana mía, esposa muy querida, con una sola de tus miradas, con una trenza de tu hermoso cuello.

Mas ¿cómo es esto cuando Dios nuestro Señor siempre ha tenido consigo á la purísima Virgen; cuando El y no otro ha vivido en el Corazón de María? Todo es verdad; y sin embargo el amor que la tiene quiere unirla consigo con nuevos y más sagrados vínculos; ocultarla enteramente á las miradas de los hombres; porque Ella sólo pertenece á su padre, á su esposo, á su hermano, en una palabra, al Dios de su Corazón que es su herencia por toda la eternidad. ¿Este Dios amante, dejaría por ventura en el mundo á su hija predilecta? Purísima y fragante azucena, la futura Madre de Dios tenía que embalsamar con el aroma de sus virtudes el templo del Señor.

Los arrullos de la cándida paloma del Señor tendrían que resonar en aquel templo; su hija muy amada tenía que recibir en el lugar santo, las caricias de su padre. ¿En dónde, sino en ese sitio le descubriría los grandes misterios de su amor divino?

La Virgen purísima era un tesoro incomparable de gracias y virtudes; pero antes que del

mundo era de Dios; por esto el Señor quería guardarlo en sus divinas arcas, y á su debido tiempo el mundo quedaría con El enriquecido. Dios así lo ejecutó, haciendo que los santos padres de María la presentaran desde sus primeros años en el templo de Jerusalén.

La Niña de Dios y su Padre celestial... ¡cuántos misterios de amor y de ternura! Dios ama la pureza, y tiene en su santuario á la Virgen de las vírgenes, la inmaculada y santa, la más perfecta de todas sus criaturas. En todas éstas había buscado la pureza, por decirlo así; mas nunca alguna de ellas fué tan hermosa y agradable á los divinos ojos como la Niña de que hablamos, la cual es como resplandor de la luz eterna, espejo sin mancilla de la majestad de Dios é imagen de su bondad; es más hermosa que el sol; sobrepuja al orden de las estrellas; y si se compara con la luz le lleva mucha ventaja (1): por esto Dios ama á su Niña purísima y santa con una ternura incomparable; la separa de todo lo terreno; la envuelve enteramente en una nube de amor y santidad; y María no piensa sino en Dios. Una y otra vez podrá decir su Padre amorosísimo: Mi Amada para Mí y yo para Ella; porque María sólo pertenece á Dios, y el Señor nunca la olvida. ¿Qué decimos? Si respecto de los israelitas su Majestad llegó á

(1) Sap. VII, 26, 29.

decir: Escuchadme, oh casa de Jacob, y vosotros todos, restos de la casa de Israel, á quienes llevo en mi seno y traigo en mis entrañas; yo mismo os llevaré en los brazos hasta la vejez, hasta que encanezcáis (1); ¿qué no dirá de esa incomparable y celestial criatura, la preferida de su amor, y que vale más que los cielos y la tierra? La llevará en su corazón dulcísimo; penetrará todo su sér con la unción de la divina gracia; pero ésta incomparable, y reservada únicamente para Ella.

Contemplemos un instante la vida de la santa Niña en el corazón de Dios, en el seno de su Padre amantísimo. Una madre alimenta al hijo que lleva en sus entrañas y le comunica su misma vida; así María es alimentada de Dios nuestro Señor que la transforma en Sí mismo, y le comunica cuanto es posible á la criatura, su vida divina. El alimento que Dios le suministra y la vida que la sostiene es el conocimiento perfectísimo y elevadísimo de Dios nuestro Señor; es su amor sagrado que la inflama en sus purísimas llamas. También María, tiene que exclamar: Mi Amado para mí y yo para El.

Un padre enseña á sus hijos y les inspira sus propios sentimientos; y la enseñanza y las inspiraciones de que hablamos se relacionan con la excelencia y el amor de quien las comunica;

(1) Isai. XLVI, 3, 4.

siendo esto así, ¿podremos comprender la profundidad de los misterios que Dios comunicó á su Niña muy querida, la abundancia de la luz divina con que inundó su entendimiento, la santidad y la nobleza de las inclinaciones con que quiso enriquecer el Corazón de María?

Quiere un padre perpetuar su vida en sus hijos y que en todo le sean parecidos: la vida de Dios es inmutable y eterna; mas El quiere vivir en sus criaturas y ha grabado en nuestras almas su imagen divina; entre todas éstas es la primera la Virgen purísima que lleva en sí misma aquella imagen con una perfección incomparable, y en quien vive Dios como en el templo más augusto y sagrado que fabricó para su gloria.

Yo la acariciaré, dijo el Señor por medio de Oseas, y la llevaré á la soledad, y le hablaré al corazón (1). Apliquemos estas palabras á la Virgen santísima. Dios se digna acariciarla, y la tiene en la soledad del santuario: ¿qué palabras le dice al corazón? Sé santa porque yo lo soy. Sé perfecta porque lo es tu Padre celestial. La santidad de Dios preséntase á los ojos de María resplandeciente con la luz de una pureza infinita; queda fuera de sí misma al contemplar el océano de las divinas perfecciones del Padre celestial; y la Niña de Dios se humi-

(1) II, 14.

lla y anonada delante del Sér de los séres. El Espíritu divino le descubre las gracias y favores con que se ha dignado enriquecerla: es hermosísima y perfecta; no hay en Ella la más ligera mancha; es más santa que los más elevados serafines; y Dios tiene en Ella todas sus delicias. Sigue á la humildad la gratitud más sincera y profunda; y del seno de María, de sus santísimos labios, salen en abundantes raudales, cánticos de reconocimiento y de acción de gracias de amor y de alabanza. Inmensa hubiera sido nuestra dicha si los hubiésemos oído; y ¿quién podría decirnos lo que habría pasado en nuestro corazón al contemplar las miradas de amor y de ternura y la expresión de su semblante y los estremecimientos de su amor en tales circunstancias? ¡miserables de nosotros! indignos, muy indignos somos de ocuparnos en misterios tan santos cuyo conocimiento Dios reserva para las almas virtuosas.

¿Dejaremos la pluma de la mano, y ya no tendremos que pensar en nuestra amada y dulcísima Niña? Confesamos nuestra indignidad; mas es muy grande nuestra confianza en la indulgencia de María; y por último el amor que le tenemos no nos deja callar. No volveré más á hacer mención de la palabra de Dios, decía Jeremías, y no hablaré más en nombre del Señor; pero al punto sentía en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado dentro de mis

huesos, y desfallecí no teniendo fuerzas para aguantarlo (1). Tan pura, tan llena de bondad y de clemencia, tan amable con nosotros, y á quien después de Dios nuestro Señor debemos todos nuestros bienes... ¿dejaríamos de pensar en Ella, en sus santos misterios, y cerraríamos nuestros labios dejando de cantar sus alabanzas? No y mil veces no. Por amor de Sión no callaré, y no descansaré por Jerusalén hasta que su justo nazca como la luz del día, y resplandezca su Salvador cual antorcha brillante (2). Sigamos, pues, hablando del objeto que nos ocupa.

Dios nuestro Señor que ha descubierto su santidad á la Virgen purísima manifiéstale también la magnificencia de su sér divino: Yo soy Dios, le dice, el Dios tuyo... ofrece á Dios sacrificio de alabanza, y cumple tus promesas al Altísimo (3); contempla María al través de los cándidos velos de su fe, la majestad infinita del Señor, al Sér de los séres, necesario, inmutable y eterno, sabiduría infinita, virtud omnipotente, bondad amabilísima. ¿Hasta dónde tenía que descender la preciosa Niña del Señor, la humildísima entre todas las criaturas, á la vista de aquella majestad incompre-

(1) XX, 9.

(2) Isai. LXII, 1.

(3) Ps. XLIX, 7, 14.

sible y soberana? y su amor y su ternura ¿hasta dónde tendrían que elevarse, conociendo con tanta perfección el amor de Dios á Ella? El amor del Eterno á la santa Niña es de una delicadeza y ternura incomprensibles. Decía el Señor en otro tiempo: ¿No es Efraím para mí el hijo querido, el niño que yo he criado con ternura? Desde que yo le he hablado le traigo siempre en la memoria; y por su amor se han estremecido mis entrañas; tendré para con él entrañas de misericordia (1). Apliquemos estas palabras á la sagrada Virgen. ¿Quién como Ella es la hija preferida del Eterno; y á quien como á Ella Dios ha dispensado su ternura inmensa? El corazón del Eterno se ha conmovido en virtud del amor que la tiene; amor tan lleno de ternura y de misericordia para con Ella, que el Padre hará descender desde los cielos á su Hijo muy amado, y Este encarnará en el seno de María. Allí están asimismo, la Concepción Inmaculada de María, y el haberla preservado de toda deuda de la culpa, y las demás gracias y favores con que quiso el Señor enriquecerla; y todos ellos nos están diciendo que Ella es entre todas las criaturas, la más amada de Dios nuestro Señor; por eso la escondió en su tabernáculo sagrado, y la puso á cubierto de

(1) Jer. XXXI, 20.

todos los males, ocultándola en lo más secreto de su pabellón (1).

Si nos hemos ocupado en lo que Dios hacía con su sagrada Niña durante los años que vivió en el templo de Jerusalén, pensemos ahora en lo que hacía la purísima Niña en esa misma época. Dios era el gran pensamiento y todo el amor de María; y después de Dios la ocupaban las necesidades de los hombres á quienes amaba tiernamente.

Dios era conocido en la Judea; mas también debía serlo en todo el mundo. ¿Cómo podría conseguirlo una Niña á quien nadie conocía y que pasaba su existencia dentro los muros de un santuario? Sin embargo el Corazón de la inocente Niña, no la dejaba descansar un solo instante; el celo de la gloria de Dios la consumía: por esto exhalaba tristísimos gemidos, y rodaban de sus ojos lágrimas ardientes. Si en seguida volvía sus miradas á los hombres, el dolor la llenaba de amargura y la tristeza más profunda la hacía desfallecer; recuerda que Dios ha prometido hacerse hombre para glorificar al Padre y para redimir al mundo del pecado. ¿Qué haría entonces esa Niña que tanto amaba la gloria del Eterno, y cuyos deseos por la salud de los hombres eran tan ardientes? Poner delante de sus ojos la amabilidad infinita del

(1) Ps. XXVI, 5.

Señor, y llorar en seguida con indecible pena, las ofensas que le hacía el pecado: la profundidad de su dolor sólo Dios la podía comprender; porque El y nada más que El conocía la grandeza y los santos ardores de la caridad de María.

La Virgen santísima pensaba también en las desgracias de los hombres: no conocían ni amaban al Señor; sus caminos eran de perdición y muerte eterna, y Dios los había criado para que fuesen eternamente dichosos. Sólo hay un remedio para tantos males, y es que el Hijo de Dios se haga hombre para que enseñe á sus hermanos el camino de la vida, y glorifique al Padre, y con su pasión y muerte satisfaga á la divina justicia. Todo esto encendía en el Corazón de la Virgen purísima, los más ardientes y vivos deseos por la venida del Hijo de Dios, y sin duda, una y otra vez exclamaría diciendo: ¡Oh, Señor, envía al que has de enviar! ¡Oh cielos, derramad vuestro rocío, y lluevan las nubes al Justo; ábrase la tierra y brote al Salvador! ¡Inclina esos tus cielos y desciende á socorrernos; toca los montes y desháganse en humo (1)! Entretanto ignoraba María que era Ella la tierra bendita que había de dar á luz al Salvador, el cielo más puro y hermoso en que había de morar el Eterno.

(1) Isai., XVI, 1.—XLV, 8.—Ps. CXLIII, 5.

Así pasaba la vida de María en el templo del Señor: humilde, recogida, caminaba siempre en la divina presencia; y ocupada en oración fervorosísima atraía á su seno al divino Verbo; y era Ella el encanto de Dios en quien tenía sus complacencias el Eterno. ¡Cuán pura y hermosa brillaba á sus divinos ojos!

Eran como náda, por decirlo así, delante de Dios los cielos y la tierra, comparados con María, purísima y hermosa, y superior á las demás criaturas. ¡Oh, si la hubiésemos contemplado siquiera un instante allá en el templo! Al saber que en el recinto sagrado se hallaba una criatura tan hermosa, sin duda alguna hubiéramos procurado conocerla; y acercándonos á aquel lugar nos habríamos asomado por las ventanas; ó atisbando por las celosías la hubiéramos dicho: ¡Oh, María! ¡Oh cándida paloma del Señor! Tú que anidas en los agujeros de las peñas, en las concavidades de las murallas, muéstranos tu rostro amabilísimo, y déjanos oír tu voz; porque tu voz es dulce y tu rostro muy hermoso (1); y si Ella no nos hubiera contestado, le habríamos dicho con grandes instancias: Ábrenos, querida hermana, amiga fidelísima, cándida paloma, inmaculada Virgen (2); y mil veces dichosos hubiéramos sido si María se hubiese inclinado á

(1) Cant. II, 14.

(2) Ibid. V, 2.

nuestros ruegos. Ahora está á la diestra del Hijo de Dios en lo más elevado de los cielos; Reina hermosísima, vestida de luz y de pureza, y resplandeciendo á los ojos del Eterno con la perfección de todas las virtudes. Llena de majestad y de grandeza, es superior á los más elevados serafines; y sin embargo, su misericordia y su bondad son inefables, y la ley de la clemencia está en sus labios: pidámosle, pues, que se apiade de nosotros y nos alcance la gracia del Señor.

¡Oh preciosa y agraciada Niña! acordaos de las grandes virtudes que practicasteis en el templo de Dios, y haced que imitemos vuestros ejemplos. Alcanzadnos del Señor el espíritu de humildad y de oración, el amor al retiro, el recuerdo de la presencia de Dios y la conformidad más rendida y perfecta con su voluntad divina. Amén.



CAPÍTULO VII

Flor de celestial pureza.

AL pensar en la virginidad incomparable de María nos acordamos de estas palabras de Isaac: El olor de mi hijo es como el de un campo florido que Dios se dignó bendecir: y de estas otras de Zacarías: ¿Cuál será el bien venido de El, y lo hermoso que de El nos vendrá; sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes (1)?

La singular y excelentísima virginidad de nuestra Señora la Virgen María, trasciende con los aromas de todas las virtudes. Es como un espejo inmaculado en que contemplamos ya la humildad más profunda y agradable á Dios, ó bien el recato y la modestia, la sencillez de co-

(1) Gen. XXVII, 27.—Zach. IX, 17.

nuestros ruegos. Ahora está á la diestra del Hijo de Dios en lo más elevado de los cielos; Reina hermosísima, vestida de luz y de pureza, y resplandeciendo á los ojos del Eterno con la perfección de todas las virtudes. Llena de majestad y de grandeza, es superior á los más elevados serafines; y sin embargo, su misericordia y su bondad son inefables, y la ley de la clemencia está en sus labios: pidámosle, pues, que se apiade de nosotros y nos alcance la gracia del Señor.

¡Oh preciosa y agraciada Niña! acordaos de las grandes virtudes que practicasteis en el templo de Dios, y haced que imitemos vuestros ejemplos. Alcanzadnos del Señor el espíritu de humildad y de oración, el amor al retiro, el recuerdo de la presencia de Dios y la conformidad más rendida y perfecta con su voluntad divina. Amén.



CAPÍTULO VII

Flor de celestial pureza.

AL pensar en la virginidad incomparable de María nos acordamos de estas palabras de Isaac: El olor de mi hijo es como el de un campo florido que Dios se dignó bendecir: y de estas otras de Zacarías: ¿Cuál será el bien venido de El, y lo hermoso que de El nos vendrá; sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes (1)?

La singular y excelentísima virginidad de nuestra Señora la Virgen María, trasciende con los aromas de todas las virtudes. Es como un espejo inmaculado en que contemplamos ya la humildad más profunda y agradable á Dios, ó bien el recato y la modestia, la sencillez de co-

(1) Gen. XXVII, 27.—Zach. IX, 17.

razón, la caridad de Dios y del prójimo, el recogimiento del espíritu, y la suavidad y la dulzura. Virginidad incomparable y singular, anunciada por medio de un oráculo divino en que Dios se dignó manifestar su misericordia infinita con los hombres.

Dijo el Señor en otro tiempo al rey Acáz: Pide al Señor tu Dios la señal que quieras, ó en lo más profundo del infierno ó en lo más alto del cielo. Respondió Acáz: No pediré por no tentar al Señor. Entonces dijo Isaías: Oye tú ahora, oh casa de David. ¿Por ventura os parece poco hacer agravio á los hombres puesto que osáis hacerlo á mi Dios? Por tanto el mismo Señor os dará una señal: Sabed que una virgen concebirá y dará á luz á un hijo, y tendrá por nombre Emmanuel, Dios con nosotros (1). Señal sublime y misteriosa en la cual brillarán juntamente la omnipotencia y la bondad del Eterno; señal dada por el mismo Dios, admirable y tan llena de magnificencia cual convenía á su origen divino y al glorioso término al cual se encaminaba.

Dios anunciaba una maravilla sin ejemplo. Nacer de una virgen fué en Jesucristo un milagro tan grande, decía san Agustín, que no había que esperar de Dios otro mayor. Si se busca su razón no será admirable; si se pide un ejem-

(1) Isai. VII, 10-14.

plo no será singular. Concedamos que Dios puede hacer alguna cosa que nosotros no podemos investigar; en estos casos toda la razón es la omnipotencia del Eterno (1). La fecundidad de una virgen dijo san Ambrosio, es un milagro más grande que resucitar á un muerto; y san Pedro Damiano, dijo también que María ha sobrepujado por su divino alumbramiento las virtudes y prodigios de todos los santos (2).

Dios ha hablado, Dios lo ha prometido: brillen por lo mismo, su poder y su bondad en toda su magnificencia; y el gran milagro del alumbramiento de una virgen sea el canto armonioso que haga resonar en lo más alto de los cielos la gloria del Señor.

La virgen designada por el oráculo divino daría á luz un hijo que tendría por nombre Emmanuel, Dios con nosotros. Son infinitas la santidad y la grandeza del Hijo del Eterno; por esto no debía nacer sino de una madre virgen; y El es omnipotente y nada resiste á su poder divino.

Dios nuestro Señor da una señal admirable, inequívoca, y cual correspondía á la magnificencia y al decoro de la obra á la cual se encaminaba y á los altísimos fines de su gloria y de la salvación de los hombres; señal que tenía por

(1) Epist. 3, ad Volus.

(2) De instit. virgin. cap. 5.—In vita Loricati.

término el Verbo divino en el misterio de su Encarnación. Ese rayo de luz, esa corriente de amor, los inagotables manantiales de la bondad y de la gracia tenían que pasar por un medio que no tendría que impedir ni desvirtuar en lo más mínimo la obra excelentísima de Dios, el más santo, el más delicado y perfecto que pudiera imaginarse; y éste es la integridad más sublime, y la virginidad incorruptible, siempre fresca y lozana, que sin cesar exhala la fragancia de todas las virtudes. Tal tenía que ser, y así fué, la integérrima virginidad de nuestra Señora; y por esto decía san Bernardo que á Ella volvían los ojos todas las criaturas, como al centro, como al arca de Dios, á la causa de las cosas, al asunto de los siglos (1). Contemplemos desde este punto de vista á la purísima Niña, María nuestra Señora. Es el centro: hacia Ella convergen todos los designios de Dios, de divina gloria, de bondad y clemencia, por Ella en Jesucristo su Hijo el Padre será glorificado; porque en el seno de María el Hijo de Dios se humillará haciéndose hombre, y cumplirá la voluntad de su Padre; y el que es igual al Padre según la divinidad, es menor que el Padre según la humanidad.

Si el Hijo de Dios, decía san Agustín, no se hubiera hecho hombre, el hombre no habría que-

(1) Serm. 2, Pent.

dado libre de su cautiverio; mas Jesús se hizo hombre después del consentimiento de María, y recibiendo de la santa Niña la purísima sangre que después había de verter en la cruz por la salvación de los hombres.

María, centro de luz, de gracia y de clemencia; asociada, por decirlo así, á los grandes pensamientos del Señor, á la obra que es llamada de Dios por su admirable excelencia; aquella Niña tenía que ser virgen integérrima, y de una integridad y pureza superior á las de los mismos ángeles, como decía san Bernardo, y de un orden excelentísimo y sublime sobre toda expresión; pues tal virginidad tendría que relacionarse y unirse indisolublemente con la Encarnación del Hijo de Dios que tomó del seno de María una carne inmaculada y santa, tan pura como la carne de Adán antes del pecado, según decía santo Tomás (1).

Son misteriosas y en verdad sublimes las relaciones que existen entre la Encarnación del Hijo de Dios y la virginidad de María; hablemos de ellas Ezequiel en los términos siguientes: Esta puerta estará cerrada, no se abrirá, y el hombre no pasará por ella, porque el Señor Dios de Israel ha entrado por Ella. Esa puerta siempre cerrada simboliza la integridad virginal de María. El hombre no pasará por ella; porque

(1) 3. P. q. XIV, a. III.

la Madre de Dios siempre será virgen inviolable. El Señor Dios de Israel ha entrado por ella; porque ha concebido por obra del Espíritu santo, y nació de Ella el Señor de los ángeles. Puerta siempre cerrada; porque fué virgen antes del parto, en el parto y después del parto (1).

No es ésta la única figura de la virgindad de nuestra Señora que hallamos en los Libros santos. La misma ley, que diariamente leéis, decía san Agustín á los judíos, fué escrita sin punzón en tablas de piedra. Leed y entended que aquel pan que fué suministrado al pueblo de Israel en el desierto, no se hizo de granos, que hubiese sembrado el labrador. La vara de Aarón seca ya después de muchos años, reverdeció sin ninguna humedad, y produjo flores y fruto; así también el que escribió aquellas tablas de piedra, fué quien fecundó el purísimo seno de María; el que produjo los panes en el desierto, la hizo Madre y la conservó virgen inmaculada y sacratísima; y el que hizo florecer la vara de Aarón, hizo también que María concibiera al Hijo de Dios por obra del Espíritu santo (2).

Tiempo es ya de oír al Angel Príncipe de la Teología (3). Era conveniente que Jesucristo fuese concebido de una virgen; así lo pedían la

(1) Exzech. XLIV, 2. — August. serm. in Natali. Dni.

(2) Ubi supr.

(3) 3, p. q. XXVIII.

dignidad del Padre, la propiedad del Hijo, su santa humanidad y el fin de la Encarnación.— El Dios de la majestad y de la grandeza tiene un Hijo Unigénito en todo igual á El mismo. ¿Cómo transferir á otro la paternidad altísima y sagrada de la primera persona de la Trinidad? La grandeza del Padre es el Hijo, decía san Agustín (1), eterna, adorable y perfecta. Dice san Juan en su Apocalipsis que vió en la mano derecha del que estaba sentado en el solio, un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Al mismo tiempo vió á un ángel que pregonaba á grandes voces: ¿Quién es digno de abrir el libro y de levantar sus sellos? Y ninguno podía ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra abrir el libro, ni aun mirarlo (2). A nuestra vez preguntemos: ¿Quién es digno de ser Padre de nuestro Señor Jesucristo fuera de su eterno y divino Principio? La dignidad de Dios Padre, no se comunica por lo mismo á ninguna criatura; porque tiene en sí misma una pureza infinita y una perfección inmutable y eterna. Todo esto nos está diciendo que si aquel Hijo ha de ser engendrado en el seno de una madre, ésta ha de ser purísima virgen sin mancha de pecado: más pura que la luz, más hermosa que el sol, enriquecida con todos

(1) De Trinit. l. VI, c. III, n. 5.

(2) V, 1-3.

los tesoros de la gracia y resplandeciente de belleza con el resplandor de todas las virtudes.

La propiedad del Hijo de Dios pedía también que fuese virgen perfectísima su santa Madre; porque El es el Verbo de Dios, y el verbo se concibe sin corrupción del corazón; y antes bien ésta no permite que la concepción del verbo sea perfecta: por lo mismo ya que tomó carne para que fuese enteramente suya, tal carne tenía que ser concebida sin corrupción por parte de la madre. Pensando en esto tenemos que exclamar: ¡Oh incomparable y celestial pureza de María, virginidad santísima, incorruptible, y más hermosa y perfecta que la pureza de los ángeles! Jesucristo no tenía otro Padre que el soberano y altísimo Dios de quien todo lo recibe; pero si tenía una Madre virgen á quien Dios se dignó entregar su Hijo Unigénito. Si ahora preguntase un ángel: ¿Quién es digna de llevar en sus entrañas al Hijo de Dios? Este Hijo designaría á la dichosa Niña, á la Reina de todas las vírgenes, elegida por El desde la misma eternidad para Madre suya; y á quien previno para esa dignidad infinita y gloriosísima, enriqueciéndola con todos los tesoros de la gracia; y de esta manera el Verbo de Dios que procede del Padre entre los resplandores de la santidad, es concebido en el seno de María, siendo esta dichosísima criatura, virgen sagrada, inviolable y perfecta, flor de toda pureza y que trasciende el

suave y delicioso aroma de una virginidad incomparable.

Llénanse de delicia nuestras almas al pensar en la virginidad de nuestra Señora y volviéndonos á Ella la decimos: ¡Oh Niña, oh Madre, oh Virgen perfectísima! bendita sea mil veces tu sagrada virginidad en la que tiene Dios nuestro Señor todas sus delicias.

Contemplemos desde otro punto de vista la pureza virginal de nuestra Señora. La carne de Jesucristo es la carne de María. El es el Cordero de Dios, inocentísimo, que quita los pecados del mundo; por esto su carne debía ser tomada de una madre siempre virgen; porque el Hijo de Dios no habita en cuerpo sujeto al pecado. De esta manera Jesucristo presta nuevos encantos y bellezas á la santa pureza de su Madre virgen; todo se refiere á El y es por causa de su santidad infinita, y todo se encamina á su gloria. De esta suerte la virginidad de María se nos presenta iluminada y como transformada en la santidad de su Hijo. Si no hay sociedad entre la luz y las tinieblas, entre la justicia y la iniquidad; si la hay entre la luz y la luz, entre la santidad y la justicia; sociedad indisoluble y estrechísima que llega en cierta manera á la fusión más admirable y sagrada de gracias y de virtudes entre el Hijo y la Madre: El que se une á Dios es un espíritu con El, unión que se extiende si así podemos decirlo, hasta la carne de María que es la misma de Jesús.

Vino Jesucristo para que los hombres fuesen hechos hijos de Dios, no por la voluntad de la carne ni por la voluntad del hombre, sino de Dios; y el modelo de la generación de esos hijos adoptivos tenía que descubrirse en la concepción de Jesús. Era preciso, decía san Agustín, que nuestra cabeza naciese según la carne de una virgen, para significar que sus miembros debían según el espíritu, nacer de otra virgen que es la Iglesia (1).

La senda de los justos, aumenta como la luz del sol, hasta el perfecto día; así también se nos presenta la pureza virginal de nuestra Señora bellísima y perfecta antes del parto; y tal perfección y esta hermosura derraman nuevos resplandores de luz y de gracia en el instante en que el Hijo de Dios sale del seno inmaculado de María.

María fué virgen en el parto. Su virginidad se nos presenta como divinizada por el tránsito del Hijo de Dios que hace brillar su omnipotencia conservando intacto el santuario de su gloria divina, en que había permanecido durante nueve meses.

El Verbo no solamente es concebido en el corazón, sin corrupción, sino que también de esta manera procede de él; y así para que se manifestase que era realmente de Dios el cuer-

(1) De virginitate, c. 6.

po que había tomado, fué conveniente que naciese del seno incorrupto de una Virgen. Ni nuestro verbo cuando es producido corrompe el espíritu, dice el Concilio de Efeso, ni Dios, Verbo substancial, al nacer ha destruído la virginidad:

Vino el Hijo de Dios á destruir la corrupción humana; por esto no convenia que en su nacimiento quedase corrompida la virginidad de su Madre. En fin, ¿tal corrupción pudiera tener lugar, cuando Dios nuestro Señor manda honrar á los padres? á este honor pertenecía conservar intacta la virginidad de la Madre de Jesús.

Fué pues, nuestra Señora, Virgen purísima en el parto; ya que de esta manera se conservaba la más perfecta armonía entre el Verbo divino y el cuerpo que tomó por nuestro amor; y se verificaba que el que había venido á salvar lo que estaba corrompido, no violaba con su venida la integridad de María, á quien honraba como Hijo, conservando en toda su pureza el seno inmaculado de su santa Madre.

María conservó después del parto su santa integridad; lo contrario derogaría á la perfección de Jesucristo, Hijo perfectísimo y unigénito del Padre, según su naturaleza divina; el cual debía ser asimismo, Hijo unigénito de María como fruto de Ella el más perfecto.

La Madre de Dios quedó siempre virgen después del parto; porque su seno fué el santuario

del Espíritu santo que nadie tenía que violar. La dignidad y santidad de la Madre de Dios, y la humildad y pureza de José también nos aseguran que María conservó después del parto su santa virginidad.

Al pensar en la pureza incomparable de nuestra Señora recordamos lo que refieren las crónicas de los Franciscanos. Un Religioso dominico molestado por grandes tentaciones, contra la virginidad de nuestra Señora, acudió al Venerable Fr. Gil, compañero que había sido del glorioso san Francisco de Asís. Fr. Gil se paseaba en una huerta y viendo á lo lejos al Religioso que quería hablarle, hirió la tierra con el báculo que llevaba en la mano, diciendo al mismo tiempo: María fué virgen antes del parto y brotó una hermosa azucena. Continuó su camino y de nuevo hirió la tierra y apareció otra azucena más hermosa y fragante; hizo lo mismo por tercera vez y brotó otra azucena también bellísima y fragante. Así también para nosotros la pureza de María, su virginidad antes del parto es cual flor de celestial pureza; flor que segunda y tercera vez contemplamos más bella y fragante, más pura y sagrada.

Quédanos todavía por contemplar en la virginidad de nuestra Señora un rayo hermosísimo de luz y de gracia que la ilumina, y nos descubre la perfección elevadísima con que Dios se dignó enriquecerla: María hizo voto de virgini-

dad al Señor; este voto antes de su desposorio con el señor san José, fué condicional, y después simultaneamente con El lo hizo absoluto. —Esta consagración que de su virginidad hizo la Virgen santísima fué muy agradable á los divinos ojos; porque las obras de perfección son más aceptas al Señor si se hacen por voto.

Contemplemos un instante á la Niña preciosa de nuestros amores, consagrando á Dios su virginidad.—María no es de sí misma, sino de Dios que la había preferido á todas sus criaturas. Es de Dios, porque así lo ha querido, y se ha ligado con su Majestad con inviolable y sacrosanto vínculo de un amor eterno; mas al consagrarsele de esta suerte, nos descubrió la admirable y acabada perfección de su voto de virginidad. Primero lo hace condicionalmente, sometiéndose al arbitrio divino con la sumisión más admirable y perfecta. ¿Qué hubiera deseado sino hacerlo desde luego de una manera absoluta? Mas no es de sí misma sino de Dios; y ¿cómo no unir á su riquísima ofrenda la de José, su virginal esposo? Desde este punto de vista la virginidad de María se nos descubre bellísima, sublime y resplandeciendo con la luz de una perfección incomparable. Bendito sea el Señor que la hizo tan acepta y agradable á sus divinos ojos.

¡Oh María, Reina de todas las vírgenes, hacednos puros en nuestros pensamientos, palabras y obras!



CAPÍTULO VIII

La Anunciación.

Así amó Dios al mundo que le dió su Hijo Unigénito. Así nos amó el Unigénito de Dios que se hizo hombre por salvarnos. Cuando á la luz de la santa fe, y con los sentimientos de la humildad cristiana, pensamos en la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo, la inteligencia en vez de discurrir, se siente como detenida y escucha una voz que le dice: Contempla la bondad infinita de Dios, y su sabiduría que nadie alcanza, y su virtud omnipotente. ¿Quién ha conocido los designios del Señor, añade esa voz, ó quién fué su consejero? Y la humildad cristiana inclina nuestra frente hasta el suelo y nos hace exclamar: ¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán incomprensibles son

sus juicios, cuán inescrutables sus caminos! Estos caminos son misericordia y verdad.

Dios; su grandeza es infinita, y ninguna inteligencia criada puede comprenderla. El es inmutable y eterno; su felicidad es perfectísima, y la gloria de su santo nombre nunca palidece ni puede amortiguarse. Delante de ese Dios altísimo, perfecto, Sér necesario que tiene en sí mismo la razón de su existencia, todas las naciones son como si nada fuesen. El es santísimo y aborrece infinitamente el pecado; y nosotros somos por naturaleza hijos de ira; y sin embargo de esto Dios inclina su inmutable deidad hasta nosotros: así se nos muestra infinita su bondad. Quedamos sin poder decir una palabra; mas ¿no se abrirán nuestros labios para bendecirla y adorarla? Excede toda bendición y se eleva sin medida alguna sobre toda alabanza. El se bendiga, y se alabe, y sea dichosísimo en su propia gloria. Admirados y como fuera de nosotros mismos al ocuparnos en estos pensamientos, quisiéramos tener el corazón de todas las criaturas y ponerlo á los pies de nuestro Dios querido en ofrenda de amor y gratitud á su bondad inmensa; mas nunca pagaríamos el don excelentísimo con que aquella bondad se dignó enriquecernos en Jesucristo nuestro Señor. El será nuestra ofrenda siempre agradable á los ojos del Eterno y de un valor infinito.

El Hijo de Dios se hizo hombre por salvarnos, y mediante el consejo de su sabiduría infinita tomó la naturaleza humana en unidad de persona. Solamente su infinita sabiduría pudo hallar en sus riquísimos tesoros la conciliación, si así pudiéramos llamarla, entre la justicia y la misericordia, para que no quedasen vulnerados los derechos de la primera, ni fuese impedido á la segunda derramar sobre los hombres sus bondades. Pone Dios sobre su Hijo inocentísimo todas nuestras culpas, le condena á la muerte por nosotros; y por los méritos de Jesús, se digna concedernos el perdón.

La bondad de Dios es infinita, y su sabiduría profundísima y enteramente incomprendible: ¿qué podremos decir de su virtud omnipotente? Lo que dijo en su cántico divino la Madre del Señor: Hizo alarde el Eterno, del poder de su brazo. ¿Quién podrá volver puro al que de impura simiente fué concebido? ¿quién si no Tú solo (1)? y el Hijo de Dios purificó al hombre de la culpa con el precio de su sangre; descubriendo en esto que nada resiste á su poder divino, como nada se oculta á su sabiduría infinita. Bendito sea mil veces.

El Verbo de Dios se hizo carne. En el consejo de Dios desde la misma eternidad decretada estaba la Encarnación del Hijo del Altísimo; y

(1) Job, XIV, 4.

también desde la eternidad, ese Hijo divino había elegido entre todas las hijas de Adán la que había de ser su santa Madre. Esta fué María, preservada de todo pecado y enriquecida con todas las virtudes de los cielos: la más santa y humilde de todas las criaturas, atrajo á su bendito seno al Verbo de Dios, igual al Padre y un solo Dios con El. Hemos llegado á la bellísima región de la gracia de Dios y de su misericordia con los hombres.

Aquella bondad amabilísima de Dios que hemos contemplado hace un instante y su sabiduría profundísima, y su virtud á que nada resiste, derraman torrentes de vida, de luz y de amor en el seno inmaculado de María; y el Verbo de Dios se hace carne.... ¡Cuánta grandeza y hermosura! todo es sublime, divino, encantador; y ese misterio á pesar de su profundidad que nadie puede sondear, se halla envuelto, penetrado de purísima luz, y se nos presenta cual viva y ardorosa llama de un amor infinito. Si queremos contemplarle más de cerca, oiremos una voz que nos dice: Deja el calzado, y advierte que la tierra que pisas es santa. Con pensamientos de cielo y con afectos de serafines, debemos ocuparnos en el misterio de la Encarnación.

Pedía el orden que la unión del Hijo de Dios con la Virgen sacratísima le fuese anunciada, para que antes de concebirlo en su seno, lo supiera su espíritu; para que tuviera una noticia

más cierta de ese gran misterio, una vez que ya había sido instruída en él por parte de Dios, para que María ofreciese al Eterno el presente voluntario de su obediencia, y se manifestase el matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana, cuyo consentimiento tendría que darse por medio de María (1).

Lo que acabamos de decir descúbrenos en la Anunciación de María, una belleza encantadora; y como pudieron decir los Padres de la Iglesia que la plenitud del espíritu de María había fecundizado su seno virginal.

María llena estaba de la gracia divina; y era en Ella tan santa y admirable esa gracia que al desbordarse en su bendito seno lo consagró, cual santuario purísimo y hermoso, á la gloria del Espíritu divino; santuario en que había de morar el Hijo de Dios. ¿Qué inteligencia podrá comprender la plenitud y la energía de la bienhechora y altísima gracia que Dios comunicó á la Virgen dichosísima que había elegido para Madre suya y para comunicar por Ella las riquezas de su misericordia á todos los hombres?

Dios eleva á su futura Madre, en virtud de la gracia de que hablamos, á una región inaccesible aun á los serafines; y allá en la cumbre de toda grandeza, brilla la incomparable y celestial María con la luz y la hermosura de toda

(1) 3, p. q. XXX, a. 1.

perfección; y cuanto hay de honor, de dignidad y mérito, de gracia y gloria, en Ella lo encontramos (1).—En medio de tanta grandeza y entre los resplandores de su gloria, es para todos amable y consoladora, trono de sabiduría, río de clemencia, rayo de la Deidad, dice san Bernardo, y no hay quien esté privado de la salvable influencia de su amor dulcísimo (2).

Hizo Dios, por medio de su ángel, que María supiese su elección á la Maternidad divina; y al saberlo le ofreció el riquísimo presente, voluntario y meritorio de su obediencia con estas palabras: Hé aquí la esclava del Señor. Si es una esclava como en realidad lo es, ¿porqué no se le impone sencillamente la obediencia? Porque la benignidad de Dios nuestro Señor le inclina con una condescendencia incomprensible hacia María. Todo es amor, y dulzura, para con esa Niña que se dignó preferir á las demás criaturas, designándola desde la misma eternidad para Madre de su Verbo.—Dios le revela el gran sacramento de piedad, oculto á los siglos y generaciones, y que habrá de realizarse en su bendito seno, para dar lugar al mérito y al reconocimiento de esta inmaculada y santísima Niña. Dios pedía su voluntad, su libre y amoroso consentimiento; y María lo da, no sólo por

(1) S. Laur. Justin. De cast. conn. cap. 9.

(2) Super Salve Regina.

lo que á Ella se refiere, sino también en lugar de toda la naturaleza humana. Siendo esto así, podemos exclamar: ¡Cuánto es lo que á María debemos! Nos ha unido consigo en el acto más solemne de su vida; y mediante estas sus palabras: Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra, el Hijo de Dios se desposó con la naturaleza humana; y cada uno de los hombres en particular, puede decir al Verbo del Padre: Sois mi hermano. El es nuestra cabeza y nosotros los miembros de su cuerpo; nos comunica las influencias de su gracia; y su Espíritu divino derrama la caridad de Dios en nuestros corazones.

La naturaleza humana ha sido elevada por el consentimiento de María, sobre toda grandeza criada; y el Hijo de Dios nos llevará, al subir á los cielos, hasta la diestra del Padre. ¿Qué poder, ó que impenetrable misterio existe en aquellas palabras de María? ¿Por ventura ha comunicado Dios nuestro Señor su virtud omnipotente á esta humilde y sacrosanta Virgen al pronunciar su *fiat* divino; pues se inclinan los cielos, Dios desciende del seno de su Padre, y los hombres se elevan al Empíreo? ¡Oh poder incomparable de María! Y su grandeza se eleva hasta el trono del Señor. Bendito sea mil veces quien quiso sublimarla sobre todas las demás criaturas.

Estando unidos con María al dar su consen-

timiento para la maternidad divina, Dios tendrá que reinar en nuestros corazones; y no somos ya sino de Aquel que se unió con nosotros en el misterio de su Encarnación; y en el sentido que vamos explicando, pertenecemos al Hijo de Dios y nos unimos con su Majestad por medio de María: por lo mismo todo lo debemos á esta santa Virgen.

María al presentarse delante de Dios déjase ver llena de gracia, resplandeciente de virtudes que inclinan hacia Ella el corazón de Dios; mas la santa Niña lleva consigo á los hijos de Adán pecadores y llenos de miserias; el Señor por su infinita bondad, detiene sus miradas en María, y de nuevo la colma de divina gracia: El Espíritu santo vendrá sobre tí; y esta gracia al desbordarse del seno de María cae sobre nosotros, perdona nuestras culpas y nos hace agradables á los ojos del Señor. Tal era el pensamiento de Bernardo; por esto si Ella cree, creemos con Ella nosotros; y nos comunica su confianza en Dios; y hace que ardamos en las llamas del amor divino en que Ella misma se abrasa.

Como una madre lleva en su seno con ternura inmensa al hijo que ha de dar á luz; así también lo hace María con nosotros cuando al presentarse delante de Dios para dar su consentimiento, nos lleva consigo á fin de alcanzarnos la luz de la gracia y la esperanza de la vida eterna. Ella es, por lo mismo, después de Jesu-

cristo, toda la razón de nuestra esperanza; y la unión que con Ella tenemos es fuente inagotable de santísimas delicias. ¿Por qué no preferirla á los reinos y á los tronos, á las riquezas y á las piedras preciosas? Todo el oro respecto de María no es más que menuda arena; y á su vista la plata será tenida por lodo. ¿Por qué no amarla más que la salud y la hermosura; por qué no seguir el resplandor de su luz encantadora y celestial? Todos los bienes nos han venido juntamente con Ella, y hemos recibido por su medio innumerables riquezas: nos ha hecho participantes de la amistad de Dios (1). No amarla sería una ingratitud muy grande, sería nuestra desgracia. El amor que Dios la tiene, su santidad incomparable, su perfecta hermosura y todas las gracias que la adornan, obligan para con Ella nuestro amor. Además, allí están los incontables beneficios que sin cesar se digna dispensarnos; y allí también está el amor que nos tiene, sincero y generoso que no han llegado á extinguir todas nuestras faltas. ¡Ah! Dios quiere que la amemos; así nos lo pide la excelencia de María; así lo exige nuestro propio interés; y así también el corazón nos dice: Amadla; después de un instante, ese corazón volviéndose á María, exclama: Yo te amo con todos mis afectos, y en seguida, como enagenado, de-

(1) Sap. VII, 8, 14, 14.

rrama su cariño á los pies de la sagrada Virgen.

Otra vez ponemos los ojos en el bellissimo cuadro de la Anunciación, y vemos que un nuevo rayo de luz lo ilumina, descubriéndonos en él encantos y bellezas que arrebatan nuestra admiración.

El Angel Gabriel se proponía al anunciar á la Virgen santísima llamar su atención sobre el gran misterio de que era mensajero; y por eso al saludarla emplea tan sublimes y hermosas palabras, descubriendo en ellas, la idoneidad de María para concebir, pues estaba llena de gracia; y expresó que concebiría, añadiendo que el Señor estaba con Ella; y le descubrió el honor incomparable que le había de traer la Maternidad divina; y por esto la dijo que era bendita entre las mujeres.—Gabriel proponíase instruir la en el misterio de la Encarnación, revelándole la concepción del Hijo de Dios en sus entrañas; y que daría á luz al Deseado de los collados eternos, cuya dignidad es infinita. Trataba en fin ese Angel, de inclinar á la Virgen santísima á que diera su consentimiento; y para esto le pone el ejemplo de Isabel, y le habla de la omnipotencia del Señor (1).

Nadie puede comprender el amor de Dios á su querida Niña. Dios, cuál si pudiese olvidar

(1) Q. XXX, a. IV

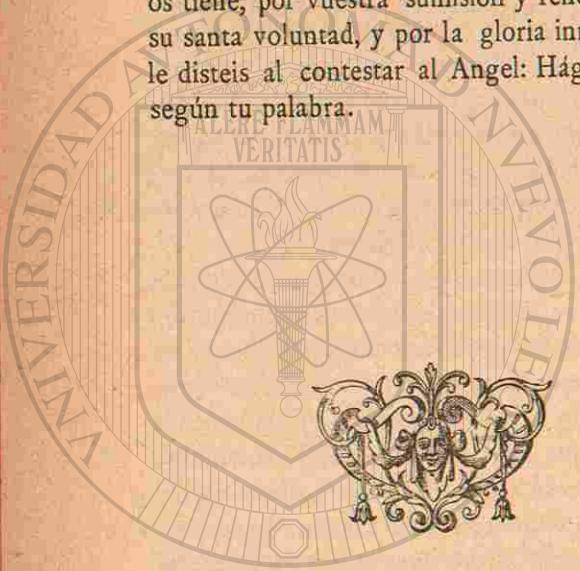
que es el Señor de todo lo criado, y que su providencia divina todo lo gobierna; así lleva adelante el gran misterio de su amor. No manda como soberano; mas sólo descubre su santa voluntad, pero ¿de qué manera? Le dirige una salutación amorosísima y llena de bondad; hace que desfilen por decirlo así delante de María una en pos de otra las glorias y grandezas que le tiene preparadas, ó que ya le ha concedido: la plenitud de la gracia, la presencia de Dios en su alma inocentísima, la bendición del cielo que la exalta y engrandece sobre todas las mujeres, el Espíritu divino que sobre Ella tendrá que descender, la virtud del Altísimo que la ha de cubrir con su sombra, El Hijo que ha de salir de sus entrañas virginales y que será llamado Hijo de Dios..... ¡Oh grandeza del amor divino á María! Cual si temiese Aquel en cuya mano está el corazón de las criaturas, que la Virgen santísima negara su consentimiento, así la estrecha con los más poderosos motivos para obtenerlo; y sin embargo, Dios sabía que su amada Niña cifraba todas sus delicias en cumplir su voluntad divina; ¿por qué, pues, esa magnificencia tan inexplicable, de bondad y gracia, y esa inclinación tan asombrosa, y las insinuaciones de la más delicada ternura para obtener el consentimiento de María? Un momento; y los cielos y la tierra penden de María, esperan sus palabras, y el Hijo de Dios la dice: Abreme, her-

mana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía y purísima..... Todo esto nos prueba la incomparable grandeza del amor que Dios la tiene; porque sólo el amor puede realizar tan grandes maravillas; se olvida de sí mismo y hace cuanto puede por quien ama. No se contenta con lo indispensable para conseguir lo que desea; más siempre se muestra espléndido en sus dones, y sublime y glorioso en todos sus designios. Así se mostró en el misterio de la Anunciación. Se dice en los Cantares: Nuestra hermana es pequeña..... ¿Qué haremos con ella el día en que se le haya de hablar de su desposorio? Si es como un muro edificuémosle encima baluartes de plata; si es como una puerta reforzémosla con tablas de cedro (1). María es la hija predilecta del Eterno Padre, y estaba destinada para Madre de su Verbo, y era la esposa del Espíritu divino: por esto Dios no se contenta con defenderla, cubriéndola con inexpugnables baluartes, y reforzándola con tablas de cedro; sino además, la hace sombra con su virtud divina; el Espíritu santo descende sobre Ella y la enriquece con todos sus tesoros, y el Hijo de Dios la escoge por su Madre.

Así ama Dios á la más santa y perfecta de todas sus criaturas, así le muestra su cariño inmenso. Bendición y gloria al Dios altísimo por

(1) VIII, 8, 9.

las maravillas de su amor divino realizadas en favor de María.—Vos también, oh Niña preciosa, seais mil veces bendita por el amor que Dios os tiene, por vuestra sumisión y rendimiento á su santa voluntad, y por la gloria inmensa que le disteis al contestar al Angel: Hágase en mí según tu palabra.



CAPÍTULO IX

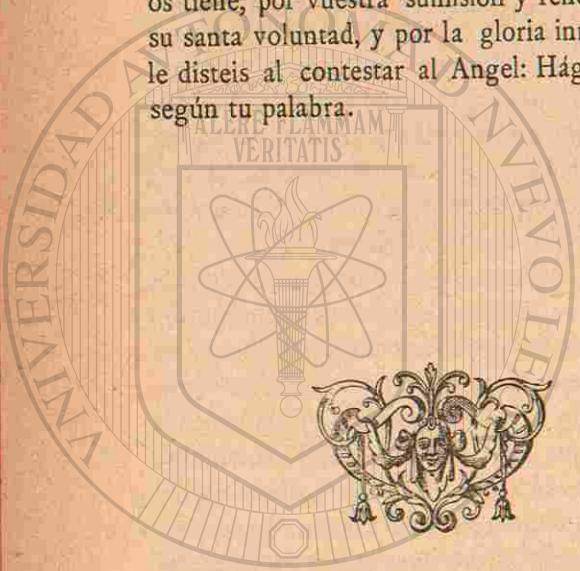
La Madre de Dios.

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios. Por El fueron hechas todas las cosas, y sin El no ha sido hecha cosa alguna de cuantas han sido hechas. En El estaba la vida y la vida era la luz de los hombres. Y el Verbo se hizo carne; y habitó en medio de nosotros, y nosotros hemos visto su gloria, gloria cual debía recibirla el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (1).

Majestad soberana que todo lo rinde, virtud omnipotente, luz de claridad inextinguible, encantadora y celestial belleza. ¡Qué palabras tan

(1) Joann. I, 1-4, 14.

las maravillas de su amor divino realizadas en favor de María.—Vos también, oh Niña preciosa, seais mil veces bendita por el amor que Dios os tiene, por vuestra sumisión y rendimiento á su santa voluntad, y por la gloria inmensa que le disteis al contestar al Angel: Hágase en mí según tu palabra.



CAPÍTULO IX

La Madre de Dios.

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios. Por El fueron hechas todas las cosas, y sin El no ha sido hecha cosa alguna de cuantas han sido hechas. En El estaba la vida y la vida era la luz de los hombres. Y el Verbo se hizo carne; y habitó en medio de nosotros, y nosotros hemos visto su gloria, gloria cual debía recibirla el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (1).

Majestad soberana que todo lo rinde, virtud omnipotente, luz de claridad inextinguible, encantadora y celestial belleza. ¡Qué palabras tan

(1) Joann. I, 1-4, 14.

sublimes; cuántos misterios encierran profundísimos y santos! No hay sér que con el de Dios se pueda comparar, eterno y necesario, inmutable y perfecto; ni grandeza semejante á la suya; y la verdad que es El mismo, y su gloria divina, y su hermosura, y la luz inaccesible en que habita, suspenden el alma en dulce admiración, y la abrasan en las ardientes llamas del amor divino.

En el principio era el Verbo... ¿quién podrá contemplarlo sin quedar deslumbrado con los vivos resplandores de su luz? ¿Quién podrá escuchar esa palabra eterna y substancial del Padre? Ni el ojo lo vió, ni el oído lo escuchó jamás. No es esto todo. San Pablo decía lo siguiente: La justicia que procede de la fe, dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién podrá subir al cielo? esto es para hacer que Jesucristo descienda (1). No se trata solamente de contemplar, de oír al Verbo del Padre, sino además que haya quien pueda subir hasta los cielos á fin de traerlo á este mundo; preguntemos pues á los patriarcas y profetas, y á los más grandes santos de la antigua ley, si entre ellos hay alguno que pueda elevarse hasta el seno de Dios, á fin de traer consigo al volver á la tierra, al Deseado de los collados eternos. Esos grandes santos, y los patriarcas y profetas, confesa-

(1) Rom. X, 6.

rán que fueron concebidos en pecado, y que fueron hijos de ira por naturaleza; y ¡ay del mundo si Dios en su misericordia no hubiera reservado de la culpa de origen, y de todas manchas y defecto á la dichosísima criatura que en el consejo de su amor tenía predestinada para Madre suya! Mas el Eterno la crió en los esplendores de la justicia original; y fundó sus cimientos en las cumbres más elevadas de la santidad y la pureza; sonrió de amor al verla tan hermosa y tan llena de gracia y virtud; y le dijo estas palabras: *Ascende superius*; y ¿hasta dónde? Hasta el seno de Dios á fin de darle á su Hijo Unigénito, que tendrá también que ser verdadero y unigénito Hijo de la incomparable y celestial criatura de que hablamos.

María, subió hasta el solio de Dios por sus elevadísimas virtudes, por su gracia incomparable, y en fin, en virtud del altísimo destino que el Señor le tenía señalado. Si David y san Pablo, como llenos de asombro, decían: ¿Quién podrá subir al cielo? Salomón contemplaba una Niña, más hermosa y brillante que el sol, elevándose hasta el cielo, rebosando en delicias y apoyada en su Amado; y subía como una columnita de humo que embalsamaba el aire con la suavísima fragancia de la mirra, de escogido incienso, y de los más delicados perfumes. Esa Niña subía á los cielos para traer consigo al Unigénito del Padre. San Juan la vió revestida

del sol; y vió también que descendía del cielo como una ciudad santa, resplandeciente con la claridad de Dios que la iluminaba; y su luz es el Cordero, á quien Ella misma llevará en sus entrañas, y sustentará con la purísima leche de sus pechos virginales. Todo lo dicho lo expresa la Iglesia en estas palabras: La Reina del cielo mereció llevar en sus entrañas al Hijo de Dios.

Goza nuestro corazón de inmensa dicha al contemplar las gracias singulares y excelentes, con que Dios se dignó enriquecer á la Virgen santísima, que es y siempre ha sido todo nuestro amor. Vemos que excede en gracia y perfección aun á los más elevados serafines. Dios al contemplarla como si olvidar pudiese á las demás criaturas, así concentra en Ella todo su cariño; y derrama en el seno de esta Niña todos los tesoros de su gracia; y una y otra vez la contempla lleno de ternura. Es la obra más perfecta que salió de las manos del Criador, después de la santa humanidad de Jesucristo. Es la criatura más obediente y humilde; y que tendrá que ser el instrumento de las divinas misericordias; quien reconcilie á los hombres con Dios por medio de Aquel que ha de ser su Hijo, Jesucristo nuestro Señor.—Gloríese, pues, nuestra querida Niña en su incomparable y soberana dicha, y en el inmenso amor que Dios la tiene; y nosotros al pensar en esto, ¿dejaríamos de sentir la más dulce alegría y el júbilo más san-

to? Es nuestro amor; á Ella todo lo debemos después de Dios; y del cariño que nos tiene, todo lo esperamos. ¿No es Ella quien por sus méritos santísimos subió hasta el solio de Dios á fin de atraer á sus entrañas al Salvador de los hombres? Venga mi Amado á su huerto, le dijo nuestra Niña, y coma del fruto de sus manzanos.—A su vez dijo el Verbo del Padre: Ya he venido á mi huerto, hermana mía, esposa; he cogido mi mirra con mis aromas; he comido mi pan con mi miel; he bebido mi vino con mi leche.—¿No añadirá el Verbo de Dios una palabra de consuelo para nosotros? Su Majestad sigue diciendo: Comed vosotros, oh amigos, y bebed hasta saciaros (1). No es el Hijo de Dios quien ha de gozar únicamente las delicias del castísimo amor de la que ha de ser su Madre; nosotros también las gozaremos. Se nos da á sí mismo, y nos da también á la Niña preciosa que le ha de llevar en su bendito seno; y á su vez María nos da también á Jesucristo; pero sigamos tratando de nuestro asunto.

San Juan después de haber dicho que el Verbo estaba en Dios y que el Verbo era Dios, que había criado todas las cosas, y que era luz verdadera; á tantas maravillas y grandezas, añade esta palabra de vida, de alegría y consuelo, de amor incomprensible: El Verbo de Dios se hizo

(1) Cant. V, 1.

carne.—Inmutable y eterno, inmenso, omnipotente, Criador del cielo y de la tierra, ese Verbo divino tomó la naturaleza humana en el seno de María, y quiso sujetarse al hambre y á la sed, y á las demás debilidades y miserias de esta vida, fuera del pecado. Tal es el misterio altísimo y al mismo tiempo lleno de benignidad y de dulzura de la Encarnación del Hijo de Dios.

La Virgen santísima es verdadera Madre de Cristo según su nacimiento temporal; y es verdadera Madre de Dios. Para probar lo primero basta considerar que el cuerpo de Jesucristo no fué traído del cielo, sino tomado de la Virgen nuestra Señora, y formado de su purísima sangre; y esto solo se requiere para ser madre: por consiguiente lo es María de Jesucristo, y esto con toda verdad. El nacimiento temporal por el que nació Cristo para nuestra salvación es, dice el Damasceno, en cierto modo según nosotros; porque nació hombre de una mujer, y en el tiempo correspondiente al de la concepción; pero es superior á nosotros en cuanto nació por virtud del Espíritu santo y de la santa Virgen sobre la ley de la concepción. Así pues, por parte de la Madre el nacimiento fué natural; y por parte del Espíritu santo fué milagroso. Por lo mismo, la sagrada Virgen es Madre verdadera y natural de Jesucristo.

María también es verdadera Madre de Dios.

Ser concebido y nacer se atribuye á la persona y á la hipóstasis según la naturaleza en que es concebida y nace: por esto habiendo sido tomada por la persona divina en el principio mismo de la concepción la naturaleza humana; síguese que puede decirse con toda verdad, que Dios fué concebido y nació de la Virgen santísima; y la mujer se llama madre de alguno por haberlo concebido y engendrado; por lo cual la Virgen santísima es verdadera Madre de Dios.—Esto sólo podría negarse en caso que ó la humanidad hubiera estado sometida á la concepción y al nacimiento antes que aquel hombre hubiese sido el Hijo de Dios; ó que no hubiese sido tomada en unidad de persona la misma humanidad; mas ninguna de estas cosas puede decirse.

Si en la Escritura divina no se encuentra expresamente que María es Madre de Dios; si hallamos que Jesucristo es verdadero Dios, y que la Virgen santísima es su Madre. Síguese pues necesariamente de las palabras de la Escritura divina, que la Madre de Dios es María.—San Pablo nos dice que de los judíos desciende Jesucristo según la carne, que es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Mas Jesucristo no desciende de los judíos sino mediante la Virgen santísima; por lo cual ese Dios bendito sobre todas las cosas, nació de la Virgen santísima como de su Madre verdadera.

Así como el alma del hombre nace con su propio cuerpo, y es reputada como una sola cosa con él; y sería un insensato quien dijese que la madre lo es del cuerpo y no del alma; así también, supuesto que el Hijo de Dios tomó carne, es necesario confesar que nació de mujer según la carne. Por esto la Virgen santísima es Madre de Dios, no porque haya engendrado á la divinidad; sino porque es Madre según la humanidad, de la persona que tiene la divinidad y la humanidad (1).

El Verbo se hizo carne y María es su Madre verdadera. El amor y la benignidad de ese Verbo divino para con María son infinitos; y la dignidad á que se ha dignado exaltarla nos es incomprendible; y los sentimientos que todo esto despierta en nuestro espíritu llenos están de dulzura y de una delicadeza elevadísima.

El Criador del cielo y de la tierra se hace Hijo de María, y tiene que decirle: Madre mía, yo soy tu Hijo... ¡Con qué abrasado amor no pronunciaría el Hijo de Dios una y otra vez estas palabras! Penetradas de una humildad profundísima llegaban al oído y al corazón de la santa Madre abrasándola en las más vivas y ardorosas llamas de la caridad de Dios. ¿Podría contestarlas diciendo á Jesús: Yo soy tu Madre y tú eres el Hijo de todo mi amor? Este amor

(1) Q. XXXV, 2, a. 3, III-IV.

la dejaba suspendida, y María quedaba transformada en su Hijo. La humildad, la gratitud y la dulzura llenaban su espíritu; y María se entregaba sin reserva en manos de su Hijo, amor de su alma y todo su bien.

Al pensar en estos misterios, un sentimiento de inmensa gratitud al Hijo de Dios se despierta en nuestras almas; le bendecimos y le amamos con todo nuestro afecto: ¿cómo no bendecirle y alabarle cuando así ama y engrandece á esa purísima y hermosa Niña que es todo nuestro amor y nuestro encanto? Y la bondad del Hijo de Dios para con María aviva en nuestras almas el fuego del amor divino; le bendecimos, y le damos gracias, y le amamos, porque se dignó escoger entre todas las criaturas por Madre suya, á María, la celestial y encantadora Niña, reina del cielo y de la tierra.

Han brillado nuestros ojos con luz encantadora y hermosísima; el amor y la bondad de Jesús para con su divina Madre; y sin embargo, casi nada conocemos de tan santos y admirables misterios; continuamos pensando en ellos; y nos acordamos de estas palabras de los Libros santos: Son los padres la gloria de sus hijos (1). Jesús tiene en los cielos un Padre cuya grandeza es infinita y de quien todo lo ha recibido; vive

(1) Prov. XVII, 6.

llo de majestad y de grandeza en el seno de ese Padre; es su imagen substancial y perfectísima, su resplandor divino y un solo Dios con El. Jesús tiene sobre la tierra una Madre santísima y perfecta de quien ha recibido el sér de hombre. Después de la gloria que tiene en el seno del Padre, el Hijo de Dios se gloria de tener una Madre fabricada por su propia mano, según la bella expresión de san Agustín; más hermosa que la misma hermosura, y más santa que la misma santidad. ¡Qué gloria tan sublime y qué delicias tan llenas de suavidad y de dulzura las del Hijo de Dios al tener que decir: Mi Madre es purísima y santa, y sobre toda expresión es amable y en Ella no hay defecto alguno! y al contemplarla con amor de Hijo, le revelaba en sus dulces miradas, su cariño inmenso y una complacencia amorosísima cual debía tener el más amante de todos los hijos en la grandeza y perfección incomparables de la mejor de todas las madres. ¡Oh, y quién hubiera contemplado la expresión amorosísima del rostro de Jesús en tales circunstancias, y á nuestra amada Niña iluminada con la luz de aquellas miradas tan llenas de amor y de bondad!

El Verbo de Dios se hizo hombre en las purísimas entrañas de María; Ella es su verdadera Madre; y la dignidad de esta santísima Señora es infinita, por el bien infinito que es Dios que se dignó encarnar en su bendito seno; y bajo

este concepto nada hay mejor que Ella, como nada hay mejor que Dios (1).

Nadie se ha unido tan estrechamente á Dios como María; por esto las comunicaciones que recibe del principio de todo bien son abundantísimas, y exceden sin comparación alguna, á las que Dios dispensa á las otras criaturas; y en virtud de la unión de que hablamos, á la Madre de Dios, por la bondad divina corresponde un cúmulo de gracias y dones celestiales que la eleven hasta Dios y la hagan dignísima de aquella dignidad divina de que hemos hablado. Los admirables privilegios y las gracias concedidos por Dios á la Virgen sagrada á fin de elevarla á la Maternidad divina, nos revelan siquiera en parte la incomparable grandeza de María, solo inferior á la de Dios; mas ¿en Ella terminarán los designios del Altísimo, y aquel amor, tan activo y generoso, y tan lleno de magnificencia en sus bondades? María no nació para sí misma, sino para servir á la gloria divina y para el bien de sus hermanos. De esta manera el amor que Dios le tiene se extiende hasta nosotros; y las gracias que le ha concedido tendrán que redundar en nuestro bien. Así quiere Dios obligarnos á su amor y servicio por medio de María; Dios la ama, y en Ella nos ama también á nosotros que somos unos miserables; Dios la

(1) P. 1, q. XXV, a. VI, ad quartum.

hizo su Madre divina, y en Ella el Hijo de Dios nos adoptó por hermanos; y en la adopción á que nos referimos, se nos comunican todos los bienes que trajo al mundo el Hijo de María.

Antes de terminar este capítulo digamos si quiera una palabra sobre la acción de María como Madre de Dios en el misterio de la Encarnación: ¿que hizo por su parte la sagrada Virgen? sólo suministrar su sangre inmaculada, dispuesta para que el Espíritu divino realizase la obra maravillosa de su amor, la concepción del santísimo cuerpo de Jesús (1). Respecto del Hijo de Dios, su Encarnación realizada de esta suerte, nos descubre en ella una perfección altísima y una obra enteramente divina. Si María hubiese obrado activamente, su operación habría sido sin duda alguna, santísima y perfecta; más es Dios y no la criatura quien ejecuta tan admirable misterio; y Dios aventaja sin medida alguna en la perfección de sus obras, á todas sus criaturas. Todo es santo y admirable, perfecto y divino, en la Encarnación del Hijo de Dios; luz, gracia y hermosura perfectísimas, que arrebatan nuestra admiración y nos hacen prorrumpir en cánticos de amor, de acción de gracias, y de alabanza purísima y sagrada al Espíritu divino, que así quiso que brillara su poder y su bondad y

(1) Q. XXXII, a. IV.

su sabiduría infinita en la Encarnación del Hijo de Dios.

La pasividad de la Virgen santísima si así podemos llamarla, la enaltece y sublima de una manera que nos es incomprensible, y la cubre de divina gloria. No es Ella, es Dios quien todo lo realiza; quien la transforma en sí mismo, y la sumerge en el océano de la luz y del amor de Dios más de lo que podemos comprender, decía san Bernardo. Suministra la sangre que se necesita para el cuerpo de Jesús; y ¡qué sangre! inmaculada y purísima; y María se pone enteramente en las manos de Dios, quien realiza en el seno inmaculado de esa Niña, la maravilla de que hablamos. El es el Artífice divino que todo lo hace en un instante con una perfección incomparable. María entretanto es el santuario donde brilla con todo su esplendor la gloria del Eterno; y en su seno inmaculado se ofrece al Padre el sacrificio más agradable á sus divinos ojos; y el Dios de la majestad y la grandeza que no había querido holocaustos por el pecado, acepta la obediencia y la humildad de su Hijo que se hizo hombre por cumplir su santa voluntad.

La obediencia y la humildad profundísimas de Jesucristo tenían que resonar con armonía sagrada en el Corazón de la sagrada Virgen; aun más que esto, en virtud de esas grandes virtudes previstas del Salvador de los hombres,

aquella Virgen, las prevenía con las suyas; porque María se humilló hasta el fondo de su nada y obedeció al Eterno, antes de recibir en sus entrañas á su Hijo primogénito, Jesucristo nuestro Señor.

Detengámonos un instante á fin de contemplar á nuestra Madre dulcísima elevada á la infinita dignidad de Madre de Dios.—Es superior á todas las criaturas y la más amada del Eterno. El gozo que inunda nuestras almas es muy grande; y la paz que disfrutamos está llena de delicias. Bendita sea Ella porque Dios nuestro Señor se dignó escogerla por Madre; porque es felicísima y la más amada de Dios entre todas las criaturas; porque es nuestro amor y todo nuestro bien. Dios la colma de bendición y gloria; los ángeles cantan sus grandezas; y los hombres, sus hermanos, sus hijos muy amados, imploran su santo patrocinio.

¡Oh Madre de Dios, riquísimo tesoro de bondad, cuyas plegarias son omnipotentes, rogad por nosotros al Señor!



CAPÍTULO X

Excelencia y perfección de la divina gracia en la santísima Virgen María.

QUÉN ha medido la altura del cielo, y la extensión de la tierra, y la profundidad del abismo? y ¿quién ha comprendido la sabiduría de Dios que precede á todas las cosas (1)? Esa divina sabiduría derramó en el alma de la Virgen sin manchilla todos los tesoros de su gracia con una magnificencia y una largueza incomprensibles. Gracia excelentísima, mayor, más intensa y perfecta que la de todos los ángeles y los hombres juntos, que fueron son y serán hasta el fin del mundo. La gracia de María se asienta por decirlo así sobre la cumbre de las más elevadas montañas; y María es la

(1) Eccli. I, 2, 3.

aquella Virgen, las prevenía con las suyas; porque María se humilló hasta el fondo de su nada y obedeció al Eterno, antes de recibir en sus entrañas á su Hijo primogénito, Jesucristo nuestro Señor.

Detengámonos un instante á fin de contemplar á nuestra Madre dulcísima elevada á la infinita dignidad de Madre de Dios.—Es superior á todas las criaturas y la más amada del Eterno. El gozo que inunda nuestras almas es muy grande; y la paz que disfrutamos está llena de delicias. Bendita sea Ella porque Dios nuestro Señor se dignó escogerla por Madre; porque es felicísima y la más amada de Dios entre todas las criaturas; porque es nuestro amor y todo nuestro bien. Dios la colma de bendición y gloria; los ángeles cantan sus grandezas; y los hombres, sus hermanos, sus hijos muy amados, imploran su santo patrocinio.

¡Oh Madre de Dios, riquísimo tesoro de bondad, cuyas plegarias son omnipotentes, rogad por nosotros al Señor!



CAPÍTULO X

Excelencia y perfección de la divina gracia en la santísima Virgen María.

QUIÉN ha medido la altura del cielo, y la extensión de la tierra, y la profundidad del abismo? y ¿quién ha comprendido la sabiduría de Dios que precede á todas las cosas (1)? Esa divina sabiduría derramó en el alma de la Virgen sin mancilla todos los tesoros de su gracia con una magnificencia y una largueza incomprensibles. Gracia excelentísima, mayor, más intensa y perfecta que la de todos los ángeles y los hombres juntos, que fueron son y serán hasta el fin del mundo. La gracia de María se asienta por decirlo así sobre la cumbre de las más elevadas montañas; y María es la

(1) Eccli. I, 2, 3.

casa del Señor, preparada por el mismo Dios en la altísima perfección de todas las virtudes. Para convencernos de esto, reflexionemos que la primera gracia conferida á la Virgen santísima en su Concepción Inmaculada, la dispuso dignamente para ser Madre de Dios, según nos dice la Iglesia; ahora bien: entre la disposición y la forma debe haber proporción; y la Maternidad divina es cierta forma que tiene una dignidad infinita, y que excede por lo mismo la de todas las criaturas: siendo esto así la primera gracia que dispuso á la Maternidad divina á la Virgen santísima, es superior á las gracias de todos los santos juntos; porque la gracia de María la acerca más al principio de todas las gracias, Jesucristo nuestro Señor.

El amor de Dios infunde y crea la bondad en las cosas que ama; porque no supone, sino que hace el objeto de su amor: respecto de María, la hizo agradable á sus divinos ojos en orden á la Maternidad divina; y quiso para Ella un bien mayor que para todos los santos: por esto derramó en el alma de su amada Niña al crearla, todos los tesoros de la gracia, y una gracia excelentísima y que no habría de concederse á otra criatura (1).

Una gracia tan admirable y singular, no existiría solitaria en el alma de la santa Virgen; al

(1) Contens. Marial.

entrar en Ella en el primer instante de su Concepción Inmaculada, traía consigo el más brillante cortejo de todas las virtudes y en grado heroico; porque á la esencia corresponden las propiedades que son conformes á la misma: de esta suerte á la inmensa gracia de María coronaban aquellas virtudes para que pudiese ejecutar con prontitud, facilidad y suma perfección, obras admirables de santidad y justicia en el orden sobrenatural, y cual convenía á la Madre de Dios.

Coronaban también tantas gracias y virtudes, los preciosos dones del Espíritu santo y las gracias gratis *datae*, que eran cual riquísimo dote que ponía en manos de la santa Virgen su divino Esposo, testimonios brillantísimos de su inmenso y singular cariño.

Dios derramó la gracia en el alma de María con tanta abundancia y perfección, á fin de impedir todo pecado y aun el más ligero defecto; la derramó en su cuerpo santísimo para que pudiera engendrar á Dios; y por último sobreabundó en Ella ese precioso don del cielo, á fin de comunicarse por su medio á todos los hombres. Gracia cuya plenitud es verdaderamente admirable: la llama santo Tomás, de suficiencia, de abundancia y de singular excelencia (1); y san Pedro Damiano dice que el Espíritu santo

(1) Opusc. 60.

inundó á María de toda su majestad; y la ungió con toda la plenitud de la Divinidad, sin asignarle medida alguna (1); y san Buenaventura dice también que rebosaron las gracias con tanta abundancia del seno de María que Ella puede ser llamada la misma gracia (2); por esto se eleva en tanto grado sobre los ángeles y los santos que los méritos de todos estos, y sus títulos y su dignidad, dice también san Pedro Damiano, comparados con la gracia de María, son *quasi non sint* (3). María, en efecto, aventaja sin comparación alguna, á los ejércitos celestiales, como que es un milagro verdaderamente sublime, corona de todos los Santos y resplandor de gloria inaccesible (4).

A esta admirable plenitud de la gracia de María estaba unida una fe clarísima, dotada de una fortaleza incontrastable: Bendita Tú la que creíste, le dijo Isabel, iluminada por el Espíritu santo. Vestida como estaba la Virgen santísima, de su Hijo Jesucristo, sol de indeficiente y eterna claridad, descendió al más profundo abismo de la sabiduría de Dios; y quedó sumergida en la luz inaccesible del Eterno, cuanto es posible á la criatura sin la unión personal.—Dios la enriqueció de una fe tan sublime, porque Ella es

(1) Serm. 22 de Joann. Baptist.

(2) In spec. B. Virg. cap. 13.

(3) Serm. de Assumpt.

(4) S. Ephren, de Laud. Virg.

el nuevo libro de la gracia que tiene á Dios Padre por autor; su doctrina es la sabiduría de Dios; y el Espíritu santo fué la pluma que lo escribió (1).

La que fué sagrario de todas las virtudes y templo de la Divinidad, recibió de Dios una admirable rectitud en todos sus afectos, que la alejaba enteramente del pecado; y llena de Dios, llevando en su seno al Verbo del Padre, y como ungiada con la Divinidad, practicaba sin descanso las más santas y heroicas virtudes que la elevaron á más sublime y cumplida perfección, indispensable á la Madre de Dios; y así como el Señor le concedió todas las gracias con una profusión incomparable, así las virtudes practicadas por María fueron excelentísimas, y correspondieron á la sublimidad y á la abundancia de aquellas gracias divinas.

No es extraño que en vista de esto, los Padres de la Iglesia no hayan contemplado, ni hayan podido descubrir en la Madre purísima de Dios, sino admirable pureza y sencillez, gracia y verdad, misericordia y justicia. María se presentaba ante sus ojos como un huerto de delicias celestiales, embellecido con las más galanas y vistosas flores, y difundiendo la delicada y suavísima fragancia de todas las virtudes. Veían asimismo, que la gracia de María se elevaba

(1) Damasc. orat. 1, de Nativ.

hasta Dios con magnificencia y gloria incomprendibles, por el pensamiento nunca interrumpido de la bondad divina; por su íntima familiaridad con su Hijo Jesucristo; por el reconocimiento y la gratitud á los divinos beneficios que nunca olvidaba; y en fin, por la santa dulzura y las delicias de su espíritu en el amor de su Dios. Este amor, sublime y ardentísimo, ó bien le abrasaba en santos deseos, ó le traía una languidez misteriosa y sagrada; y en seguida el fervor de su espíritu la elevaba hasta el seno de Dios; desfallecía de amor, y quería morir por estar con su Hijo Jesucristo; su Corazón dulcísimo se ofrecía á cada instante en holocausto perfecto de divina caridad.

Esta gracia purísima que así levantaba hasta el Señor el Corazón de María, en seguida la inclinaba hacia los hombres. No podía ser de otra manera; porque amando con tan sublime y perfecta caridad á su Hijo divino que es nuestra cabeza, no era dable que dejase de amar á los que son los miembros del cuerpo de Jesús. Por otra parte, Ella es la más fiel y perfecta imitadora de su divino Hijo, que descendió del cielo y se entregó á la muerte por nosotros; por esto la santa Madre se consagra á nuestro amor; y aun llega á sacrificar la vida de su Hijo primogénito, consintiendo en su muerte, por la salvación de los hombres; y esta gracia, esta caridad excelentísima de la Madre de Dios, se derrama y

extiende sobre todos ellos; y ¿por qué? Porque quiere que todos se salven y vengan al conocimiento de la verdad; porque Jesucristo su Hijo derramó su sangre por todos.

Si el poder y la excelencia de la gracia de María la elevan hasta el trono del Señor, y en seguida hácenla derramar las divinas misericordias sobre todos nosotros; aquella gracia la lleva á un abismo profundísimo de humildad la más sincera y perfecta que podemos pensar. ¡Admirable poder de la divina gracia en el Corazón de esta incomparable Niña! El Espíritu santo vendrá sobre tí; la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y el Hijo de Dios nacerá de tus entrañas. Así le dijo el Angel.—Hé aquí la esclava del Señor, así contestó María. Esas divinas grandezas han producido por la sublimidad y excelencia de la gracia concedida á la Virgen santísima, una humildad tan grande y perfecta que sólo Dios puede comprender; por esto no nos sorprende que diga san Bernardo: Si exceptuamos á Jesucristo, la gracia dada á la Virgen santísima, es la mayor que puede darse á una pura criatura; y santo Tomás dijo también: Dios hizo á María imagen infinita de su bondad (1). María es la primera de las criaturas en el amor de su Dios; la más excelente y

(1) Conc. 61.—Opusc. de Charitate.—Contens. Marial.

perfecta: así nos lo prueban las innumerables y preciosas gracias que Dios le concedió; y estas gracias nos dan la idea más sublime y excelente de nuestra amadísima Señora. Después de Dios, ¿quién como Ella en bondad y gracia, en santidad y perfección? Amable, y con una amabilidad encantadora que atrae, rinde y encadena nuestro corazón. Mas bella que los ángeles de Dios, y adornada con la purísima luz de la justicia original, con el esplendor de las más sublimes virtudes, con el encanto de todas las gracias, y la grandeza de una infinita dignidad, la de Madre de su mismo Dios, se nos presenta llena de bondad y de dulzura, y nos dice: Soy vuestra Madre. Al oír esta palabra de inefable dicha para nosotros, ¿quién no se arroja á sus pies para abrazarlos con ternura inmensa, y cubrirlos de lágrimas y besos de filial cariño? Y la incomparable grandeza de la Madre inmaculada del Señor, al inclinarse á nosotros con un amor tan grande, nos deja confundidos; porque somos unos pecadores miserables, indignos de tomar en nuestros labios el nombre de María; y esta incomparable y sacrosanta Virgen, no se sonroja de llamarnos hijos, y ruega sin cesar por nuestra causa. Su infinita dignidad y su pureza, ¿no quisieran alejarla de nosotros, que tantas veces nos hemos manchado con la culpa? De ninguna manera; porque la Madre de Dios es la más humilde de todas las criaturas, y lleno

está su Corazón dulcísimo, de benignidad y de misericordia. Si agradó al Señor por la pureza, dijo san Bernardo, le concibió por la humildad. Esta amable y santísima virtud la inclina hasta nosotros; y María como olvidando su grandeza, nos ve con ternura inefable: somos sus hermanos, sus hijos muy queridos; éste es su gran pensamiento; y su Corazón de madre y hermana no le pide sino indulgencia y bondad con nosotros. Esto nos llena de amor á Ella; y asombrados de tanta humildad como es la suya, nos preguntamos: ¿Con qué pagaremos su incomparable cariño que así la inclina hasta nosotros?

Pasa lo mismo con relación á su santísima pureza; esta virtud de María tiene en sí misma un atractivo poderoso que lleva hacia Ella no solamente á los justos, sino también á los pecadores. Su santísimo Hijo por medio de la predicación y de su santa gracia, llamaba á los pecadores; María tenía que hacer lo mismo; mas no predicando, sino atrayéndolos con la fragancia celestial de su pureza, con los encantos de su virginidad incomparable; se nos presenta concebida en la justicia original y con el esplendor de una integridad tan santa y perfecta, que llega á recibir en su seno y en sus brazos al Hijo de Dios. ¡Qué luz tan pura derrama aquella Concepción! ¡y esta virginidad, cuán sublime y hermosa se presenta á nuestras miradas!

Y María Inmaculada y siempre Virgen, vino á la existencia para nuestro bien, derramando la luz, la bondad y la clemencia.

Son admirables, en verdad, la excelencia y la energía de la gracia de la Virgen santísima nuestra Señora; porque no sólo la engrandece y la eleva sobre las demás criaturas, sino además se derrama sobre todos los hombres á fin de santificarlos y conducirlos á Dios nuestro Señor. Todas las cosas son vuestras, decía el Apóstol; mas vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios (1). María es nuestra Madre y nosotros le pertenecemos; Ella es de Cristo y Cristo de Dios. Esa Madre santísima nos lleva á su Hijo, y el Hijo nos lleva á su divino Padre. Si una dulce atracción nos lleva á María, no nos detiene para siempre en Ella; pues María no es el último fin de nuestras almas: la santa Virgen nos lleva en seguida á Jesús, quien nos conduce á su divino Padre. ¿Qué fuera de nosotros si los dulces atractivos de María no inclinaran hacia Ella todo nuestro afecto? y sin Ella, ¿cómo lograríamos acercarnos á Jesús? Pues El no quiere dispensarnos la divina gracia, sino por medio de María; y sin la gracia, sin la Madre y sin el Hijo, jamás llegaríamos al Padre celestial. Toda nuestra suficiencia viene de Jesús; mas El ha querido que sus gracias lleguen á nosotros

(1) I Cor. III, 22, 23.

por manos de María; y ¿quién podrá decirle ¿por qué lo has hecho así? Todo lo contrario, le bendecimos y le amamos porque de esta manera lo ha determinado con una providencia amorosísima y digna de todo honor y gloria.

La gracia de María nos da la idea más elevada y sublime de esta santísima criatura, la primera en el amor de Dios, y la más hermosa y perfecta de todas sus obras; mas tal grandeza sirve también á la gloria del Hijo de Dios; y este Hijo con su propia grandeza glorifica al Padre celestial.—Pensamos en María, y su pureza inmaculada y santa, y su gloria tan hermosa y pura, suspenden nuestras almas en dulce admiración; sentimos un fuego abrasador, transportes inefables de caridad dulcísima hacia Ella; y sin embargo su Hijo divino le excede sin medida alguna en perfección y gracia, en arrobadora y celestial belleza; y el Hijo nos dice: Todo lo he recibido de mi Padre. Ahora bien: si el amor de María llena nuestras almas de delicias celestiales; si enciende en ellas tan vivas y ardorosas llamas de santa caridad; ¿qué afectos no producirán en ellas el amor de Jesús y del Padre celestial? Amamos á la Virgen sin pecado con todas nuestras fuerzas, y éstas aumentan prestándonos nuevas energías al amar al Hijo de Dios y á su divino Padre.

La gracia de María que la ilumina con los bellos resplandores de la justicia original y con

todos los encantos de una perfección altísima y cumplida, no se nos presenta al descubierto y en toda su grandeza. Toda la hermosura de la hija del rey es interior, decía David (1); ¿cuál pues será la hermosura de la celeste Niña; y quién podrá decirnos cuántas son la excelencia de sus virtudes, y la perfección de sus obras; y cuánto será el atractivo que adornan su alma inmaculada y santa? Al pensar en esto quisieramos decirle: Abreme, ábreme, hermana mía, ábreme; y mil suspiros de amor lanzamos hacia Ella. Un momento después desfallecemos de amor y de tristeza. ¡Ay que odavía no conocemos los encantos y los atractivos de nuestra amadísima y preciosa Niña! y luego la humildad viene á cubrirnos de vergüenza: somos muy indignos de contemplar la hermosura de María, ya que tantas veces hemos manchado nuestro corazón con el amor del mundo. Si la amamos, contentémonos con suspirar por Ella, y con pedirle que nos alcance la divina gracia á fin de contemplarla para siempre allá en el cielo.

La gloria interior de María es un paraíso celestial donde sólo tiene entrada su divino Esposo; y la dulzura y las santas delicias que allí goza la purísima Niña de Dios no se comunican á las demás criaturas. Al que venciere, se

(1) Ps. XLIV, 14.

dice en el Apocalipsis, yo le daré á comer un maná misterioso, y le daré una piedrecita blanca, y en esta piedrecita estará esculpido un nombre nuevo que nadie sabe sino aquel que lo recibe (1). Que María, pues, nuestra Madre santísima goce de la dulzura del divino maná con que Dios la alimenta; y tenga su dicha y toda su gloria en la piedrecita blanca con que Dios la ha enriquecido. En el libro de Daniel se dice: Que se desgajó del monte una piedra, sin que mano ninguna la moviese, la cual hirió la estatua en los pies de hierro y de barro, y los desmenuzó; y la piedra que había herido á la estatua se hizo una gran montaña y llenó toda la tierra (2). Esa piedra simbolizaba á nuestro Señor Jesucristo, que ha destruido el imperio del demonio, y ha llenado el mundo de la gloria del Señor. El Padre celestial dió su Hijo Unigénito á María nuestra Señora; y este Hijo es la gloria de su santa Madre y si la piedrecita de que hablamos es señal de triunfo, María por la virtud de su Hijo alcanzó sobre el demonio y el pecado, la más cumplida victoria. Al Hijo, pues, y á su divina Madre bendigan y ensalcen los ángeles del cielo; y también nosotros hacemos lo mismo; porque Jesús y María son todo nuestro amor.

(1) II, 17.

(2) II, 34, 35.



CAPÍTULO XI

La Madre de los hombres.

Si pensamos un instante en la grandeza de María, en sus admirables y santísimas virtudes, en las sublimes y preciosas gracias que la adornan, en su dignidad infinita de Madre de Dios, y en seguida ponemos los ojos en nuestras miserias y pecados, quedaremos llenos de asombro al saber que es nuestra Madre: Dios así lo ha querido, y María obedeciendo las órdenes de Dios, y llena de benevolencia para con nosotros, se ha dignado adoptarnos por sus hijos. ¿Quién podrá explicarnos ese misterio de misericordia y gracia incomprensibles? Allí está para ello la bondad infinita de Dios nuestro Señor, espléndida y gloriosa en las manifestaciones de su misericordia. ¿No fué por ventura esa bondad, amable y be-

nignísima sobre toda expresión, la que inclinó al Padre á darnos á su Hijo Unigénito para salvación de nuestras almas? Dios quiere que todos los hombres se salven y vengán al conocimiento de la verdad; y la voluntad con que Dios lo quiere llena está de clemencia y de dulzura; ella es toda amor y misericordia para nosotros; y sus manifestaciones de gracia y de piedad son abundantísimas; por esto el Padre celestial no sólo quiso darnos á su Hijo nuestro Señor Jesucristo, sino también á María para que fuese tierna y cariñosa Madre de todos los hombres. Bendita sea la bondad infinita del Señor que así nos quiere enriquecer dándonos no solamente á su Hijo divino en quien están todos sus tesoros, sino también á la incomparable y celestial María, amabilísima y llena de gracias y virtudes. ¡Ah! si supieramos el tesoro que en Ella tenemos, serían muy grandes el reconocimiento y la gratitud para con el Padre celestial!

Toda nuestra suficiencia viene de Jesús; mas El ha querido comunicarnos sus gracias por medio de María, quien nos atrae con los encantos de su amor de Madre á Dios nuestro Señor. Sublime entre todas las obras que salieron de la mano del Señor, no excede la condición de las criaturas; y teniendo respecto de Jesús un ascendiente incomparable y un corazón lleno de misericordia, era Ella el medio más adecuado para transmitirnos las divinas gracias. María no

tendría que juzgarnos, sino que Dios la destinaba para defender nuestra causa delante de su Majestad; y ¿quién mejor que Ella pudiera defender á sus hijos adoptivos, siendo como es tan agradable á los divinos ojos, y amándonos como nos ama con cariño inmenso?

El Señor, dice san Pablo, nos hizo agradables á sus divinos ojos en su querido Hijo, por cuya sangre logramos la redención y el perdón de los pecados, por las riquezas de su gracia que ha derramado con abundancia sobre nosotros (1). El Hijo de Dios nos recibe por hermanos, nos aplica los méritos de su preciosa sangre y es nuestro abogado para con el Padre. En virtud de la adopción con que somos agraciados, el Padre nos reconoce por sus hijos y María hace otro tanto; mas la Virgen sacratísima confirmando nuestra adopción, si así podemos decirlo, nos cubre con los méritos de su Hijo sacratísimo. Así Rebeca vistió á su amado Jacob con los preciosos vestidos de su hermano; y Jacob alcanzó la bendición de su padre.—Si el Hijo de Dios aboga por nosotros, su Madre santísima une sus plegarias á las de Jesús, y pide á este mismo que nos conceda la divina gracia; y si el Padre celestial oye siempre con agrado la voz de su Hijo, el Hijo al escuchar la voz de su Madre se inclina hacia Ella, y le dice: Tu

(1) Ephes. I, 6-8.

voz es dulce, es muy agradable á mis oídos; y María consigue de Jesús cuanto le pide.

María es nuestra Madre; su Hijo santísimo así se lo dispuso: ¿dejaría de reconocernos por sus hijos, siendo como es la más obediente de todas las criaturas? La voluntad de Jesucristo era la suya, y tenía en cumplirla todas sus delicias.

Jesucristo había permanecido nueve meses en el seno de María; y ese seno benditísimo fué desde entonces el inagotable manantial de la misericordia, manantial abundantísimo que tenía que derramarse sobre el mundo entero. En vista de esto ¿rehusaría la Madre divina de Jesús, adoptarnos por sus hijos? mas entonces ¿á quienes tendrían que aprovechar las misericordias de María, el poder incomparable de su intercesión? Por otra parte, su alma incomparable tan llena de suavidad y de dulzura y tan inclinada á hacer bien, no hubiera quedado satisfecha al no dar á Dios nuestro Señor el honor y la gloria que le ofrece rogando por nosotros y atrayéndonos al camino de la vida eterna.

Dios la crió para Madre de su Hijo unigénito, y asimismo para Madre de todos los cristianos; por esto es María el lazo precioso que nos une con Jesús, y por medio de Jesús con el divino Padre.—María en uno de sus brazos sostiene al Hijo que engendró en su seno, y en el otro á los hijos que adoptó su amor. ¡Ah, todo lo debemos á esta santa Madre! Jesús nos ten-

drá por hermanos, y el Padre celestial por sus hijos.

Siendo esto así, el reconocimiento y la gratitud que debemos á María son muy grandes; y no han de tener ningún límite, ya que la excelencia de los bienes que recibimos por sus manos exceden á toda estimación. Pensando en esto se llenan nuestras almas de una dulzura inefable: debo gratitud inmensa á la Madre de Dios, nos decimos profundamente conmovidos, tengo que amarla con todo el corazón, bendecirla y cantar sus glorias; debo ser enteramente suyo. ¡Qué obligación tan querida, tan santa y deliciosa! Un momento después lloramos de amor á los pies de la preciosa Niña, de la Madre más tierna y bondadosa que el Señor nos ha dado. ¿Qué pasa entre Ella y nosotros en esos momentos de inefable dicha? Ver á la Madre del Eterno que como olvidando su majestad y su grandeza se inclina á nosotros, y nos acaricia, y nos llena de delicias, como á hijos muy queridos, y que nunca olvida. Oír sus palabras blandas y amorosas, como salidas de un Corazón tan compasivo como el suyo..... Todo esto es sublime, arrebatador y de una bondad incomparable; y nuestro corazón siéntese desfallecer, y morir de amor y de dulzura á los pies de la sagrada Virgen, de esta Madre santísima y llena de clemencia cual ninguna ha habido.—Si en tales momentos quisiéramos hablar, desahogando así

nuestros afectos, ¿qué palabras pudieramos decirle? Las expresiones más ardientes, saldrían lánguidas y frías de nuestros labios; tendríamos que confesar sencillamente, con un Profeta, que eramos niños que no sabíamos hablar. Al corazón, pues, dejemos sus misterios; y en el recogimiento de nuestro espíritu, gocemos de la paz y de las santas delicias que nuestra querida Madre se digne comunicar á nuestras almas.

Tenemos en María la Madre más tierna y bondadosa que pudiéramos desear. Es nuestra Madre y tiene obligación de amarnos; mas no es la naturaleza la que le ha impuesto semejante deber; es la obediencia, es la gracia; sublimes y elevadísimos principios que nos revelan que tal obligación trae consigo una delicadeza perfectísima, santa y llena de misterios.

Es la obediencia uno de los principios de la maternidad de María á que nos referimos; y esa obediencia supo realizar en la Virgen santísima divinos prodigios de una grandeza incomprendible: una palabra nos lo explica todo: por la obediencia la Virgen santísima concibió en su seno al Hijo de Dios.

Ahora bien: la Virgen santísima al recibirnos por sus hijos lo hace por obedecer á Jesucristo. ¡Qué maravillas de amor y de ternura, de solicitud y vigilancia no obrará por nosotros nuestra dulce Madre, animada y dirigida por su incomparable y santísima obediencia, virtud po-

derosísima, inspirada y sostenida en todas sus obras por Dios nuestro Señor, y que llena de fortaleza y de inefable dicha al que obedece. Este sabe perfectamente que jamás le ha de abandonar el auxilio divino; y que al cumplir la voluntad de Dios, su Majestad recibirá con agrado cuanto por El se hiciere. María, pues, al recibirnos por hijos, siéntese animada de una fuerza superior á todos los obstáculos que pudieran presentarle al cariño que nos tiene, nuestras debilidades y miserias; y por esto es la abogada y el refugio de los pecadores; y no hay hombre alguno por más desgraciado que queramos suponer, que al acudir á María no encuentre en Ella protección dulcísima y maternal amparo. Dios le manda que tenga misericordia de los miserables y abogue por los pecadores; y así lo hará porque es la más obediente de todas las criaturas; y tiene todas sus delicias en cumplir la voluntad de su Hijo, y en imitar sus santísimos ejemplos. Este Hijo divino extendió su redención á todos los hombres, y á ninguno excluyó de los bienes que trajo al mundo su divina Encarnación; y María su santa Madre ¿pudiera negar su dulce protección al pecador, aunque fuese entre todos el más abominable, si acudiere á Ella pidiéndole socorro? Si así lo pensásemos no conoceríamos cuán perfecta y sublime es la obediencia de María, y cuánta es la bondad y la ternura de su Corazón amorosísi-

mo; por lo demás Ella no se negaría á sí misma el consuelo de amparar al desgraciado.

María es nuestra Madre en el orden de la gracia; por esto nos es incomprendible su ternura, y son incansables su desvelo y su cuidado por nosotros.—Cuando pensamos en el amor de nuestras madres, activo y lleno de generosidad y de firmeza, de abnegación y sacrificio, lleno de ternura, quedamos en verdad maravillados; y sin embargo nuestras madres en sus más nobles y delicados sentimientos, son apenas la débil é imperfecta imagen de María, que se eleva en tanto sobre aquéllas, como lo que la gracia excede á la naturaleza. ¡Qué miras tan sublimes y trascendentales son las de esa Madre, la Inmaculada Virgen María, que el Señor nos dió en la efusión de su bondad inmensa para con nosotros! Dios, su gloria divina, el cumplimiento de su voluntad, nuestra eterna dicha; y María para todo esto, presentando al Padre celestial los méritos de su Hijo, y rogando al Hijo por nosotros, y llevándonos siempre de la mano por las sendas de la virtud, é inspirándonos pensamientos y deseos del cielo, sin llegar á abandonarnos un instante. ¡Ah, cuán dichosos somos en tener una Madre que nos ama con tan gran cariño!

María es nuestra tierna y cuidadosa Madre; y nosotros ¿somos dignos hijos de tal Madre? Si lo fuésemos la amaríamos con todo el corazón;

y la obediencia y el respeto, y los más nobles sentimientos de nuestra alma, serían la ofrenda que pondríamos diariamente sobre sus altares; jamás su dulcísimo recuerdo se apartaría de nosotros; y el pensar en Ella sería nuestro consuelo; y ¡cuántas veces aun sin darnos cuenta saldrían de nuestro pecho suspiros de amor y de ternura, que en sus manos llevarían los ángeles á presentarle cual ofrenda del cariño de sus hijos que pensaban en Ella sin descanso! Mas ¡ay que no es esto lo que pasa en nosotros! O bien la indiferencia ó el triste olvido, ó una tibieza que nos humilla y confunde, ocupa casi toda nuestra vida; y María sin embargo, jamás nos abandona, ni llega á negarnos sus plegarias delante del Señor.

¿Qué nos queda después de esto, sino avergonzarnos de nuestra conducta y procurar con todo empeño corregirla?

Si la Virgen santísima quisiera entrar en juicio con nosotros, de mil cargos no podríamos contestarle ni á uno solo; y aun cuandouviésemos alguna cosa que alegar por nuestra parte, no haríamos sino implorar su bondad y su clemencia. Por su parte, María nos ha cuidado con una vigilancia y una solicitud incomparables. ¿Podemos señalar alguna época, ó siquiera un día de nuestra vida, en que se haya olvidado de, nosotros? En todas partes y en las circunstancias más azarosas de nuestra existencia, he-

mos experimentado sus misericordias; y cual providencia amorosísima de Dios, nos llevaba en sus brazos, y nos cubría con su manto de dulce protección. En nuestras aflicciones y tristezas, nos prodigaba consuelos y alegrías; y si desgraciadamente caíamos en la culpa, esta Madre amorosísima, no cesaba de llamarnos al arrepentimiento y al dolor: conviértete al Señor, nos decía una y otra vez; porque El no volverá su rostro á otra parte para no verte; porque es santo y benigno y no durará para siempre su enojo (1); mas ¡ay, cuántas veces nuestra dulce Madre, pudo quejarse de nosotros con estas palabras: Yo le dije: Vuélvete y no quiso volverse! y sin embargo, María no se olvidaba de nosotros, sino que una y otra vez volvía á llamarnos. ¿No es esto, en efecto, lo que hemos experimentado en innumerables ocasiones? Ved por lo que tenemos que humillarnos y confundirnos; y esto es, asimismo uno de los más poderosos motivos que tenemos para amarla. Su amor á nosotros ha sido pacientísimo, invencible y animado siempre del interés más vivo y generoso por nuestro bien.

¿Qué podremos contestar á nuestra Madre dulcísima que se ha portado con nosotros con tanta bondad y misericordia? Aunque de alguna manera le hubiésemos correspondido nos ha-

(1) Jer. III, 12.

llaríamos siempre á una inmensa distancia de cuanto debemos á su delicado y maternal cariño; y por esto sólo nos queda un recurso: pedirle perdón de nuestras faltas, porque es nuestra Madre, y su Corazón dulcísimo la inclina siempre á la clemencia.

Hemos señalado como los principales defectos de nuestra conducta con la santísima Virgen la indiferencia, el olvido y la tibieza; funestos y ominosos estigmas que es preciso borrar con todo empeño. En lugar de la indiferencia, reine en nuestras almas el celo de la gloria de María; en vez del olvido, pongamos en el corazón la imagen de nuestra tierna y bondadosa Madre; y en cuanto á la tibieza, arrojémosla lejos de nosotros por medio de una piedad la más tierna y delicada que podamos pensar.

Hemos sido indiferentes en lo que mira al culto y devoción de la Virgen santísima. No ignoramos que si muchos cristianos la obsequían y veneran con filial cariño, otros muchos hay que no se portan de esta manera con tan buena Madre; y nosotros, no podemos negarlo, hemos pertenecido muchas veces á este desgraciado número: nosotros á quienes tanto ha distinguido con su amor de Madre la Niña incomparable á quien llamamos la Virgen purísima de nuestro amor, nos sentimos llenos de confusión y de vergüenza al pensar en esto. ¿Ignoramos,

por ventura, que es dignísima del amor y veneración de todos los hombres? y al ver que no recibe todo el culto que le corresponde ¿no se llenan de tristeza nuestras almas? Tan hermosa, tan amable y perfecta; tan llena de bondad y misericordia con sus hijos; y sin embargo muchos de éstos no teniendo para Ella sino triste indiferencia... ¿Por qué no exhala nuestro pecho un suspiro de tristísimo dolor? La vergüenza lo ahoga en la garganta; también nosotros hemos sido con Ella indiferentes.—Después de un instante de silencio en que padecemos un amargo y atroz remordimiento, tenemos que exclamar: Hasta aquí la indiferencia; mas desde este instante el celo de la gloria de María tendrá que consumirnos; y llenos de fortaleza trabajaremos sin descanso por una causa tan querida, su santa gloria. Si el descuido ó la indiferencia de los hombres llena de amargura nuestro corazón, no tendrá que infundirle desaliento, sino todo lo contrario, se avivarán más y más las llamas del amor que nos abraza. ¡Oh, si entonces nuestra amada Niña se dignara preguntarnos, como en otro tiempo fué preguntado Elías: ¿Qué haceis aquí? nosotros mil veces dichosos seríamos, pudiendo contestar estas palabras: Nos abramos de celo de vuestra gloria, ¡oh Madre santísima de Dios!

Opongamos á nuestro triste y criminal olvido, el continuo recuerdo de María; y su memo-

ria dulcísima y sagrada, no se aleje de nosotros un instante. ¿Por qué no habríamos de imitar á la Esposa de los Cantares que jamás se olvidaba de su Amado? Le buscaba en su lecho, le llamaba á grandes voces y preguntaba por él con una solícitud incomparable. Así también nosotros tenemos que hacerlo con nuestra buena y cariñosa Madre; si descansamos, su blanda mano cierre nuestros párpados; y si dormimos, vele nuestro corazón pensando en Ella; y al despertar, su precioso recuerdo acaricie nuestra mente; y durante el día camine siempre con nosotros, hasta poder decir estas palabras: Todo el deseo de nuestra alma se cifra en traer á la memoria tu nombre. Mi alma te deseó en medio de la noche; y mientras haya aliento en mis entrañas, á Tí me dirigiré desde que amanezca (1).

Arrojemos muy lejos de nosotros la tibieza en el servicio de María. ¿Por ventura, sus méritos santísimos, y su dignidad incomparable, y los innumerables beneficios que hemos por Ella recibido, no nos obligan á servirla con la más ardiente y fervorosa devoción? De lo contrario debemos temer que se nos digan estas palabras: Conozco bien tus obras, que ni eres frío ni caliente; ¡ojalá que fueras frío ó caliente! Mas por cuanto eres tibio, y no frío ó caliente, estoy

(1) Isai. XXVI, 8, 9.

para arrojarte de mi boca (1). Arrojarlos lejos de sí nuestra amadísima Señora, la Niña, la Virgen de todo nuestro amor, sería para nosotros una funestísima desgracia; y á fin de evitarla haremos los mayores sacrificios; y habremos de servirla con todo el fervor de nuestras almas, poniendo en práctica lo que el Señor nos dice: Estás diciendo: Soy rico y hacendado, y de nada tengo falta; y no conoces que eres un desdichado, y un miserable, y pobre, y ciego, y desnudo. Te aconsejo que compres de mí el oro afinado en el fuego, con que te hagas rico y te vistas de blancas vestiduras, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez, y unge tus ojos con colirio para que veas (2).

Madre nuestra, dulcísima Señora, vendédnos el oro acendrado de la devoción; avivad el fervor de nuestro espíritu; haced que os sirvamos con prontitud y alegría; y bendecid todas nuestras obras.

(1) Apoc. III, 15-16.

(2) Id. 17-18.





CAPÍTULO XII

Al pie de la Cruz.

La fe, la esperanza y el amor serán los bellos y agraciados ángeles que vendrán con nosotros á subir al Calvario á fin de meditar unos instantes en la pasión de Jesús y en los dolores de su santa Madre. ¿Qué fruto sacaríamos de nuestras meditaciones, si aquellos ángeles llegasen á alejarse de nosotros? El que sacaron tantos judíos que no conocieron al Hijo de Dios; mas la fe, la esperanza y el amor, alumbrarán nuestras almas con la luz del cielo; y nos darán asimismo, la vida, la gracia y la caridad de Dios.

Creemos en el Hijo de Dios, que es Jesucristo nuestro Señor, confesamos su Divinidad, y le adoramos como supremo Creador y Señor del cielo y de la tierra. Es nuestro Dios, perfec-

to, eterno é inmutable. Ante El toda rodilla tiene que doblarse, y toda lengua tiene que alabarle en los cielos, en la tierra y en los abismos.

En virtud de su caridad incomprensible para con nosotros se hizo hombre para obtener el perdón de nuestras culpas y darnos la vida eterna; tomó nuestra naturaleza en el seno inmaculado de María, que es su santa y verdadera Madre; esta Virgen sacratísima tiene que acompañarle desde su nacimiento hasta su muerte, cooperando en lo que le correspondía, á la redención de los hombres; por esto no abandona á su Hijo santísimo durante su pasión, y permanece al pie de la cruz, hasta que en ella muere el Verbo del Padre; después le recibe en sus brazos, y tiene, por último, que ponerle en el sepulcro.

La fe, la esperanza y el amor; la primera ilumina nuestras almas con luz purísima del cielo, y nos descubre al través de su cándido velo, la grandeza infinita de Jesús; la segunda nos hace recordar que el Hijo de Dios hecho hombre es la víctima de propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros sino por los de todo el mundo; y el amor, en fin, enciende nuestras almas en su vivo y ardoroso fuego, recordándonos las humillaciones y padecimientos del Hijo de Dios que nos amó y se entregó á la muerte por nosotros.

La fe, la esperanza y el amor, respecto de María, fueron como tres agudísimos dardos,

que penetraron su Corazón inocentísimo, de un dolor inmenso y de una amargura incomparable. La Iglesia nuestra madre pone en los labios de María estas palabras: ¡Oh vosotros, los que pasáis por el camino de la vida, atended y ved si hay dolor semejante á mi dolor!—Grande y amarga como el mar es la aflicción de María; y ¿por qué así? Porque nadie como Ella ha creído con tanta elevación y firmeza en el Hijo de Dios; ni ha esperado en El con tanta humildad y confianza; ni le ha amado con tan acendrada y ardiente caridad.

La fe de la Virgen santísima ha echado en su espíritu las más profundas raíces; nada es capaz de conmovérle: es la vida que la sustenta diariamente; es la antorcha de luz inextinguible y brillantísima que ilumina toda su existencia.—María tiene delante de los ojos, y pendiente de un madero, y padeciendo terribísimos dolores, á su Hijo Jesucristo, Señor nuestro; le ve cubierto de sangre y de salivas, coronado de espinas y hecho el oprobio de los hombres; oye las blasfemias y sarcasmos que se le dirigen; y llegan también á sus oídos aquellas palabras de incomparable desconsuelo que salen de los labios de Jesús: Dios mío, Dios mío, ¿porqué me has desamparado?—¡Oh Madre, decidnos, hasta dónde llegó vuestro dolor en aquellos terribles instantes!

La fe de María, clarísima y sublime, fué te-

rrible espada que traspasó su alma inocente con un dolor incomparable, al contemplar los padecimientos de Jesús.—Era el Hijo de Dios, consubstancial al Padre, por quien fueron hechas todas las cosas. En el seno del Eterno, y en lo más alto de los cielos, le adoran los ángeles, y el Padre le dice eternamente: Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado. A ese Hijo divino corresponden todo honor y gloria en los cielos y en la tierra; es fuente inagotable de bondad, es amabilísimo, hermosura divina, y tiene en sí mismo toda perfección y toda gloria.—Madre santa, ¿estáis oyendo por ventura las alabanzas que tributan los ángeles al Hijo del Eterno, ó las palabras que el Padre le dirige? ¿contempláis la arrobadora y celestial belleza del Señor de los ángeles; y la luz del Verbo del Padre, os tiene sumergida en océanos de inmensa claridad? ¡Ay dolor! sólo escucháis injurias y blasfemias y los más humillantes insultos; y no tenéis delante de los ojos sino el patíbulo afrentoso donde agoniza el Hijo del Eterno; y Vos conocéis su grandeza infinita y adorable, y que es dignísimo de toda bendición y gloria; y no se os concede impedir las humillaciones, las afrentas y los dolores de Jesús.

La Virgen santísima esperaba en la Resurrección de Jesucristo con una fidelidad incomparable y perfectísima; mas no son los consuelos de la esperanza los que inundan el alma de María

al contemplar los padecimientos de su Hijo sacratísimo: el dolor más terrible la llenaba de amargura, y la embriagaba de ajenjos; la agonía del Señor, su afrentosa muerte y las humillaciones del sepulcro, tenían que preceder á los consuelos de su santa esperanza; y María se hallaba atormentada, y como envuelta en las profundas tinieblas de su angustiosa pena. ¿Pudiera desear que se prolongase la vida de Jesús, cuando esto no hubiera sucedido sin la prolongación de sus tormentos, ó bien que muriese cuanto antes su Hijo inocentísimo y á quien tanto amaba? El Corazón de María está rodeado, sumergido en terribles angustias, y su esperanza no le suministra ni el menor consuelo.

Si el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor que brillaba con tanta claridad en el alma de la sagrada Virgen, era una espada de terrible dolor, ¿qué producirían en esta Madre amantísima, su ardiente caridad, su ternura inmensa para con Jesús? Si no ha habido ni en el cielo ni en la tierra quien ame al Hijo de Dios con tanto cariño como la feliz criatura que le llevó en su seno, nadie como Ella habrá padecido tan acerbos dolores en la pasión y muerte de Jesús. ¡Oh, y cuántos motivos tenía la Madre de Dios para sentir con indecible pena los padecimientos de su Hijo! Le debía un amor inmenso; porque quiso preferirla entre todas sus criaturas, y la preservó de toda mancha, y la colmó de gracias

y virtudes, y la escogió por Madre, puso en sus manos todos sus tesoros, y aun su mismo Corazón. ¿Quién como Ella tenía que amarle y procurar sin descanso su divina gloria? y María correspondió con una fidelidad incomparable al amor de su Dios; y entre todas las criaturas fué la más agradecida á las divinas gracias. Por esto ahora, su amor á Jesús, tan puro y ardiente, y los favores que de El ha recibido, son dardos agudísimos que la traspasan y la llenan de un dolor casi infinito.

María nada puede hacer por el Hijo amadísimo de sus entrañas; ni puede defenderle, ni bajarle de la cruz, ni calmar sus dolores, ni darle siquiera una gota de agua para refrigerar la sed que le abrasa; aún hay más: Jesús la ama y está viendo la terrible aflicción que sufre por El en aquellos instantes; y por esto aumentan las penas del Señor. ¿Qué hará la santa Madre? ¿Habrà de retirarse del Calvario? mas no, no hay que pedir á una Madre semejante sacrificio; y tiene que permanecer junto á la cruz de su Hijo moribundo, porque así se lo exige el amor que es más poderoso que la muerte, y que sostiene á María en aquel tormento indecible.

La Virgen santísima amaba á su Dios; y este Dios era el Hijo que había concebido en sus entrañas por obra del Espíritu santo. Si por el amor se tiene que medir el sufrimiento, tendremos que María padeció sobre toda expresión

al contemplar los padecimientos de su Hijo; y ese sufrimiento, en verdad, nos es incomprensible, como lo es la grandeza del amor que á Jesús tiene su Madre Inmaculada. Esta Madre que no tiene otro pensamiento que Jesús, ni otro encanto, ni otras delicias, que servirle y amarle; que no vive en sí misma, sino en su Hijo santísimo, le ve padecer terribles dolores, y morir en la desolación más amarga. ¿Habrá dolor que pueda compararse con el de María?

Madre de un Hijo divino, los afectos del corazón de María se producían en su alma con toda la pureza y la ternura que la naturaleza da á las madres; mas en María tales afectos eran purísimos y más elevados que en cualquier otra madre, ya que entre todas éstas era la Virgen santísima la más perfecta y sublime. Semejantes afectos de amor y de ternura, se elevaban en María al orden de la gracia; eran verdaderamente divinos por razón de su objeto. Después de esto, quién podrá decirnos ¡cuál sería el dolor de la sagrada Madre al ver obscurecida la gloria de su Dios, de su Hijo sacratísimo, el sol de su existencia y el amor soberano de su alma! Y le ve cubierto de ignominia, clavado en una cruz entre dos malhechores, derramando su sangre preciosísima, padeciendo indecibles dolores; y ese Hijo es burlado, escarnecido de los hombres; y aun su mismo Padre le desampara... ¡Oh Madre afligidísima, os habeis convertido en el

mismo dolor! La angustia no cabe en vuestro seno, y derramais el más amargo llanto que nunca vertieron los ojos de los hombres. ¿Quién tendrá compasión de Vos, oh Madre Dolorosa? Es tan grande el dolor que os oprime que llegais á decirnos: No os esforceis en consolarme.

Quien dice que no nos empeñemos en darle consuelo, no nos prohíbe acompañarla en sus dolores: hagamoslo así ya que tantos motivos tenemos para ello.

Jesús según anunció Isaías, sería despreciado, y le tendrían por el desecho de los hombres. Varón de dolores y que sabe lo que es padecer, el Hijo de Dios tendría su rostro como cubierto de vergüenza y afrentado. Fué llagado por causa de nuestras iniquidades, y despedazado por nuestras maldades; el Señor le cargó sobre las espaldas la iniquidad de todos nosotros (1). Nuestros pecados... ¡Oh y cuanto debemos llorarlos! La pasión de Jesucristo y los dolores de su Madre santísima nos lo están diciendo. ¿Qué hemos hecho cuando hemos ofendido á un Dios tan bueno, y á su inocente y amorosa Madre? Allí está el fruto de nuestras maldades: la sangre del Hijo de Dios derramada con inmenso dolor y el amargo llanto de María. Al pensar en esto nos arrojamos á los pies de nuestro Dios querido y lloramos todos nuestros crímenes, que

(1) Cap. LIII, 3-6.

fueron causa de todas sus angustias, de su pasión y de su muerte afrentosísima. Le debíamos todo nuestro amor y el ser fieles á su divino servicio; y en lugar de esto, lo hemos ofendido y clavado en una cruz con nuestras culpas; y El es una bondad infinita, y nos ha colmado de innumerables beneficios, y se entregó á la muerte por salvarnos.—Y su Madre santísima... ese tesoro de amor y de bondad, esa criatura incomparable que tiene en Jesús todo su cariño, llora afligidísima las penas de su Hijo. ¿Quiénes son los ingratos que le han hecho derramar tan triste llanto y le han despedazado el Corazón? ¡Tendremos valor para decirlo! Somos nosotros; sí, nosotros los que hemos ofendido tantas veces á su Hijo divino. Esa Virgen sacratísima es también nuestra Madre, y nos ha amado con ternura inmensa; ha detenido con sus ruegos las iras del Señor que de otra suerte hubieran descargado sobre nosotros todos sus rigores. Esa Madre, tierna y amorosa cual ninguna, jamás ha llegado á abandonarnos; sino al contrario, á donde quiera que vamos, camina con nosotros, y nos libra de todos los males y peligros; alumbra nuestras sendas, dirige nuestros pasos, es nuestro descanso en las fatigas, y es para nosotros como la providencia vigilante y amorosa del Señor. ¿Qué no tenía que esperar de los hijos á quienes favorece con la solicitud y vigilancia de la Madre más tierna y amorosa?

y le hemos pagado con una ingratitud incomparable. ¡Oh, quién nos diese un dolor tan intenso y amargo por haberla ofendido que en un instante nos quitase la vida á los pies de María!

Contemplemos todavía un instante á la santísima Virgen María nuestra Señora junto á la cruz de Jesucristo. El es inocentísimo; y pasó por el mundo haciendo bien; ¡qué Corazón el suyo para con los hombres! Todo amor y bondad, misericordia y dulcísima clemencia. Nadie conoce todo esto como su santa Madre; ¿qué sentiría, pues, esta incomparable Virgen, al verle aborrecido, desechado de los hombres, y condenado á morir entre dos facinerosos, en un infame suplicio? Así pagan los hombres el amor de su Dios, diría la afligidísima Señora; así corresponden á sus beneficios; y ese Dios es el Hijo de mi amor que llevé en mi seno y alimenté con mi leche virginal. Al pensar en esto la sensible Madre, suspira y gime con profundísimo dolor, y un torrente de lágrimas mana de sus ojos. Si en ese instante se volviese á nosotros, ¿cesaría su llanto, y su Corazón afligidísimo tendría consuelo? Nosotros, humillados, confundidos con el recuerdo de todas nuestras culpas, bajaríamos los ojos y pegando la frente con el polvo, le diríamos: ¡Oh Madre Dolorosa! buscad vuestro consuelo en las almas inocentes; ya que tantas veces los miserables pecadores sólo hemos acercado á vuestros labios un

cáliz de amargura; dejad que lloremos nuestras culpas, que somos muy indignos de acompañaros en las terribles penas que sufrís.

Un instante reina el silencio en nuestro corazón, y en seguida exclamamos: amemos con todas nuestras fuerzas á esa Virgen santísima que lloró por nosotros al pie de la cruz de Jesucristo. En efecto, después de haber llorado por su Hijo inocentísimo, también, lo hizo por sus hijos adoptivos; veía nuestros pecados y las funestas desgracias que atraían sobre nosotros; era nuestra Madre y su compasión la hacía llorar; sus lágrimas pedían para nosotros el perdón. Y ¿cómo pudiera olvidarnos esta dulce Madre, cuando veía que Jesucristo derramaba su sangre por salvarnos? Era entonces el tiempo de las grandes misericordias del Eterno; la alianza, el testamento de Jesús, sellado con su sangre, confirmado con su muerte dolorosa, nos abría las puertas del cielo; y nuestra Madre no tenía que perder una ocasión tan favorable; y unía á la sangre y á los ruegos de Jesús, sus lágrimas y sus tiernas oraciones.

Lloró por nosotros la Virgen santísima al pie de la cruz; y en las más terribles angustias de su Corazón inmaculado, nos adoptó por hijos; lo somos, pues, de sus santísimos dolores; por esto debemos acompañarla en todos ellos y participar de sus amargas penas.

¡Oh Madre santa! haced que lloremos con

Vos al pie de la cruz; y alcanzadnos de vuestro Hijo Jesucristo, la más tierna compasión de vuestras penas y un verdadero arrepentimiento de todas nuestras culpas; y al morir, presentad Vos misma en vuestras manos nuestras almas al Señor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRAL DE BIBLIOTECAS





CAPÍTULO XIII

María en la gloria.

Ni el ojo oyó, ni el oído escuchó jamás, ni pudo abarcar el corazón del hombre la grandeza de los bienes que Dios ha preparado en su gloria para los que le aman. Si todo esto podemos decir del premio riquísimo que Dios reserva al último de los predestinados, ¿qué no diremos con relación á la más sublime y hermosa de todas las criaturas, que amó á Dios nuestro Señor con una caridad la más ardiente y perfecta, que puede concebirse después de la caridad de Jesucristo? Y en María hallamos ligados entre sí con precioso vínculo de amor sagrado, la bondad de Dios que se inclinó hacia Ella con una benignidad incomparable, y la predestinación singularísima con que quiso preferirla á todas las criaturas, y su

admirable correspondencia á la divina gracia, y su dignidad infinita de Madre de Dios, y sus excelentísimas virtudes, y cuanto hay en Ella, que todo es admirable y sublime. La gloria, pues, de esta santísima Señora sólo Dios la comprende.

A la diestra de su Hijo santísimo, en lo más alto de los cielos, María contempla á Dios entre los vivos resplandores de una luz purísima é inaccesible á las demás criaturas; y con una perfección que no podemos comprender.

La caridad. Dios inspira un grande deseo de contemplarle y poseerle eternamente; y cuanto mayor es la caridad, es el deseo más vivo y ardiente, y dispone al alma para recibir lo que desea (1). Siendo esto así, es manifiesto que sólo Dios comprende la gloria de María; pues El y no otro alguno conoce la excelencia y el mérito del santo amor de la primera de todas sus criaturas; y la perfección de los altísimos deseos que la abrasan y consumen; y la gloria con que Dios se ha dignado coronarla. El Espíritu santo la penetró como el fuego penetra en el hierro, y la transformó en sí mismo de tal manera, que en la Virgen santísima no hubiese sino el fuego del amor de Dios (2).

Si la visión de Dios corresponde al amor, á

(1) I, p. q, XII, a. 6.

(2) S. Ildefonso. Sem. I, de Assump.

la humildad y al ejercicio de las demás virtudes, ¿á quien, sino á la Madre purísima de Dios, su Majestad tenía que conceder la visión de la divina esencia con una claridad incomparable y perfectísima? Porque nadie amó á Dios como María, ni fué tan humilde como Ella, ni caminó con tanta perfección y tanta gracia por las sendas de Dios como aquella santísima Señora que dijo de sí misma: En mí está toda la gracia del camino de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud (1).

Si pensamos un momento en la humildad de la Virgen santísima nuestra Señora, veremos que su gloria en el cielo es verdaderamente inefable. Si el Hijo de Dios premió en esta vida la humildad de María con el riquísimo don de sí mismo; ¿qué no hará en el cielo por esta su Madre santísima, que siguió como ninguna criatura los ejemplos de humildad y anonadamiento del mismo Salvador? Jesucristo se humilló á sí mismo hasta la muerte, y muerte de cruz; por esto Dios lo exaltó y le dió un nombre sobre todo nombre; para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos. María, la esclava del Señor, se humilló también á sí misma, anonadándose en la divina presencia; y se ofreció á la muerte en unión de su santísimo Hijo, á quien puso en

(1) Eccli. XXIV, 25.

manos del divino Padre, cumpliendo de esta suerte su santa voluntad. Por esto Dios la ha exaltado allá en el cielo sobre toda otra criatura; y le ha dado un nombre que después del de Jesús, es sobre todo nombre; para que al nombre de la Madre purísima de Dios, se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos; y sea glorificada cual corresponde á su dignidad infinita y á la singular excelencia de sus méritos.

¡Oh gloria de María, cuán hermosa eres! No hay en tí sino luz purísima y encantadora; perfecta y consumada caridad, y visión apacible y la más elevada que podemos concebir, de la divina esencia.

Seremos semejantes á Dios porque le veremos como es en sí mismo. ¡Qué semejanza, qué transformación la de María en su Dios querido! Nadie le ve como Ella; nadie como Ella contempla con una luz tan brillante y hermosa las divinas perfecciones del Eterno; y por esto su semejanza con Dios es una maravilla de amor y de gracia divina que ninguno de nosotros puede comprender; y un encanto que arrebató y suspende nuestras almas.

Tal semejanza perfectísima y cumplida en cuanto esto puede decirse, es en María inagotable fuente de delicias. Los justos, dijo David, quedarán embriagados con la abundancia de tu casa, y les harás beber en el torrente de tus de-

licias; porque en Ti está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz (1). Unida á Dios intimamente la Virgen santísima, recibe del mismo manantial de la luz y de la vida, una dicha incomparable. Conoció á Dios con una fe elevadísima y perfecta; y le amó con una caridad que era todo fuego y llamas de un amor inextinguible y sacratísimo: ahora contempla la esencia divina sin ningún velo; y la hermosura divina de Dios nuestro Señor la encanta, la arrebató y la suspende en un éxtasis de admiración y de inefable dicha que nunca se interrumpe. ¡Qué secretos de la divina Sabiduría no se le descubren; y cuántas maravillas de la bondad de Dios se le patentizan!

La perfección extensiva de la divina visión concedida á la Virgen santísima por Dios nuestro Señor, es incomparable. Contempla en el Verbo innumerables criaturas, posibles y futuras: las posibles porque cuanto es más intensa la fuerza de la visión, mayor número de criaturas se descubren en la omnipotencia del Eterno; y tal fuerza en María es admirable, intensísima y la mayor de todas.—En cuanto á las futuras, los bienaventurados conocen en la esencia divina las que pertenecen á su estado; y siendo María como es, la Reina del mundo, la Señora de todas las cosas, el principal instrumento de la

(1) Ps. XXXV, 9, 10.

predestinación, el surtidor inagotable de todos los dones, el cuello de la Iglesia por donde tienen que pasar todas las gracias, casi no se hallará una criatura, que en alguna manera no se relacione con la Virgen santísima: por esto en su visión beatífica aventaja casi sin medida alguna á la que gozan todos los bienaventurados del cielo (1).

Si la vista de la esencia divina es tan admirable y sublime en la Madre purísima de Dios, ¿qué diremos de la santa caridad en que se abrasa, de aquellas llamas de amor inextinguible y ardentísimo, que la penetran y la transforman en Dios enteramente? Durante su vida mortal pudo decir: Desfallezco de amor; y su amor no pudo ser extinguido por las muchas aguas, ni los ríos lo pudieron sofocar; mas en el cielo la hermosura de Dios que contempla cara á cara, la fortalece y sostiene; no hay cosa alguna que pueda impedir ni amortiguar las llamas de su amor que se elevan purísimas y ardientes: no descansan sino en Dios.

De la vista de Dios nuestro Señor y de su amor divino, nacen en el Corazón de la sagrada Virgen el gozo más puro y las más santas delicias. Un río caudaloso, según la expresión de David, alegra esta ciudad de Dios, el seno de María, tabernáculo del Altísimo, santificado por

(1) Contens. Marial.

el mismo Dios: en medio de Ella está el Señor y no será conmovida (1).

La dulce alegría de que acabamos de hablar, llega hasta nosotros; porque la Madre purísima de Dios es el amor de nuestras almas, y su dicha es nuestra propia dicha. En efecto, al verla sublime y gloriosa sobre todas las criaturas; y conociendo que es la preferida del amor divino, y que Dios la tiene allá en el cielo muy cerca de sí en su mismo trono, donde ha de reinar para siempre, recordamos que es el encanto de todo nuestro amor, esperanza dulcísima de nuestras almas, madre incomparable y llena de bondad á quien después de Dios todo lo debemos; que ha cautivado nuestro corazón con la vigilancia y el cuidado que tiene de nosotros, con la benignidad y la dulzura con que se inclina á nuestros ruegos, y las oraciones que eleva al Señor por nuestra salvación: todo esto inunda nuestras almas de un gozo celestial, que haciendo que nos olvidemos de nosotros mismos, abre nuestros labios para bendecir y dar gracias á Dios nuestro Señor por la inmensa gloria de María; y un instante después, ponemos los ojos en esta Niña preciosa, y contemplamos en dulce arrobamiento, su gloria incomparable. ¡Oh, cuánta es su dicha, y el esplendor de su hermosura, y la suavidad de sus miradas! Y es nuestra

(1) Ps. XLV, 5, 6.

Madre que jamás se olvidará de sus hijos; y éstos ¿no se gozarán en la dicha de la Niña preciosa que tanto los ama, ó llegarán á olvidarla?

María contempla en la divina esencia su admirable y singular predestinación, y los altísimos designios de Dios sobre Ella. ¡Qué amor tan grande y ardiente producen en Ella las misericordias del Señor, y qué delicias tan puras la inundan al pensar en todo eso! Preferida del amor de Dios, preparada con las más singulares y abundantes bendiciones de la divina gracia, y unida para siempre al Sumo Bien, es la más feliz y gloriosa de todas las criaturas, es la más santa y amable, la más perfecta y sublime; ¿quién como Ella en los cielos y en la tierra? Y todo lo debe á la bondad de su amantísimo Dios, que se inclinó hacia Ella lleno de dulzura y de clemencia, y con un amor el más ardiente y generoso que podemos pensar.

María, la más noble y generosa de todas las criaturas, al verse tan amada de su Dios, ¿dejará de amarle con todo su cariño? El Corazón de la sagrada Virgen no es sino una llama purísima y ardiente de santa caridad, y es en cierta manera el mismo amor: así la penetra y la transforma en sus divinos incendios, la caridad de Dios.

Los serafines cantan sin cesar la gloria del Altísimo, su santidad infinita, su bondad inmensa; la Niña sacrosanta que conoce á Dios y

le ama con mayor perfección que los más altos serafines, alza también su voz dulcísima en gloria del Eterno, y alegra con su canto la ciudad de Dios: también Ella bendice y glorifica al Sér de los séres, al que es santo por su misma esencia, al Dios altísimo, Señor de los cielos y de la tierra, cuya bondad es infinita, la justicia inmutable y perfecta, y la pureza, y la hermosura, y las misericordias son abismos de luz, fuentes de gracia, principio de la vida y del amor, de la felicidad y de la gloria.

Canta María la perfección y la grandeza, y la virtud omnipotente, y todos los divinos atributos, y la unidad de la esencia y la trinidad de las divinas personas de su Dios querido, eterno, inmutable y perfecto. ¡Oh, qué canto tan dulce y armonioso á los oídos del Señor; y qué felicidad la de la santa Niña en bendecirle y amarle con las bendiciones y alabanzas más sublimes que pueden salir del corazón de una criatura!

El Señor dará la gracia y la gloria, y ceñirá la frente de los bienaventurados con espléndida corona de justicia. Ahora bien: la Virgen santísima fué la primera en la gracia de Dios; y también lo fué en el mérito: Muchas hijas reunieron riquezas, más á todas las aventajó María.—Así como es incomparable el fruto que llevó en su seno é inefable lo que recibió; así es incomprendible el peso de la gloria de que goza en el cie-

lo (1); y cuanto hay de felicidad en cada uno de los santos, abunda en María (2).

Es la primera la Virgen santísima en la gracia del Señor; y no hay criatura alguna enriquecida de dones celestiales con tanta profusión, como aquella santísima Señora que fué preservada de toda mancha, elegida para Madre de su Dios, y en cuerpo y alma elevada hasta los cielos. La magnificencia y la abundancia de las divinas gracias, están pidiendo un peso casi infinito de gloria; ¿qué tendrá que pedir por su parte, el mérito incomparable de María? Nadie como Ella tan sublime en la fe, tan firme en la esperanza, tan perfecta en el amor de Dios y en el ejercicio de todas las virtudes. Por esto su gloria aventaja sin medida alguna á la de todos los ángeles y santos; y sólo es menor que la eterna y soberana del Dios Altísimo que existe por sí mismo.

Pensemos un instante en nosotros. Hemos dicho que los santos conocen en la esencia divina lo que les pertenece: nosotros pertenecemos á María; somos sus hijos muy queridos; Ella, pues, nos vé en la esencia de Dios; y ¿cómo lo hace? Como una madre tierna y compasiva que se ocupa sin descanso en el bien de aquellos séres que llevó en su seno. Nos vé entre

(1) S. Ildephon. serm. 2, Assump.

(2) S. Thom. serm. Assump.

peligros y terribles combates, ó enfermos y llenos de miserias. ¿Su Corazón dejará de conmovirse? y pudiéndolo todo con sus ruegos, ¿dejará de rogar por nosotros? Tengamos pues una confianza muy grande en su misericordia y recurramos á Ella en nuestras necesidades y aflicciones; sus plegarias son omnipotentes, y su Corazón de Madre no ha de cambiar con nosotros.

Si esta Madre santísima á pesar de su grandeza y de la gloria en que la inunda jamás nos olvida, ¿llegaremos nosotros á olvidarla? Si me olvidare de tí, oh Jerusalén, decía David, mi mano derecha sea entregada al olvido; y quede mi lengua pegada al paladar si de tí no me acordare, oh bellísima y amable Sión; si tú no fueses el primer objeto de mis cánticos de amor y de alegría (1).

Jamás te olvidaremos, oh Niña encantadora, oh Madre amabilísima, tesoro de bondad, la más hermosa de todas las criaturas, á quien todo lo debemos después de Jesucristo, de quien tenemos que esperar todos los bienes.

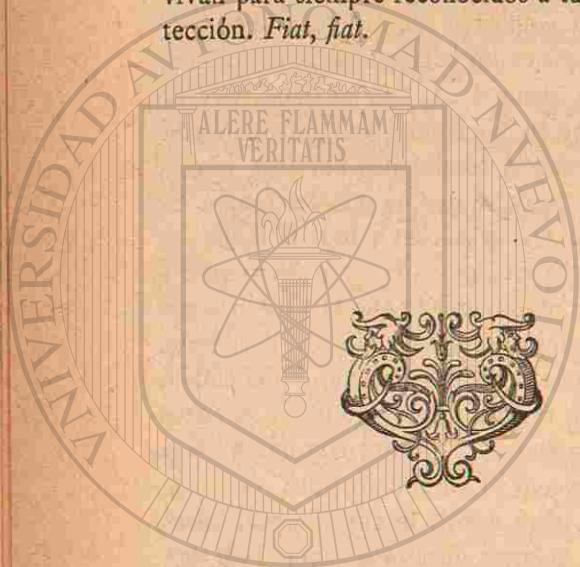
Lejos muy lejos nos hallamos de Tí querida Niña; al pensar en esto el corazón se llena de tristeza; ¿dejará de enviarte suspiros de tristeza, de esperanza y de amor?—Suspiramos llenos de tristeza al pensar en la Virgen santísima

(1) Ps. CXXXVI, 5, 6.

porque se halla muy lejos de nosotros. No hemos contemplado su hermosísimo rostro que es la alegría de los ángeles; ni hemos oído su voz encantadora. Vivimos en medio de enemigos que nos combaten sin tregua ni descanso; podemos ceder á los halagos de las pasiones, y perder para siempre á la que amamos. ¡Ay de nosotros! ¿quién nos librará de tantos peligros? Llenos de temor, levantamos nuestros ojos á María y le pedimos que no nos desampare. Es la escala de los pecadores y toda la razón de nuestra esperanza, como dijo san Bernardo; y san Agustín dijo también que la Virgen santísima era la única esperanza de los pecadores. Llena de bondad y de clemencia, y pudiéndolo todo con sus ruegos, á pesar de todos nuestros males y desgracias, confiamos con una firmeza incontrastable en su santo patrocinio.

Desde la triste lejanía donde vivimos, nuestro corazón le envía suspiros de amor y de ternura. ¡Oh Madre incomparable! ¡Oh Virgen purísima de nuestros amores, la más perfecta y amable de todas las criaturas! nuestro corazón te pertenece; manda y serás obedecida; inspíranos pensamientos y deseos celestiales, y dirige nuestras acciones á la gloria de Dios y á honra tuya. Que nunca te lleguemos á olvidar, querida Niña; y Tú acuérdate siempre de los hijos que tienes en este destierro, que ponen en Tí su confianza, que aman con todo su afecto, y sus-

piran por el día venturoso en que rendidos á tus pies, contemplan tu encantadora y celestial belleza, te bendigan y se gocen en tu gloria, y vivan para siempre reconocidos á tu santa protección. *Fiat, fiat.*



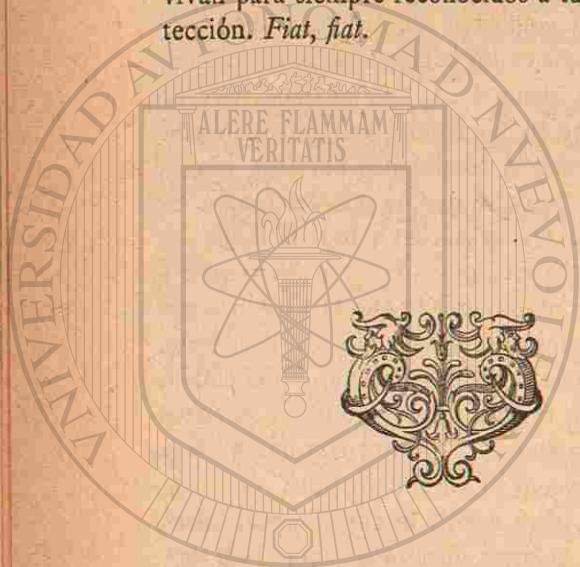
EL CANTAR DE MIS CANTARES

CAPÍTULO PRIMERO

Un suspiro de amor.

PENSABA en su Amado la Esposa de los Cantares y su corazón se llenaba de dulzura y de una dicha inefable. Un pensamiento tan hermoso y santo como era el de que hablamos, traía consigo la luz y la gracia, la paz y el gozo en el Señor; y todo esto avivaba los incendios del amor sagrado en el alma de la Esposa: gozaba delicias del cielo, y sentía casi sin interrupción impulsos misteriosos que intentaban llevarla á su Amado. Su amor tenía que abrirse paso: ¿cómo detenerlo? en vez de hacerlo así, la Esposa tenía que seguir su

piran por el día venturoso en que rendidos á tus pies, contemplen tu encantadora y celestial belleza, te bendigan y se gocen en tu gloria, y vivan para siempre reconocidos á tu santa protección. *Fiat, fiat.*



EL CANTAR DE MIS CANTARES

CAPÍTULO PRIMERO

Un suspiro de amor.

PENSABA en su Amado la Esposa de los Cantares y su corazón se llenaba de dulzura y de una dicha inefable. Un pensamiento tan hermoso y santo como era el de que hablamos, traía consigo la luz y la gracia, la paz y el gozo en el Señor; y todo esto avivaba los incendios del amor sagrado en el alma de la Esposa: gozaba delicias del cielo, y sentía casi sin interrupción impulsos misteriosos que intentaban llevarla á su Amado. Su amor tenía que abrirse paso: ¿cómo detenerlo? en vez de hacerlo así, la Esposa tenía que seguir su

santa inspiración y dejarse llevar de sus impulsos.

¿Quién como tu Amado? le dice aquel pensamiento. El es el más perfecto entre todos los hijos de los hombres y la gracia está derramada en sus labios. Nadie como El ha llegado á amar con tan ardiente y generoso afecto; y sin El serás muy desgraciada. El es tu dicha, y todos tus bienes son dones de su gracia.

De esta manera, el pensamiento de que hablamos, penetra, eleva y transforma el corazón de la Esposa en su Amado; mas ¡ay! que éste se halla ausente, y la Esposa quisiera arrojarse á sus pies, estrecharle entre sus brazos y recibir sus caricias; y por esto exclama como fuera de sí misma: Béseme con el beso de su boca; porque tus delicias son mejores que el vino.

Esto pasaba con la Esposa con relación á su Amado; nosotros tenemos en el cielo á la diestra del Hijo de Dios, á la Madre que amamos con todo nuestro afecto, por lo cual pensamos en Ella, y le enviamos un suspiro de amor. Al pensar en María queda la inteligencia deslumbrada, y el corazón siéntese inflamado con las llamas de su santa caridad. ¡Cómo una criatura puede brillar delante del Eterno con una perfección tan admirable: cómo no queda oprimida bajo el peso de esa gloria infinita con que brilla su frente inmaculada, con que Dios se ha dignado embellecerla como Madre suya! Sólo

tenemos que decir: es María, obra excelentísima de la omnipotencia del Eterno que ha ostentado en ella la virtud de su brazo.

Llena de luz, de gracia y de belleza, la contemplamos en el más dulce arrobamiento de nuestra alma; no hay en Ella sombra ni del menor defecto; pues Dios la ha vestido con el precioso ropaje de la inocencia original y de la más perfecta justicia, la ha inundado de gracias, la ha poseído desde el principio de sus caminos; nadie como El se ha acercado á esa criatura incomparable en quien tiene sus delicias.

Contemplamos un instante á nuestra amadísima Señora, pensamos en Ella deliciosamente, y tenemos que exclamar: ¡Oh, cuán amable y hermosa nos la presenta el amor! Amor que ha nacido en nosotros por la gracia divina; y que crece diariamente en nuestras almas, por las excelencias de María y por sus bondades con nosotros. Si contemplamos sus grandezas, y la luz que derraman sus miradas, y la sonrisa de sus labios virginales, siéntese lleno de dulzura nuestro corazón, que no olvida un instante que es María la fuente de todos sus bienes; y que si Dios la ha enriquecido con todos sus tesoros, éstos serán para nosotros; que en Ella está nuestra esperanza de salud y vida eterna; y que tiene sus delicias en rogar por nosotros y en alcanzarnos de Dios todos los bienes.

Si después de esto pensamos en nosotros mis-

mos, no podremos contar los beneficios que hemos recibido de esta Madre amorosísima; ni conoceremos la sinceridad y la grandeza del amor que nos tiene; y sólo podremos conocer que es muy grande la obligación de servirla y amarla. Este pensamiento aviva nuestro amor, y sentimos en el alma vivísimos impulsos de santa caridad que hacia Ella nos llevan; oímos una voz que nos dice: Amadla con todo vuestro afecto ¿quién trata de impedirlo? ¿el mundo, las pasiones y miserias? Si así fuera, avergonzamos de todo esto, que tanto os degrada y es tan injurioso al amor incomparable de María, tan puro y tan sublime, manantial inagotable de castísimas delicias.

¡Ay de nosotros que no una sino muchas veces nos hemos olvidado de María y la hemos pospuesto á la vanidad y á la miseria! El dolor oprime nuestras almas; nos avergonzamos de una conducta tan indigna; y la confusión y el desaliento tratan de apoderarse de nosotros; mas el recuerdo de una Madre tan llena de misericordia nos sostiene. Tenemos á la vista su paciencia invencible, no se nos olvidan las bondades que se dignó dispensarnos cuando seguíamos el camino de la culpa; y bien sabemos que siempre lleva un corazón de Madre, lleno de misericordia y de ternura; y por Ella el Señor nos conserva la vida: ¿por qué no reparar nuestras terribles pérdidas? Aún podemos amar-

la, y debemos hacerlo, y el corazón lo está pidiendo con toda su energía. ¿Quién puede comprender la grandeza de la obligación á que nos referimos, y la felicidad incomparable que habremos de gozar al amarla? Llena de bondad y de clemencia, hermosísima y amable, sentimos por Ella, un atractivo misterioso y santo; queremos arrojarnos á sus pies, manifestarle el amor que le tenemos, gozar de sus caricias, y sin darnos cuenta de lo que nos pasa, exclamamos: Bésame con el beso de su boca; porque son tus amores más dulces que el más exquisito vino.

Apenas han pronunciado nuestros labios tan santas palabras, y avergonzados de tanto atrevimiento hundimos la frente en el polvo. Todas nuestras culpas vienen á oprimirnos con su enorme peso: ¡seres tan manchados, tan inmundos como nosotros, toman en sus labios tan santas expresiones, y quisieran disfrutar de las delicias del amor sacratísimo de la Virgen de las vírgenes, que es más pura que los ángeles de Dios! ¿Cuáles serían entonces las delicias reservadas á las almas inocentes, á las que han servido á Dios nuestro Señor en el recogimiento del espíritu, y dedicadas al ejercicio de las más sublimes virtudes? Contentémonos con recoger las migajas que caen de la mesa del Padre celestial; que ni aun esto merecemos, ni somos dignos de besar el polvo que huellan las plantas de María: Ella misma nos lleve en pos de sí y correremos

atraídos por la fragancia de sus santísimos ejemplos. Corramos en pos de Ella de tal manera que logremos alcanzarla; y entonces rendidos á sus pies jurémosle un amor eterno. Esos pies virginales serán nuestras delicias: abrazarlos, cubrirlos de besos y regarlos con llanto de amor; tal es la felicidad á que aspiramos. Siempre caminaron por las sendas de la justicia y la virtud. Ellos nos mostrarán las sendas de la inocencia, de la humildad, de la pureza y de la paciencia.

¡Cuán hermosos son tus pies, se dice en los Cantares á la sagrada Esposa! En los pies de nuestra amadísima Señora se simboliza la rectitud de intención en todas sus obras y nos recuerdan los triunfos de María sobre el pecado y el infierno; he aquí por que son tan hermosos; por que la rectitud de intención en nuestras obras las eleva y embellece con la luz del cielo y las hace muy agradables al Señor. Y respecto de los triunfos de María, la gracia en ellos descubre su magnificencia y los adorna y engalana con la luz de su hermosura.

La Niña de Dios siempre caminó á la sombra del poder divino y sobre sendas tapizadas con las flores de todas las virtudes. La Niña de Dios, decimos de nuevo, con sus purísimos pies aplastó la cabeza de la serpiente infernal, triunfó del demonio, y su victoria sobre el enemigo del género humano, fué singular y gloriosa: y los ángeles del cielo cantaron al Señor,

himnos de bendición y de alabanza; y las misericordias del Eterno empezaron á caer sobre los hombres, cual lluvia fecundante de paz y bienaventuranza.

La Magdalena sentada junto á los pies de Jesucristo, oía sus divinas palabras; nosotros también las oiremos estando á los pies de María; porque todo lo refiere á la gloria de su Hijo, y nos lo da á conocer en el misterio de su Encarnación; y si la Magdalena escogió la mejor parte, nosotros teniendo á María, con Ella tendremos también á Jesucristo.

Después del Hijo de Dios ¿hallaremos una herencia más preciosa que el amor de María? Y esto es lo que entendemos estando á sus pies virginales. Ese amor es más fragante que los más olorosos perfumes; y el nombre de la Virgen santa es cual bálsamo suavísimo que nos llena de delicias.

Atráeme en pos de tí, decía la Esposa santa al Amado de su corazón; nosotros seremos llevados á Jesús por medio de María: por esto le dirigimos igual oración: Atraednos hacia Vos oh Virgen sacratísima, y correremos al olor de vuestros aromas. Introducidnos en lo más secreto de vuestra morada. Allí saltaremos de contento y nos regocijaremos en Vos, conservando la memoria de vuestros castos amores, más deliciosos que el vino. Os aman los rectos de corazón. Quisiera el amor terneros conti-

nuamente á los pies de María, pensando en Ella sin descanso; mas ¡ay que por nuestra culpa la olvidamos muchísimas veces! Al reflexionarlo siente el corazón una profunda tristeza, y volviéndose á María le pregunta: decidme, oh amadísima Señora, ¿dónde teneis los pastos, dónde el sesteadero al llegar el mediodía para no seguir otras sendas que las que á Vos me conduzcan? Y cual si no quisiésemos esperar la respuesta, prorrumpe nuestro amor en estas expresiones: Son vuestras mejillas muy hermosas cual de paloma torcaz; y vuestro cuello está como adornado de collares de perlas; os haremos gargantillas de oro taraceadas de plata.

Vuestro recuerdo derrama en nuestra alma, como el nardo precioso, la más delicada fragancia. Pensamos en Vos, en la Virgen purísima, en la hermana afectuosa, en la Madre que tanto nos ama; y esta Madre, la hermana y la Virgen, nos dice con dulcísimo acento: Como el cinamomo y el bálsamo aromático despedí fragancia; como mirra escogida exhalé suave olor; y llené mi habitación de odoríferos perfumes (1).

¿Sería extraño que pensando en María, sus santísimas virtudes difundieran en el alma su celestial fragancia? Y el amor hácenos pensar en Ella sin interrupción; y también le dirigimos

(1) Eccli. XXIV, 20, 21.

la palabra y le decimos: Sois manojito de mirra para vuestros hijos; y os traemos siempre en el alma. No olvidamos vuestras amargas penas y dolores. Sois racimo de cipro cogido en las viñas de Engaddí. ¡Oh, y cuán hermosa sois, sacratísima Señora, cuán hermosa sois! Son vivos y brillantes vuestros ojos como los de la paloma.

Suspiramos de amor y de ternura al pensar en María; y las delicadas y sublimes expresiones que le hemos dirigido, avivan más y más nuestro cariño; y sin embargo ¿qué es nuestro amor comparado con el que Ella nos tiene, con el que le han tenido sus verdaderos amantes? Esto nos avergüenza y confunde; mas no nos desalienta, porque Ella es Madre del amor hermoso y de la santa esperanza. Si la hemos de amar, Ella tendrá que encender en nuestras almas las llamas de su santa caridad; y por cierto que María no dejará de hacerlo; pues así se lo pedimos una y otra vez y con todo el corazón. Es nuestra esperanza y no quedaremos confundidos.

Oh Virgen sacratísima, yo no os pido los bienes de la tierra ni el amor del mundo, sino una herencia incorruptible y vuestro santo amor que me haga muy agradable á los ojos del Eterno.





ALERE FLAMMA VERITATIS
CAPÍTULO II

Alabemos su nombre y sus virtudes.

DEL nombre del Esposo se dice en los Cantares: Bálamo derramado es tu nombre. Después del santísimo nombre de Jesús el de su santa Madre es también bálamo preciso que Dios ha derramado en el mundo para salud de los hombres. Hállanse reunidas en el nombre de María, la majestad y la grandeza, la benignidad y la misericordia: es la soberana Reina del cielo y de la tierra y la Madre de los hombres. Al nombrarla tiemblan los demonios, los hombres se llenan de esperanza y de consuelo, los ángeles la alaban y bendicen con profunda reverencia. Su dignidad es infinita, porque es Madre verdadera del Hijo de Dios; y El mismo estuvo sujeto á Ella; y después de la grandeza divina, la de María excede

sin comparación alguna á las demás grandezas; por eso ante ella tiene que doblarse toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos, y tiene que glorificarla toda lengua, por las maravillas que el Omnipotente ha realizado en Ella. —No la adoramos como á Dios, mas el culto que le corresponde es superior al de todos los santos. Adoramos en ella la bondad infinita con que se ha dignado amarla Dios nuestro Señor; y los dones y gracias con que quiso enriquecerla, prefiriéndola en su amor sagrado á las demás criaturas.

Cuando mentamos el santísimo nombre de María, nuestras almas se sienten humilladas, con la humillación del respeto más profundo: es la Madre de Dios, la que manda en el cielo y en la tierra, es nuestra Reina; y el resplandor de la majestad y de la grandeza que brilla en su frente purísima, nos rinde á sus pies, y sólo podemos decirle: Santa, santa, santa, no con la santidad del Eterno, sino con otra excelentísima y perfecta con que Dios se ha dignado enriquecerla.

La veneración que nos inspiran la majestad y la grandeza de María aumentan más y más pensando en nuestra nada, en nuestras miserias y pecados. La luz de su pureza pone en claro cuán indignos somos de estar en su presencia. María tan perfecta en el amor divino, tan llena de humildad, tan obediente á las órdenes de

Dios y tan agradable á sus divinos ojos.... ¿hay algo de todo esto en nosotros miserables pecadores? y si lo hay, la luz de María viene á descubrirnos grandes defectos en todas nuestras virtudes. ¿Quién podrá permanecer en la presencia de esta santísima Señora llena de tanta virtud y perfección? Si no tuviéramos delante de nosotros sino la majestad y la grandeza de María, ó nos alejaríamos de Ella, ó á lo menos nuestros labios no pronunciarían una palabra; mas su nombre es un bálsamo precioso, y está lleno de suavidad y de dulzura, y Dios lo ha derramado en nuestros corazones para nuestro bien. Si María es la Madre de Dios y la Reina de los cielos y la tierra, es al mismo tiempo nuestra Madre.

Nuestro amado Señor Jesucristo compadecido de las miserias de los hombres quiso aliviarnos en todas sus penas. Venid á mí, les dijo, los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré (1); más no quiso dispensar el alivio y el consuelo solamente por Sí mismo, sino también por medio de su santa Madre; el nombre del Hijo es Jesús, Salvador del mundo, Dios con nosotros; el de la Madre es María, estrella del mar que disipa las tinieblas, calma las borrascas, consuela con los vivos resplandores de su luz y nos dirige al puerto de la vida eterna.

(1) Matth. XI, 28.

El nombre de nuestra amadísima Señora es un escudo que nos oculta á las miradas de nuestros enemigos; sus dardos no pueden traspasarlo; huyen despavoridos los demonios cuando invocamos á la Madre del Señor, ni pueden sufrir que la nombremos; saben que es la vencedora del infierno, y que en su Concepción Inmaculada y santa triunfó de todos ellos; recuerdan cual fué la pureza con que Dios la quiso enriquecer y la humildad santísima de su alma que la elevó sobre los coros de los ángeles; y aquellos espíritus inmundos se alejan de nosotros porque la inocencia y pureza de María los atormentan; y prefieren hundirse en el abismo por no escuchar el nombre de la humildísima esclava del Señor. Tengamos, pues, confianza en el santo patrocinio de María; invoquemos su sagrado nombre; y rechazando con valor las tentaciones del demonio, digamos con David: Aunque se reunan contra mí numerosos ejércitos, no temblará mi corazón; y á la hora del combate, mi esperanza no llegará á vacilar.— El Señor es mi luz y mi salvación; es el defensor de mi vida: ¿quién me hará temblar (1)? También su santa Madre está con nosotros, y después del Señor, es María la luz de mi alma y por Ella alcanzaré mi salvación; Ella defiende mi vida. ¡Oh, si en todos los peligros y comba-

(1) Ps. XXVI, 1, 3. Parafra.

tes que tenemos que sostener en esta vida la invocásemos con humilde confianza! se alejarían los peligros, y en nuestros combates saldríamos vencedores.

San Antonio de Padua decía del nombre de nuestra Reina, lo que había dicho san Bernardo del santísimo nombre de Jesús, que era miel en los labios, armonía para el oído y júbilo inefable en el corazón; y en efecto, los que verdaderamente la aman experimentan que todo es así.

Nuestros labios se endulzan con el sagrado nombre de María, porque éste nos recuerda la amabilidad incomparable de la más amorosa de todas las madres cuyo espíritu es más dulce que la miel, y la herencia más suave que el panal. María, decimos una y otra vez, y sus bondades llenan de consuelo á nuestras almas afligidas. Otros pronuncian ese santo nombre, y nuestros oídos perciben una armonía celestial, y la esperanza con todos sus encantos reanima nuestro espíritu.—Meditamos en el nombre de María, y sus misterios llenos de misericordia y de inefable piedad, inundan nuestro corazón de paz y de alegría. Nuestra amadísima Señora nació para el bien de los mortales; tiene sus delicias en procurar nuestra felicidad y nunca se fastidia de nosotros. Pensamos en Ella, y al ver que es la primera entre todas las criaturas y la más amada de Dios nuestro Señor; que es perfectísima y amable; que su gloria es superior á la

de los más elevados serafines, rebosa nuestro corazón de júbilo indecible; Ella es después de Jesucristo todo nuestro amor; lloramos de alegría, y bendecimos al Eterno que la crió tan pura y tan hermosa, y la enriqueció con tantas gracias; y no sabe que hacer el corazón pensando en esta su amadísima Señora, su dulce Madre y el objeto de todos sus amores.

¿De dónde vino al mundo ese nombre santísimo, manantial indeficiente de luz, de gracia y de consuelo? De los tesoros de la Divinidad, dice un santo (1); de la bondad de Dios, de su misericordia para con los hombres; porque El es el tesoro de todos nuestros bienes. Por esto le bendecimos y le damos gracias; pues quiso enriquecer á nuestra dulce Madre con el sagrado nombre de María; y en éste abrió para nosotros las fuentes de la misericordia y de la gracia.

Hasta aquí nos hemos ocupado en el nombre de María; hablemos ahora de algunas de sus santísimas virtudes. Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles. Así habla el Esposo en los Cantares, y añade lo siguiente: Como azucena entre las espinas así es mi Amada entre las vírgenes. No somos, pues, nosotros, sino el Esposo celestial quien la elogia.—Azucena entre las espinas, y estas espinas simbolizan á las vír-

(1) Damián. Serm. 2, de Assum.

genes. Tales expresiones nos dan la idea más sublime de la pureza de María; es Inmaculada y santa, y resplandece á los ojos del Altísimo con la luz de una pureza enteramente singular. Todos pecamos en Adán y somos hijos de ira por razón de nuestro origen; tan funesta desgracia no tocó á María á quien preservó Dios de toda mancha y enriqueció desde su primer instante con el tesoro de la justicia original y con todos los dones de la gracia.

Azucena entre espinas. ¿Quién pudo presentarse delante del Señor, tan puro y hermoso, como esta incomparable y sacrosanta Virgen? Aun más: ¿quién como Ella arrebató las complacencias del Altísimo? Que contesten los ángeles de Dios y los santos que brillan en el cielo, como estrellas de primera magnitud. A todos aventaja la preciosa Niña, en la inocencia, en la pureza y en el cúmulo de gracias que la adornan; y en Ella con preferencia á las demás criaturas, se complació Dios nuestro Señor; y ningún corazón ha exhalado, exceptuando el de Jesús, tan deliciosa y celestial fragancia como el de María; su pureza inmaculada y santa, es en el corazón de los cristianos como el germen de esa preciosísima virtud, y la savia que los vivifica y fortalece: sus púdicas miradas, sus palabras santas y su modestia tan llena de atractivo, nos inclinan al amor de la más delicada de todas las virtudes. Pensando en la Niña incom-

parable del Eterno, nuestro corazón se remonta al cielo: y sentimos en todo nuestro ser la acción misteriosa de la gracia que nos lleva á Dios. Si pensando en María nuestra alma se llena de delicias, éstas son purísimas y traen consigo la dulce paz de la virtud.

Es María como la blanca azucena entre las espinas: el recogimiento de su Corazón y su continua presencia de Dios nos enseñan lo que debemos hacer si deseamos conservar la pureza del alma: neguemos á nuestros sentidos la funesta libertad á que somos tan inclinados; ni dejemos que se disipe el corazón en deseos inútiles y peligrosos; no olvidemos el recogimiento del espíritu y la mortificación de las pasiones; pues todo esto es indispensable para conservarnos puros; y la pureza nos hará gozar de los divinos consuelos y abrirá nuestro corazón al amor de Dios. La esposa de los Cantares al oír la voz de su Amado, dijo estas palabras: Yo me senté á la sombra de Aquél que tanto había deseado, y su fruto es muy dulce á mi paladar. Me introdujo en la bodega en que tiene el vino más exquisito y ordenó en mí la caridad. ¿Por qué no amar en la Virgen santísima y en nosotros mismos, la virtud de la pureza, ya que trae consigo tan excelentes bienes? en María para tomarla por modelo de la nuestra, inclinando á la santísima Señora á conseguirmos del Altísimo ese don tan precioso; y en no-

sotros para ser agradables en la divina presencia.

Dios inició á su preciosa Niña en los misterios más profundos de su divino amor; tales misterios no eran solamente los de la salvación de los hombres por la redención de nuestro Señor Jesucristo, sino también aquellos que se referían al ser de Dios en sí mismo. El Padre inunda el alma de su Hija predilecta con una luz purísima é inaccesible á cualquiera otra criatura. María le contempla con una claridad purísima y arrobadora; El es, ha sido siempre, y será el mismo por toda la eternidad: en El no hay cambio ni la más ligera sombra de mudanza. La luz de Dios envuelve á la sagrada Virgen, y la penetra, y sumerge en los océanos de su divina claridad. Dios se le descubre amabilísimo en sí mismo y como eterno principio de toda perfección y gloria, y se inclina hacia Ella con una benignidad incomparable. María conoce que es la preferida de su amor. Todos los tesoros de ese Padre tendrán que ser de su preciosa Niña. Oye, Hija, le dice el Padre con una ternura que no podemos comprender; olvida tu pueblo y á la casa de tu padre y el Rey codiciará tu hermosura; porque El es el Señor tu Dios (1). Es su Dios y Señor; y María al escuchar esas palabras es enteramente de Dios, de

(1) Ps. XLIV, 11, 12.

ese Padre amabilísimo que la estrecha entre sus brazos y la hace descansar á su sombra divina. Yo me senté, dice á su vez la Virgen sacrosanta, á la sombra de mi Amado, y su fruto es muy dulce á mi paladar. Descanso y delicias de la hija más amada en el seno de su Dios. ¡Oh profundidad de las riquezas del amor de Dios á María! Ese descanso proviene de la vista serena y dulcísima del que es principio y razón de toda hermosura; y las delicias que inundan el Corazón de María tienen su origen en el cariño incomparable de su Dios, en la unión misteriosa y sagrada que tiene con su Majestad; nada hay en Ella que á Dios no pertenezca; y Dios la ilumina, y la dirige y tiene sus divinas complacencias en María.

Dios introduce á la Inmaculada Virgen en el santuario de su amor; Ella á su vez introduce á su Amado en lo íntimo de su alma. ¡Qué reciprocidad de afectos, de caricias entre el Criador y la criatura, entre el Padre amorosísimo y su Hija preferida! Esta Hija se siente sin fuerzas y tiene que exclamar: Confortadme con flores aromáticas, fortalecedme con olorosas manzanas, porque desfallezco de amor; y Dios pone su mano izquierda debajo de la cabeza de María, y la abraza con su diestra, y dice á las hijas de Jerusalen: Os conjuro por las corzas y ciervos de los campos, que no despertéis á mi Amada hasta que Ella quiera.—En el silencio y en el reco-

gimimiento del espíritu contemplemos el sueño de María en el seno de su Padre; alejemos de nosotros los pensamientos vanos y los afectos de la tierra; pues turbaríamos el sueño de la santa Niña.—Ella duerme, pero su Corazón está velando; piensa de continuo en su amoroso Padre; y su sueño hácela olvidar todo lo que no es su Amado. Su Corazón está velando, siempre atento á lo que Dios le dice, dócil á las inspiraciones de la gracia, y quiere cumplir con prontitud la voluntad divina; ya no es Ella quien vive: vive Dios en ese Corazón que es enteramente suyo.

Muy dichosos seríamos los hijos de María, si pensando en Ella y rendidos á sus pies, pudiéramos decir: Descansamos á la sombra de nuestra dulce y cariñosa Madre; y el fruto de su purísimo vientre es todo nuestro amor, es el encanto y la delicia de nuestras almas; confortados con flores, fortalecednos con manzanas, porque desfallecemos de amor; el Hijo y la Madre llevan consigo todo nuestro afecto, activo y diligente aun en el mismo sueño; el Hijo y la Madre nos favorezcan con su celestial amparo, pongan sobre nosotros su mano izquierda y nos abracen con la derecha, comunicándonos la santidad en todas nuestras obras y las riquezas de la gracia y la gloria.

Rendidos á los pies de María olvidémoslo todo por su amor. Si buscamos consuelos y de-

licias, los hallaremos á sus pies; y en el amor del mundo y en el desorden de las pasiones no tendremos sino tristezas y amarguras, funesta desolación y la inquietud desesperadora del remordimiento. Y nada decimos de esas sendas de ignominia y de vergüenza que tendremos que recorrer en el amor y servicio del mundo y en los placeres degradantes de los sentidos. Mas si la Virgen santísima lleva en pos de sí nuestros afectos, evitaremos los males mencionados; porque Ella da la paz, la luz y el consuelo á los que la aman.

Duérnese María en el seno de su Padre; bien lo merece ya que ha sido fidelísima y amante de su Dios, y más agradable á los divinos ojos que las demás criaturas. Nuestra dicha es inmensa pensando en la felicidad de esa Virgen á quien tanto amamos; es nuestra Madre y después de Dios todo nuestro bien: ¿cómo no gozarnos en su gloria y en el amor que Dios le tiene? y prorrumpimos en bendiciones y alabanza al que así la ha colmado de toda gracia y virtud. Bendita sea la gloria del Eterno en esta su amadísima criatura.

Si María duerme en el seno de su Dios para su propia dicha, que no se olvide de sus hijos; si así fuese tendríamos que decirle: Levantaos, ¿por qué dormis, oh Señora? ¿os olvidais de nuestras miserias y tribulaciones? Mas nunca será de esta suerte: es nuestra Madre y siempre

nos lleva consigo; y las misericordias y favores que continuamente recibimos de sus manos, así nos lo prueban. El olvido no reina en el alma de María, mas ¿podemos decir otro tanto de nosotros? La vergüenza cubre nuestro rostro y el silencio que guardamos nos acusa. Casi siempre la tenemos olvidada, sólo acudimos á su patrocinio cuando así lo exige la gravedad de nuestros males; y á pesar de esto María nunca se niega á nuestros ruegos. Bendita sea su gran misericordia y el amor que nos tiene.

Decía el Señor en otro tiempo: ¿Qué haré contigo, oh Efraín? María puede quejarse de nosotros en los mismos términos: si nos colma de favores no lo agradecemos como fuera de desear, y muy pronto la olvidamos; y si el Señor nos castiga por nuestros pecados, pedimos el perdón por medio de María; mas ¿cuántas veces después de haberlo conseguido volvemos á las culpas?

¡Oh Madre incomparable, á quien Dios colmó de gracias y dones celestiales; Vos que fuisteis tan fiel á Dios nuestro Señor, tened compasión de vuestros hijos, que tan lejos estamos de imitaros; alcanzadnos los divinos auxilios para corresponder á la gracia con prontitud y fidelidad; hacednos dóciles á las inspiraciones del Señor y encended en nuestras almas el fuego de la santa caridad que arda inextinguible en nuestros corazones; y después de Dios, sed Vos, oh Señora, todo nuestro amor.



CAPÍTULO III

Nuestros deseos.

AQUELLA amabilísima Señora á quien llamamos Madre y hermana, dulzura y esperanza de los hombres, Madre de Dios y Reina de los cielos y de la tierra después de Jesucristo, es todo el deseo de nuestras almas; pensamos en Ella y la buscamos por doquiera; y al no hallarla, decimos lo que la Esposa decía de su Amado: En mi lecho, en mi descanso busqué á la preciosa Niña de mis amores, y no la encontré. Me levantaré, daré vueltas por la ciudad, y buscaré por calles y plazas á la muy Amada de mi corazón. ¡Ay de mí! la he buscado, mas no he dado con Ella. Me encontraron las patrullas que rondan por la ciudad, y les dije: ¿No habéis visto á la Amada de mi alma? A pocos pasos me encontré con Ella; he abra-

nos lleva consigo; y las misericordias y favores que continuamente recibimos de sus manos, así nos lo prueban. El olvido no reina en el alma de María, mas ¿podemos decir otro tanto de nosotros? La vergüenza cubre nuestro rostro y el silencio que guardamos nos acusa. Casi siempre la tenemos olvidada, sólo acudimos á su patrocinio cuando así lo exige la gravedad de nuestros males; y á pesar de esto María nunca se niega á nuestros ruegos. Bendita sea su gran misericordia y el amor que nos tiene.

Decía el Señor en otro tiempo: ¿Qué haré contigo, oh Efraín? María puede quejarse de nosotros en los mismos términos: si nos colma de favores no lo agradecemos como fuera de desear, y muy pronto la olvidamos; y si el Señor nos castiga por nuestros pecados, pedimos el perdón por medio de María; mas ¿cuántas veces después de haberlo conseguido volvemos á las culpas?

¡Oh Madre incomparable, á quien Dios colmó de gracias y dones celestiales; Vos que fuisteis tan fiel á Dios nuestro Señor, tened compasión de vuestros hijos, que tan lejos estamos de imitaros; alcanzadnos los divinos auxilios para corresponder á la gracia con prontitud y fidelidad; hacednos dóciles á las inspiraciones del Señor y encended en nuestras almas el fuego de la santa caridad que arda inextinguible en nuestros corazones; y después de Dios, sed Vos, oh Señora, todo nuestro amor.



CAPÍTULO III

Nuestros deseos.

AQUELLA amabilísima Señora á quien llamamos Madre y hermana, dulzura y esperanza de los hombres, Madre de Dios y Reina de los cielos y de la tierra después de Jesucristo, es todo el deseo de nuestras almas; pensamos en Ella y la buscamos por doquiera; y al no hallarla, decimos lo que la Esposa decía de su Amado: En mi lecho, en mi descanso busqué á la preciosa Niña de mis amores, y no la encontré. Me levantaré, daré vueltas por la ciudad, y buscaré por calles y plazas á la muy Amada de mi corazón. ¡Ay de mí! la he buscado, mas no he dado con Ella. Me encontraron las patrullas que rondan por la ciudad, y les dije: ¿No habéis visto á la Amada de mi alma? A pocos pasos me encontré con Ella; he abra-

zado sus pies, y no la dejaré hasta que entre conmigo en la casa de mi madre.... El amor que tenemos á María, nos hace proseguir en estos términos: Yo no tengo otra casa que el Corazón de la sagrada Virgen, ni otra madre que Ella misma; y al decir estas palabras el gozo no cabe en nuestro corazón; conocemos que es inmensa nuestra dicha, y por nada consentiremos en perderla; si sobre esto el temor nos asalta, nos arrojaremos á los pies de María y le decimos: No permitais que nos separemos de Vos. A semejante desgracia preferimos la muerte.

Amar y servir á una Madre tan santa son nuestros deseos: ¿qué haremos para conservarlos y aumentarlos? Pensar en las excelencias y grandezas con que Dios la ha enriquecido, en el amor que le tiene y en las gracias que María se ha dignado dispensarnos. Nadie como Ella tan hermosa y perfecta entre todas las criaturas, ni tan rica en los dones de la gracia. ¿Por qué no preferirla en nuestro afecto á todo aquello que no es el mismo Dios? Si en las demás criaturas hallamos vanidad y mentira, miseria y tristes desengaños, nada de esto hallaremos en María; porque amándonos en Dios y dirigiéndonos al cielo con el ejemplo de sus virtudes, con las gracias que nos alcanza, y con la dulce inclinación que nos inspira á todo lo bueno, á todo lo santo, es para nosotros camino

de luz y de vida que nos lleva á Dios nuestro Señor.—Su amor trae consigo una paz dulcísima que nadie puede perturbar. En Ella no hay culpa ni sombra de defecto; es toda santa, perfecta y amable. ¡Insensatos nosotros que nos dejamos seducir por las vanas hermosuras de este mundo y confiamos en sus promesas halagüeñas, sin creer lo que en esto nos dice diariamente nuestra propia experiencia que todo es mentira y triste y miserable vanidad!

La perfección incomparable de María y la generosidad del cariño que nos tiene nos aseguran contra toda mudanza por su parte; por esto el amor que le tenemos inunda de delicias nuestras almas; y descansamos á su sombra bienhechora con una seguridad y un consuelo que con nada podemos comparar. En Ella están todos nuestros bienes, ya que con Ella está Jesús; el Corazón de esa Madre no cambia para nosotros. No hay, por lo mismo, en este mundo una felicidad semejante á la que hallamos en el santo amor de María que nos lleva al de Jesús, su Hijo benditísimo y todo nuestro bien.

El amor de Dios debe ser la regla del nuestro, porque está lleno de verdad y de justicia, porque es santísimo y perfecto; y Dios ama sobre todas las demás criaturas á María: ¿por qué, pues, no amarla con todo el corazón y sobre todas las cosas después del mismo Dios?—Mas

dejemos estas consideraciones, y veamos si nos será enojoso y pesado el amarla porque Dios así lo quiere y en ello se complace. Ya no se trata de María, sino del mismo Dios; y por esto tenemos que rendir el corazón á los pies de esta dulcísima Señora. Es la Hija predilecta del divino Padre: ¿verá con agrado nuestra indiferencia con María? Otro tanto podemos preguntar con relación á nuestro Señor Jesucristo Hijo de María, y al Espíritu divino que es el Esposo de esa incomparable y sacrosanta Virgen.

La caridad de Jesucristo nos urge, nos hace fuerza. Ojalá que pudiéramos decir estas palabras con toda verdad; seríamos mil veces dichosos. Con referencia á nuestro objeto, concédanos Dios poder decir también las siguientes: El amor que nos tiene María hace á nuestro corazón una dulce violencia. Vedle como se pone detrás de nuestra pared, mira por las ventanas y observa por las celosías. Solicito siempre de nosotros, procura sin descanso nuestro bien. Desde la cuna hasta el sepulcro se digna acompañarnos, y nos colma de gracias y favores. Una madre nunca olvida al hijo que llevó en su seno; y si esto llegase á suceder, jamás tendrá lugar en el amor incomparable que María nos tiene. Para probarlo allí están sus beneficios, y allí el olvido y la ingratitud con que los hemos pagado tantas veces; y aquel amor, benigno y compasivo jamás se ha decidido á aban-

donarnos. Nuestros mismos defectos, cual si pudieran darle nuevo aliento de vida le inclinan á tener compasión de nosotros. El defecto, dice el Angélico Doctor, es siempre razón de compadecerse, por causa del amor que vé como propios los males ajenos (1). ¡Cuántas veces nuestra dulce Madre habrá clamado á Dios nuestro Señor rogando por nosotros, como la Cananea: Señor; apiádate de mí porque mis hijos padecen grandes males!

Desde este punto de vista la generosidad del amor de María se nos presenta con un encanto indefinible; conmueve y enternece, en una palabra, rinde el corazón más duro, el más indiferente, el más ingrato; y vemos con toda claridad que es indispensable amarla y servirla con todas nuestras fuerzas; que en Ella, después de Jesucristo, debemos poner nuestra esperanza de vida y de salud eterna; y que tiene que ser el más vivo y ardiente deseo de nuestro corazón.

El amor verdadero tiene en sí mismo un germen de vida, que por decirlo así le asegura la inmortalidad: activo, generoso, constante, sufrido; las dificultades y contradicciones en vez de causarle desaliento, lo reaniman y desarrollan sus energías. Esto es lo que vemos diariamente en el amor de los mundanos; todo lo sacrifican por sus infames pasiones: la honra, la riqueza,

(1) 2ª 2ª q. XXX, a. II.

la salud, la misma vida; y se dan por satisfechos cuando han conseguido lo que tanto anhelaban. Ahora bien; el amor purísimo y sagrado de que hablamos, ¿no tendrá por ventura la actividad y la constancia y las energías y la paciencia para el sacrificio que descubrimos en el amor mundano? Para todo esto contamos con la fortaleza soberana de la gracia; por lo mismo si el cariño que profesamos á la Madre de Dios no está embellecido con semejantes cualidades, no nos resta sino avergonzarnos y confundirnos. Los mundanos corren sin descanso tras de objetos que los envilecen y degradan y en los que hallan la muerte; nosotros que buscamos el amor incomparable de María, purísimo y sagrado, y manantial inagotable de salud y vida, lo hacemos con un desaliento que humilla y contrista nuestras almas. ¿Por qué no tratar de corregir una conducta semejante?

Los deseos que tenemos de amar á la sagrada Virgen, además de la funesta languidez que los detiene y debilita, acaso están mezclados con los deseos del mundo; si esto fuese así no adelantaremos en el amor de nuestra santa Madre; porque no hay sociedad entre la luz y las tinieblas, entre la justicia y la iniquidad. Y ¿cuál será el remedio en tanta desgracia? Renunciar á todos los afectos que contradigan al santo amor de María. No debemos dividir el corazón entre Ella y el mundo. María nos pide todo el

corazón; y bien lo merece; porque Ella nos ha dado todo su cariño, y nos ha enriquecido con todos sus tesoros. Entre éstos ¿hay alguno que no nos pertenezca? El más valioso de todos es su Hijo primogénito; y sin embargo uniéndose á la voluntad del Padre le entregó á la muerte por nuestra salud. ¿Pagaremos tan preciosa dádiva con la mitad del corazón? Ni consagrándole enteramente al servicio de María podremos lograrlo. Son como nada todos los afectos, y las emociones y sentimientos que puede hacer llegar hasta el trono de María, si los comparamos con lo que ha hecho por nosotros.

En verdad, no es suficiente el que renunciemos al amor del mundo; tenemos además que alejarnos de todos los peligros cuanto esté de nuestra parte. Tal vez una triste experiencia nos esté diciendo que así debe de ser; ya que después de mil resoluciones, todo lo olvidamos al acercarnos al peligro.

La gracia de Dios, su gran misericordia y el patrocinio de María, son los grandes medios que tenemos para no caer, para conseguir lo que deseamos; mas el Señor nos ha dicho: Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad á la puerta y se os abrirá. Pidamos, pues, la gracia, nos dice san Bernardo, y pidámosla por medio de María; y ¿cuál es la gracia de que hablamos? Que Dios encienda y conserve en nuestras almas el amor de la sagrada Virgen;

que arda nuestro corazón en los deseos más vivos de ese amor santísimo; y Dios que tanto la ama y quiere que la amemos con todo nuestro afecto, no nos negará lo que pedimos. ¡Oh cuán agradables serán al Corazón de Dios nuestros ruegos! Señor, le diremos, encended en nuestras almas el amor de vuestra dulce Madre; deseamos amarla con todas nuestras fuerzas. Es tan buena, tan pura, tan santa; es tan hermosa y amable y tanto deseáis que la amemos; dadnos esta agua, os decimos con la Samaritana; agua que salta hasta la vida eterna, porque el amor que os pedimos trae consigo todos los bienes y á Vos mismo á quién siempre va dirigido; dadnos esa agua para no ir á beber las aguas corrompidas de los deleites del mundo.

El amor de María es un tesoro riquísimo, es joya inestimable de valor inmenso, y es maná de celestial dulzura; ¿por qué, no habríamos de hacer los mayores sacrificios para adquirirlo? y si de él tenemos en verdad, la debida estimación, ¿por qué duermen con tanta pesadez nuestros deseos?

Gustad y ved, decía David. Si dudamos que se halla en el santo amor de María una suavidad y una dulzura incomparable, muy superiores á las delicias y consuelos del mundo, gustemos y veamos, juzgando por nuestra propia experiencia: pongamos nuestro corazón en manos de María y consagrémoslo á Ella enteramente; que

después tendremos que decir: ¡Oh Señor, cuán abundante y delicada es la dulzura que derramais en el corazón de los amantes de María!

El amor de la santísima Virgen trae consigo un bien inestimable: el fastidio del amor del mundo. Los consuelos y delicias que María nos comunica son tan dulces que todo lo demás amarga nuestras almas, y casi las vuelve incapaces de desear cosa alguna que de María las separe. Si amando á la Madre de Dios, el mundo se acerca á nosotros para seducirnos, podemos contestarle: Ya nos hemos despojado de la inmunda túnica de la culpa, ¿volveremos á vestirnos con ella? Hemos lavado nuestros pies, ¿volveremos á ensuciarlos? y dándole la espalda, pediremos á la Madre del Señor que nos ayude y nos libre del peligro.

Los deseos matan al perezoso; no lo seamos en el amor de María, sino todo lo contrario, busquemos ese amor con una actividad infatigable y siempre en aumento; confiemos en Dios nuestro Señor y pidámosle el auxilio de su gracia. Los que ponen en El su confianza cambian su propia debilidad en fortaleza, toman las alas de las águilas y se remontan á altísimas regiones, sin fatiga y con sereno y majestuoso vuelo.

En todas las circunstancias de la vida debemos conservar los deseos de que tratamos: si el corazón rebosa de contento, pensemos que nada son los gozos de este mundo, si los com-

paramos con aquellos que nos proporciona el amor de nuestra santa Madre. En el tiempo de la tribulación, no olvidemos que los padecimientos que recibimos con humildad y acción de gracias, son el camino que nos lleva á las eternas recompensas; que estamos en el valle de las lágrimas donde el amor de María nos ha de consolar.

¡Oh santa Madre, hermosísima y perfecta sobre todas las criaturas! tomad en vuestras manos el corazón que os ofrecemos; es todo vuestro; encended en él los más ardientes deseos de vuestro amor. ¿Por qué habíamos de entregarlo al mundo ó á las pasiones, cuando sólo Vos después de Dios sois digna de poseerlo? Y Vos lo entregaréis á vuestro Hijo que lo ha criado para gloria suya.

Si se entibian los deseos que tenemos de amaros, reprendednos, dulcísima Señora, y avivadlos más y más hasta llegar á poseeros en el cielo; allí tendrán que descansar y estrecharán vuestros pies con un eterno abrazo.



CAPÍTULO IV

¡Es tan hermosa!

Es tan hermosa que el corazón y la mirada la van siguiendo á todas partes; y si llega á ocultarse, exclaman con un grito de dolor: ¡Ay la buscamos, mas no la hallamos! Y es que aquella hermosura encantadora, una vez vista no puede olvidarse, ni otra alguna puede sustituirla.

Antes de tratar la materia del presente capítulo, recordemos estas palabras del Eclesiástico: Para glorificar á Dios, ¿qué es lo que valemos nosotros? Siendo El omnipotente es superior á todas sus obras. Es terrible y grande sobre manera, y su poder es admirable. Glorificad al Señor cuanto más pudiereis, que todavía quedará superior á vuestras alabanzas; siendo como es prodigiosa su magnificencia. Bendicidle, ensal-

paramos con aquellos que nos proporciona el amor de nuestra santa Madre. En el tiempo de la tribulación, no olvidemos que los padecimientos que recibimos con humildad y acción de gracias, son el camino que nos lleva á las eternas recompensas; que estamos en el valle de las lágrimas donde el amor de María nos ha de consolar.

¡Oh santa Madre, hermosísima y perfecta sobre todas las criaturas! tomad en vuestras manos el corazón que os ofrecemos; es todo vuestro; encended en él los más ardientes deseos de vuestro amor. ¿Por qué habíamos de entregarlo al mundo ó á las pasiones, cuando sólo Vos después de Dios sois digna de poseerlo? Y Vos lo entregaréis á vuestro Hijo que lo ha criado para gloria suya.

Si se entibian los deseos que tenemos de amaros, reprendednos, dulcísima Señora, y avivadlos más y más hasta llegar á poseeros en el cielo; allí tendrán que descansar y estrecharán vuestros pies con un eterno abrazo.



CAPÍTULO IV

¡Es tan hermosa!

Es tan hermosa que el corazón y la mirada la van siguiendo á todas partes; y si llega á ocultarse, exclaman con un grito de dolor: ¡Ay la buscamos, mas no la hallamos! Y es que aquella hermosura encantadora, una vez vista no puede olvidarse, ni otra alguna puede sustituirla.

Antes de tratar la materia del presente capítulo, recordemos estas palabras del Eclesiástico: Para glorificar á Dios, ¿qué es lo que valemos nosotros? Siendo El omnipotente es superior á todas sus obras. Es terrible y grande sobre manera, y su poder es admirable. Glorificad al Señor cuanto más pudieréis, que todavía quedará superior á vuestras alabanzas; siendo como es prodigiosa su magnificencia. Bendicidle, ensal-

zadle cuanto podáis; porque es superior á toda alabanza. Para ensalzarle recoged todas vuestras fuerzas y no os canséis, que nunca llegaréis al término (1). Nada son nuestras alabanzas para glorificar al Señor; así se nos ha dicho y así lo confesamos; más quien nos humilla haciéndonos conocer nuestra miseria, dícenos también, que hagamos cuanto esté de nuestra parte á fin de darle toda la gloria que podamos: esto nos sostiene y nos llena de confianza; démosle, por lo mismo, bendición y gloria por la hermosura y las santas perfecciones con que quiso enriquecer á la Virgen santísima nuestra Señora.

Dios derramó en su preciosa Niña todos los tesoros de la gracia, haciéndola brillar con una hermosura incomparable. Tal fué la voluntad divina, buena, agradable y perfecta. ¡Cuánto debemos á Dios nuestro Señor por esta su santa voluntad! Esas gracias que el Señor se dignó conceder á María obligan enteramente nuestra gratitud con su Majestad; porque no es María para nosotros un sér indiferente, es nuestra Madre querida, hermana incomparable, la fuente de todos nuestros bienes, y después de Jesucristo todo nuestro amor. La gloria de María es nuestra gloria; y al verla tan amada del Señor y enriquecida de dones celestiales, nuestro corazón rebosa de contento, y su dicha es nuestra pro-

(1) XLIII, 30-34.

pia dicha. Bendito sea el Señor en esta obra maravillosa de sus manos; bendita sea la magnificencia de su gloria. Después de esto contemplamos un instante á nuestra dulce Madre, y le decimos: Bendita seais mil veces dichosísima criatura, á quien Dios ha hecho tan hermosa y santa, tan pura y amable.

En los Cantares habla el Esposo á su Amada en estos términos: ¡Qué hermosa eres amiga mía, que hermosa eres! Son tus ojos como de paloma, además de tu belleza interior..... Son tus labios como cinta de grana, y son tus mejillas color de granada, de púrpura y carmín..... Toda eres hermosa y en tí no hay defecto alguno..... Son tus labios un panal que destila miel.

¡Cuán profundos son los misterios que se encierran en tan hermosas expresiones! Desde luego tenemos que siendo interior la principal gloria de María, las palabras que nos hablan de sus perfecciones corporales, nos revelan la incomparable y celestial belleza de su alma; y son el reflejo de la luz purísima y de los encantos, que escapándose á las miradas de los hombres, están patentes á los ojos de Dios: ¡qué extraño es, por lo mismo que el Señor tenga sus divinas complacencias en esta obra primorosa de sus manos, y que exclame como fuera de sí mismo: ¡Heriste mi corazón Esposa muy querida, heriste mi corazón con sola una mirada, con una trenza de tu hermoso cuello!

Son de paloma torcaz los ojos de María. ¡Qué miradas tan llenas de modestia, de pureza y de dulzura las de esta santa Niña! Dichosos seríamos mil veces si pudiéramos robarle siquiera una; desfalleceríamos sin duda, de amor. La luz más apacible, y la benignidad, y el amor de la más tierna de todas las madres vendrían á consolarnos, produciendo en nuestras almas una transformación desconocida: antes el mundo cautivaba nuestro corazón, y eran de carne y sangre nuestros sentimientos; y olvidados casi siempre de los bienes celestiales, buscábamos con insensato afán las delicias de la tierra; mas la Madre de Dios ha iluminado nuestras almas, y hemos contemplado una hermosura perfectísima, y llena de santidad y de pureza, y de un atractivo incomprensible; y hemos tenido que exclamar: ¡Ay de nosotros! Hasta hoy sólo hemos amado la vanidad, y buscado la mentira; dimos á las tinieblas el nombre de la luz; y en los miserables bienes de la tierra hemos colocado nuestra dicha; y esos bienes pasan como una sombra y nos dejan con las manos vacías.

Las miradas de María llenas están de pureza y de modestia: ¿dejarían de arrebatarnos nuestro cariño, ó de elevar nuestros sentimientos hasta Dios?

Proviene la pureza de que hablamos de la presencia continua de Dios nuestro Señor que conservaba la Virgen santísima: llena de Dios,

según la expresión de san León y san Bernardo; penetrada de la luz de la pureza divina, aquellas miradas eran santísimas y brillaban siempre con el resplandor de la gracia. Aún hay más: preservada la Madre de Dios de toda mancha y del más ligero defecto, vivía en una atmósfera donde todo era sublime y agradable á los divinos ojos. En todas partes y en todos los objetos, María no contemplaba sino la santidad de Dios, y su hermosura perfecta, y su amabilidad encantadora. Siendo esto así, el Amador de toda pureza, ¿dejaría de complacerse en las inocentísimas miradas de su preciosa Niña? y de tal complacencia, proceden aquellas palabras: Heriste mi corazón, hermana mía, Esposa muy querida..... Hermana, Esposa, por la conformidad admirable y santísima que reina hasta donde es posible entre Dios nuestro Señor y la más perfecta de todas sus criaturas.

Para los que son puros todas las cosas son puras (1); y ¿quién tan pura como la Madre de Dios entre todas las obras del Señor? Preservada de la culpa, criada en la inocencia original y enriquecida con todos los dones de la gracia, se levantaba por su santidad incomparable hasta el trono de Dios; no eran, por lo mismo, los ojos de esta Niña sino fuentes de luz y de gracia, é inagotables manantiales de toda pureza.

(1) Tit. 1, 15.

Las miradas de María llenas estaban de pudor y recato virginal. La majestad de Dios y su santidad infinita, eran el origen en nuestra santa Madre de aquel continente virtuosísimo que prestaba á su semblante un atractivo celestial. ¡Oh, quién la hubiera contemplado siquiera un momento! Llenos de veneración hubieramos caído á sus pies, y nuestro pecho habría rebozado de amor y de delicias.

Cual cinta de púrpura y carmín, así eran los labios de la Madre purísima de Dios, de los cuales salían palabras de divino amor y una dulzura incomparable; ni podía hablar de otra manera la Virgen sacratísima; porque la lengua revela lo que guarda el corazón; y el de nuestra Madre querida lleno estaba de amor de Dios y del prójimo. ¿Quién no recuerda aquel *fiat* divino que pronunció para dar gloria á Dios y obtener la salvación de los hombres? El amor á su Dios venció, si así podemos decirlo, su profunda humildad á fin de ser levantada á una grandeza incomprendible, la de Madre de Dios. María que le amaba con tan ardiente cariño ¿resistiría siquiera un instante á la voluntad del Señor? La salvación de los hombres estaba pendiente de la respuesta de la santa Niña; su amor á los hombres le pedía que contestase favorablemente, y así lo hizo.

El cántico divino que pronunciaron sus labios en las montañas de Judea, no es sino la

explosión de su amor sagrado, de su gratitud á Dios nuestro Señor; y la súplica que dirigió á su santísimo Hijo nuestro Señor Jesucristo en las bodas de Caná, nos revela su solicitud amorosísima á favor de los hombres.

Si María se digna dirigirnos una sola palabra quedaremos como transformados en su amor y llenos de un gozo indecible; y al oirla le diremos: No nos hable Moisés, ni tampoco nos hablen los profetas; sino habladnos Vos, Señora, que sois la Madre de la Eterna Palabra de Dios. Al oír á María seremos muy dichosos, porque Ella misma nos dice: Oh hijos míos, escuchadme: Bienaventurados los que siguen mis caminos. Oíd mis documentos, y sed sabios, y no queráis desecharlos. Bienaventurado el hombre que me escucha (1).

Oímos provechosamente las palabras de María si seguimos sus caminos; recibimos sus documentos si ponemos en práctica lo que en ellos se nos manda; si velamos continuamente á las puertas de su casa; si estamos de observación en sus umbrales; porque entonces la hallaremos, y con Ella hallaremos la vida y obtendremos del Señor la salvación eterna.

Las palabras de la divina Madre están llenas de santa caridad; no quiere sino nuestro bien: ¿cómo no escucharlas con la humildad más pro-

(1) Prov. VIII, 32-34.

funda y llenos de reconocimiento y gratitud? entran hasta el fondo del alma y la hacen rebosar en celestiales delicias. Esas palabras son más preciosas que el oro y la plata y más dulces que la miel para nuestros labios.

Oigamos todavía como nos habla esta Madre amorosísima que tanto desea nuestra felicidad: Justos son todos mis discursos; no hay en ellos cosa torcida ni perversa.... Recibid mis instrucciones, con mayor gusto que si recibierais dinero: anteponed al oro la ciencia; puesto que vale más la sabiduría que todas las joyas preciosísimas y nada de cuanto puede apetecerse es comparable con ella (1).

¿Dejaremos de seguir las instrucciones de María, sus santísimos consejos, sus palabras de vida? Semejante conducta nos pondría en cierta manera en contra de esta santa Madre que también ha dicho: Quién pecare contra Mí dañará su propia alma. Aman la muerte los que me aborrecen.

Amemos la vida y no la muerte; escuchemos con rendida humildad las palabras de María. Llenas de una ciencia sublime, dirigidas al bien de nuestras almas, y calentadas, por decirlo así, con el amor de la más tierna y compasiva Madre, si llegásemos á despreciarlas seríamos unos necios, y muy ingratos con aquella santísima

(1) Prov. VIII, 8, 10, 11.

Señora de quién recibimos tantos beneficios. Mas no ha de ser así, sino al contrario; y levantando los ojos á María, le rogaremos que Ella misma las grave con caracteres indelebles en nuestro corazón á fin de meditarlas santa y deliciosamente; y en el brazo para que sean la regla de nuestras acciones.

Oiremos las palabras de María; y al oirlas rebosará de dicha el corazón; y nuestro amor á Ella avivará sus llamas. Es nuestro encanto, y después de Dios todo nuestro bien; por esto al descubrir en las santísimas palabras que se digna dirigirnos, el interés tan vivo que tiene por nosotros, nos sentimos muy felices y tenemos que enviarle un suspiro de amor. Si nadie nos ama como Ella, excepto Jesucristo: á nadie debemos amar como á esta santísima Señora, después de Dios.

Si en las palabras que María nos dirige rebosa tanta dulzura, ¿quién podrá decirnos cuánta es la que atesoran aquellas que dirige á Dios nuestro Señor: á su Padre, á su Hijo y á su Esposo divino? Por esto son tan agradables al Eterno, que le dice así: Suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce. Oigamos siquiera un instante, esta voz dulcísima: Venga mi Amado á su huerto y coma del fruto de sus manzanos.... Yo soy toda de mi Amado, y mi Amado es todo mío, el cual se recrea entre azucenas.—¡Qué palabras tan llenas de amor y de

dulzura! María no puede vivir sin su Dios, y le ha consagrado cuanto tiene. Es toda de su Amado: ¿Su Amado que puede pedirle que no sea suyo? Y las palabras de María encierran toda verdad; por esto Dios las escucha con tanta dulzura, y le dice con inmenso amor: Suene tu voz en mis oídos.

¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! A tan dulces palabras María tenía que contestar y lo hizo diciendo: Tú eres el hermoso Amado mío; Tú eres el hermoso. ¿Con qué divina complacencia oiría el Señor tan ardientes expresiones salidas de los labios de aquella incomparable y celestial criatura á quien llamaba su amiga, su Esposa, su hermana, y su única paloma, perfectísima, y la preferida de su amor?

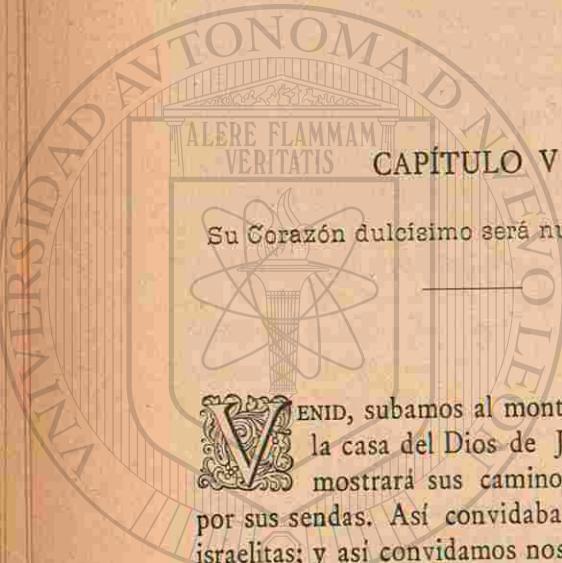
Oiga María, ya que es benignísima y que llena está de misericordia para con nosotros, la humilde voz de sus hijos: ¡Qué hermosa eres, Niña de Dios, qué hermosa eres! Fuiste concebida sin la mancha original y llena de gracia y de virtud desde el primer instante de tu ser. Concebiste en tus entrañas al Unigénito de Dios y eres su Madre verdadera, inmaculada y santa. Tu Hijo Jesucristo es nuestro hermano; y Tú, sacratísima Señora, eres nuestra Madre. ¡Quién te amase con un corazón de serafín, y tuviera en tu seno sus delicias! Sería incomparable nuestra dicha si muriesemos rendidos á tus pies, y contemplando tu rostro amabilísimo, y oyen-

do de tus labios palabras de consuelo, de gracia y de perdón.

¡Oh Niña amabilísima! Tus ojos son de paloma; tus mejillas sonrosadas y llenas de hermosura, y son tus labios cual cinta de grana; ábrelos, oh Madre de clemencia, delante del Señor rogando por nosotros; y salgan de esos labios palabras de amor y de dulzura que hagan descender sobre nosotros, cual lluvia fecundante, las misericordias del Eterno.

¡Oh, hermosísima entre todas las criaturas, ruega por nosotros!





CAPÍTULO V

Su Corazón dulcísimo será nuestra morada.

VENID, subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob, y El nos mostrará sus caminos, y andaremos por sus sendas. Así convidaba Isafas (1) á los israelitas; y así convidamos nosotros á todos los cristianos. Subamos al monte de Dios y entremos en su casa. La divina Madre por la excelencia de sus méritos y su dignidad infinita, se eleva sobre todos los serafines, y sólo á Dios es inferior. Esa Madre, sin embargo de tanta grandeza, es benignísima con nosotros y tiene un Corazón que es fuente inagotable de bondad y gracia. Es el santuario de la divina misericordia, y el arca sacrosanta donde guarda Dios to-

(1) II, 3.

dos los tesoros de su amor, y las riquezas de su divina clemencia.

No es dable, por decirlo así pensar en el Corazón de la Virgen santísima, sin bendecir á Dios nuestro Señor, que así se nos descubre, con una magnificencia incomparable, Padre de misericordias y Dios de todo consuelo.

El Corazón de María. No pensamos en El sin sentir una inmensa ternura; porque es el Corazón de la más compasiva de todas las madres, que vela sin descanso por nosotros; que nos salva de todo peligro y nos alcanza los bienes celestiales.

Su Corazón dulcísimo es el origen de donde manan, y el centro donde se hallan los más sublimes y nobles sentimientos que puede inspirar á la Virgen sagrada su amor perfectísimo de Madre de Dios y de los hombres.

El Corazón de María es la urna preciosa de oro que guarda el maná celestial, y que tiene en sí mismo una infinita dulzura.

Es el Corazón de María fanal brillantísimo que ilumina los cielos y la tierra con la claridad de Dios, que es Jesucristo nuestro Señor, á quien conocemos por medio de María; porque Ella le dió su sangre purísima para que se hiciese hombre, y nosotros creyésemos en el que es Hijo de Dios, porque fué engendrado de la substancia del Padre, é Hijo de María, porque tomó nuestra naturaleza en su seno, y así Ella es su verdadera Madre.

Pensando en el dulcísimo Corazón de nuestra Señora, en su hermosura y pureza, en las inmensas riquezas que atesora, y en su benignidad y gracia, no queremos para nosotros otra mansión donde vivir, que ese santuario donde vive Dios.—¡Oh, cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos! decimos con David. Mi alma suspira y padece deliquios en los atrios del Señor. Traspórtanse de gozo mi corazón y mi cuerpo, contemplando al Dios vivo. Volemos como el pajarillo á guarecernos en ese asilo inviolable, de paz y de consuelo; y descansemos en él como la tórtola en su nido. Tus altares, oh Señor de los ejércitos, oh Rey mío y Dios mío..... Dichosos, Señor, los que moran en tu casa; te alabarán por los siglos de los siglos... Más vale un solo día en los atrios de tu templo, que millares fuera de ellos.

En el Corazón de la Virgen sagrada gozaremos de una paz dulcísima y profunda, la paz de Dios que sobrepaja á todo entendimiento. Lejos de los negocios del mundo, de los cuidados de la tierra y de la turbación que producen en el alma las pasiones, pensaremos en María: sus grandes privilegios, sus gracias y virtudes serán nuestras delicias; el amor que nos tiene la divina Madre será nuestro encanto; sus cuidados por nuestra eterna salvación, y sus bondades tan llenas de suavidad y de ternura, tendrán para nosotros un atractivo casi irresistible. Mas

¿adónde pudieran llevarnos estando en ese Corazón dulcísimo, centro y descanso de nuestro cariño? Como los ángeles contemplan la divina esencia, y quieren siempre contemplarla, y están sumergidos en un piélago de insondables delicias que nunca les fastidian, mas antes constituyen su felicidad eterna; así nosotros, pensando en los misterios y grandezas de María, quisiéramos pensar en ellos sin interrupción, profundizarlos más y más, á fin de descubrir á cada instante nuevos tesoros de gracia y nuevos encantos de amor.

¿Cómo podremos obtener la vida de que hablamos, morando para siempre en el Corazón de María? Desde luego tenemos que rogarle que Ella misma nos abra la entrada: Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, Inmaculada; porque está llena de rocío mi cabeza y del relente de la noche mis cabellos. Así le hablaba su Esposo divino y así también le hablamos nosotros sus indignos hijos; mas hijos que no ignoran cuanta es la bondad y la clemencia de su dulce Madre: Abrenos, oh Madre muy querida, hermana incomparable, paloma inocentísima. ¿No ves que fuera de tu seno, sin el amor que te debemos, nuestro corazón está sin vida? En medio de tantos peligros, Tú eres quien ha de salvarnos; y en los combates que es indispensable sostener en esta vida, Tú nos darás la victoria; y esta victoria y la salvación la tenemos en

tu Corazón: ábrenos, ese asilo inviolable y sagrado; introdúcenos en El y cierra sus puertas para siempre. Mansión deliciosa de paz y de consuelo, Corazón inmaculado de María, pueda yo morar en tu recinto, todos los días de mi vida.

No entraremos en el Corazón de nuestra Madre sino teniendo presente lo que David nos tiene dicho: El pajarillo halló un hueco donde guarecerse; y la tórtola nido donde poner sus polluelos. Levantemos como las aves, nuestro vuelo á las alturas. Es indispensable arrancar del corazón, cuanto esté de nuestra parte, todo afecto menos conveniente y corregir el desarreglo de las pasiones. En el Corazón de María jamás entrará cosa manchada: son inviolables su santidad y su pureza; debemos por lo mismo, trabajar sin descanso por llevar una vida sin pecado. Reinan en ese Corazón incomparable la luz de la divina gracia y la justicia; por esto si vivimos en la iniquidad, podrá decirnos: ¿Qué sociedad hay entre la luz y las tinieblas; ó qué parte tiene la justicia con la iniquidad?

En el Corazón de la Virgen santísima todo es sublime y elevado; los pensamientos que allí nos inspira Dios nuestro Señor, son verdaderamente celestiales; descubrennos las maravillas de la bondad divina, del amor de Dios á la más excelente de sus criaturas, y la complacencia dulcísima y sagrada que tiene el mismo Dios en

la inocencia, la pureza y la humildad. ¿Cómo pudiéramos entrar en ese Santuario de tantas maravillas sin quitarnos el calzado de los pies sin tener pensamientos altísimos y santos, sin limpieza y rectitud de corazón? ¿Quién subirá al monte del Señor, preguntaba David; ó quién podrá estar en su Santuario? El que tiene puras las manos y limpio el corazón; el que no ha recibido en vano su alma, contestaba él mismo (1).

La bondad de Dios para con María, y la dulzura con que en Ella se complace, y los dones de la gracia con que se ha dignado enriquecerla, han de ser para nosotros un objeto de amorosa y elevada contemplación: ¡y cuánto servirá todo esto para santificar nuestras almas! La luz de Dios y sus divinos consuelos irán extinguiendo cuanto haya en nosotros desagradable á los ojos del Señor; el hombre interior de que nos habla san Pablo, se irá renovando diariamente; y la fuerza interior de la gracia no dejará que nos paremos en el camino de la virtud. Fuera de Dios todo será para nosotros indiferente; y cualquiera cosa que pudiese apartarnos del Señor tendremos que verla con desprecio. Nada tendremos que pedir al mundo; viviendo en el Corazón de la sagrada Virgen, serán nuestras palabras las del Rey Profeta: Este es mi

(1) Ps. XXIII, 3, 4.

descanso para siempre; aquí moraré, porque es el sitio que yo tengo escogido (1).

Desprecio, al mundo no tendremos que darle otra cosa; y el fastidio que nos causen sus placeres, nos hará buscar solamente en Dios nuestras delicias. Si despreciamos al mundo es porque intenta separarnos del Señor; y si sus diversiones y placeres nos causan fastidio, es porque no hallamos en ellos sino triste vanidad, engaño y miseria. Mil veces nos cubren de ignominia; agostan todo noble sentimiento y nos llevan por funestas sendas á nuestra eterna desgracia.

Si somos soberbios; si en nuestro espíritu reina la malicia, el Corazón de María nos cerrará la entrada; porque Ella es la más humilde de todas las criaturas y la inocentísima paloma del Señor.—Es indispensable trabajar cuanto podamos para conseguir la humildad y la inocencia y sencillez de corazón. Ser soberbio es una verdadera insensatez; porque el polvo y la ceniza no tienen porque ensoberbecerse; y si hay en nosotros cosa digna de aprecio, ni aun por esto debemos admitir la soberbia en nuestro corazón; porque todos los bienes que acaso tenemos, dones son de Dios nuestro Señor; ¿por qué pues nos gloriamos de ellos cual si no los hubiésemos recibido? Tales dones obligan sin

(1) Ps. CXXXI, 14.

duda alguna nuestra gratitud para con el Padre celestial; y por ellos debemos humillarnos, no ensoberbecernos.—Pongamos los ojos un instante en nuestra miseria: nada tenemos de nosotros mismos sino el pecado; y éste nos hace muy indignos de los favores del cielo; y sin embargo Dios nos favorece con su gracia; y si conociésemos cuánta es la bondad de Dios que así nos enriquece con sus dones, y cuánta es la ignominia de que nos cubre el pecado, llenos de asombro tendríamos que exclamar: ¡Es posible que así favorezca Dios á los ingratos, á los más delincuentes pecadores.....! Y nuestras culpas unas en pos de otras nos dirían: Humillaos hasta el polvo, hasta el abismo más profundo; reconoced vuestra miseria, y cuánta ha sido la gravedad de vuestras faltas. En lugar de la soberbia, nazca en vuestras almas el desprecio y aborrecimiento de vosotros mismos, y el deseo de que todos os desprecien; y no olvidéis que Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes.

De esta manera la divina gracia se sirve de nuestras faltas y miserias para darnos la luz de la humildad, el conocimiento de nosotros mismos; pues no son aquellas las que así nos hablan sino la divina gracia que trata de volvernos al Señor, á quien no se acercan sino los humildes.

¡Qué insensatez querer robar á Dios la glo-

ria que le corresponde! Y esto es lo que pretende el soberbio; y no sólo esto, sino además hace lo que está de su parte á fin de obtener para sí mismo aquella gloria. ¡Miserable! Dios le humillará y confundirá hasta el polvo; porque así lo exigen la verdad y la justicia, y así lo pide la gloria del Eterno ultrajada tan indignamente.

Nada obtiene el hombre con la funesta satisfacción de la soberbia; se mancha con un crimen y se hace aborrecible á los ojos de Dios; la inquietud y la amargura le hacen desgraciado; y ¿quién tendrá compasión de ese sér tan indigno, que se levanta contra Dios; y que mira á los demás hombres con el más alto desprecio? Para todos es aborrecible el soberbio, que no piensa sino en sí mismo y que á todos se cree superior.

Dios humilla á los soberbios: allí está para probarlo la historia de Amán. Este era el primero de los príncipes en el reino de Asuero; todos doblaban la rodilla ante aquel príncipe, menos Mardoqueo, de lo cual no tardó en tener conocimiento el mismo Amán, quien montando en cólera, quiso vengarse exterminando no solamente á Mardoqueo, sino á todos los judíos; mas Dios echó por tierra todos los planes del soberbio sanguinario, humillándole hasta acabar con él, pues así lo exigía la justicia divina.—Preguntó el rey Asuero al príncipe Amán:

¿De qué manera tendrá que ser honrado aquel á quien el rey quiera honrar? Creyendo Amán que se trataba de su propia persona, contestó: Aquel á quien el rey desea honrar, debe ser vestido con vestiduras reales, y salir montado en un caballo de los que el rey monta, y llevar sobre su cabeza la corona real; y el primero de los príncipes y grandes de la corte llevará del diestro el caballo, diciendo en alta voz: Así se honra al que el rey quiere honrar. Este le dijo entonces: Date prisa, y tomando el manto real y el caballo, ejecuta lo que has dicho con el judío Mardoqueo; y guárdate de omitir cosa alguna. Amán cumplió con todo eso; y después se retiró á su casa sollozando y cubierta la cabeza. No paró en esto la humillación de Amán, sino hasta morir en el patíbulo que él había preparado para Mardoqueo (1). Así humilla y castiga Dios á los soberbios; y quien lo fuere no entrará en el Corazón más humilde que los de todas las demás criaturas.

Si somos humildes, no estará lejos de nosotros la sencillez de corazón, de que tanto necesitamos para entrar en el seno de María, y si hemos perdido esa sencillez, con la humildad podremos recobrarla; porque esta santa virtud poniendo delante de nosotros todas nuestras culpas hará que las aborrezcamos, alejando al mismo

(1) Ester, VI, VII.

tiempo de nosotros la doblez, el engaño y la malicia; y nos dará la dulce paz de la inocencia.

Si somos humildes y sencillos de corazón, María inclinará á nosotros sus miradas, y á fin de consolarnos, nos dirá estas palabras: ¿En quién pondré yo mis ojos, sino en el pobrecito y contrito de corazón y que oye con temor mis palabras (1)? Seamos, pues, humildes de corazón y conservemos en el alma la sencillez de la paloma, y gozaremos del más apacible descanso, en el Corazón de María. Tal vez le habremos dicho repetidas ocasiones á nuestra dulcísima Señora: Mi alma suspira por Vos y desea vivir en vuestro seno. Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi alma os desea, y está sedienta de vuestro amor. ¡Cuándo será que llegue el día feliz en que pueda descansar en el Corazón de esa Madre que es mi delicia y todo mi encanto! Si aún está cerrado para nosotros el Corazón de María, digámosle con humilde confianza: Oh, Señora, ved que estamos á la puerta y llamamos una y otra vez, y no dejaremos de hacerlo hasta que os digneis abrirla. ¿No sois Vos la que mandais á vuestros servidores á convidar para que viniesen á vuestro alcázar á los humildes y sencillos; y decís: Venid á comer de mi pan y beber el vino que os tengo preparado? Oh, dulce Madre, aquí nos teneis; intro-

(1) Isai. LXVI, 2.

ducidnos Vos misma en vuestro Corazón, y vivamos en él eternamente.

Corazón amorosísimo de la más tierna y compasiva Madre, iluminadnos con la luz de la verdad, para conocer más y más vuestras grandezas, y las gracias y excelencias con que Dios se ha dignado enriqueceros. Encended en nuestras almas el fuego de vuestra santa caridad. Conoceremos y amaremos, éstas son las fuentes purísimas de la luz, de la gracia y de la vida en que deseamos apagar la sed ardiente del amor que nos abrasa; donde gustaremos de celestiales delicias, que el mundo no conoce ni puede conocer. Oh santa Madre, dad de comer al hambriento, dad de beber al sediento; y en vuestro mismo seno, alimentadnos con el manjar divino de los escogidos, Jesucristo vuestro hijo y Redentor de los hombres.





CAPÍTULO VI

Mi Amada para Mí. La Madre de Dios
y de los hombres.

NL pensar que la Virgen santísima nos pertenece enteramente, se inunda nuestro corazón de sentimientos de inefable dulzura. Nuestra miseria nos humilla y nos confunde; la misericordia de Dios nos llena de asombro y obliga nuestra gratitud por todo extremo. En una palabra, nuestra dicha es verdaderamente celestial.

Es María la Reina de los cielos y de la tierra, la Madre del Unigénito de Dios; fué criada en la inocencia original y enriquecida con los más preciosos dones del Espíritu divino. Su alma perfectísima resplandece á los ojos del Eterno con los encantos de una luz inextinguible; y su sagrado cuerpo es un vaso precioso de toda

gracia y pureza; cuerpo incorruptible, embalsamado de toda suavidad y dulzura, y que trasciende con la fragancia de todas las virtudes.— Esta incomparable y agraciada Niña fué desde la eternidad muy querida de Dios nuestro Señor; su Majestad la prefirió á todas sus criaturas, y quiso que fuese el objeto de sus divinas complacencias; la adornó con una belleza incomparable y llena de un atractivo tan santo y poderoso que al contemplar esta obra primorosa de sus divinas manos, á esa singularísima criatura, le dirigió las siguientes palabras: Toda eres hermosa, amiga mía, y en tí no hay la menor mancha.... Aparta tus ojos pues me han hecho salir fuera de mí.... ¡Cuán bellos son tus amores hermana mía, Esposa! Así ama Dios á su preciosa Niña; y así es grande y perfecta á los ojos del Eterno.

Después de todo esto, ¿tendremos valor para decir: Mi Amada es para mí? La vergüenza cubre nuestro rostro, y no podemos pronunciar una palabra; miserables pecadores, hemos merecido mil veces el infierno, no el amor de la Virgen sacratísima, más pura que los ángeles de Dios. Que los Alfonsos, los Buenaventuras y los Bernardos, digan que les pertenece el amor de María, bien está; mas nosotros cubiertos de tanta ignominia, y que hemos sido tan ingratos con María, ¿cómo atrevernos á decir aquellas expresiones de un amor tan puro y delicado?

do? Las cosas santas no se dan á los perros, ni se echan á los cerdos las piedras preciosas. Preciso es humillarnos, y reconocer y confesar que somos muy indignos del santo amor de María. Mas por lo que acabamos de decir, ¿tendremos que permanecer en el abatimiento y la tristeza que tales consideraciones producen en el alma? De ninguna manera; porque si bien nosotros somos indignos del amor de María, la bondad de Dios es infinita y la inclina dulcemente á favorecernos. ¿No es El quien nos ha dado á su mismo Hijo á pesar de nuestros pecados? Lo que hace brillar más la caridad de Dios hacia nosotros, decía el Apóstol, es que entonces mismo cuando éramos pecadores, Cristo murió por nosotros (1); y quien nos dió al Hijo, nos dió también á la Madre. Bendita sea la caridad de Dios para con nosotros.

El Hijo de Dios vino á buscar á los pecadores, á llamarlos á la penitencia; y esto lo hizo con un amor muy grande; y se consagró enteramente á ellos: María vino para ser el refugio amorosísimo de esos mismos pecadores, y fué toda para ellos; por lo mismo, á pesar de ser tan indignos, y sin embargo del peso gravísimo de nuestras culpas, podemos decir con humilde confianza: Mi Amada es para mí, la pura, la Inmaculada y santísima, la Reina del cielo y de

(1) Rom. V, 8, 9.

la tierra, la Madre de Dios y de los hombres, es toda para nosotros.

Si conociésemos el don de Dios, cuán grande es María á los ojos del Eterno, y el incomparable amor que le tiene, y cuán estimables y preciosas son las riquezas que ha atesorado en esta amabilísima criatura, los encantos de la divina misericordia cautivarían nuestro corazón; no hallaríamos cómo explicar su admirable largueza, y su magnificencia, y su benignidad para con nosotros, miserables pecadores. Prorrumpirían nuestros labios en himnos dulcísimos de alabanza, de amor y acción de gracias; y diríamos una y cien veces con David: Alabad al Señor porque es infinitamente bueno; porque es eterna su misericordia. Alabad al Dios de los dioses, al Señor de los señores, al único que obra grandes maravillas, al que con su sabiduría crió los cielos, afianzó la tierra sobre las aguas, al que hizo los grandes luminaires.... Bendecid al Dios del cielo, al Señor de los señores, porque es eterna su misericordia (1).

En verdad nos asombra la magnificencia de la misericordia divina contemplada á la luz de la grandeza de María, y el asombro de que hablamos, se sostiene y aumenta reflexionando en las misericordias que por su medio se digna dispensarnos Dios nuestro Señor. De María po-

(1) Ps. CXXXV.

demos decir estas palabras de los Libros santos: Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y por su medio he recibido innumerables riquezas (1). Con María nos vino Jesucristo su Hijo santísimo; y habiéndonos dado al Hijo y á la Madre, ¿nos negará Dios cualquiera cosa que le pidamos?

De esta magnificencia de los dones celestiales, y de la bondad con que Dios se digna enriquecernos con ellos, vienen el gozo más inexplicable y una dicha celestial. Todo lo tenemos en María, y por su medio alcanzaremos cuanto pidamos. Si el recuerdo de nuestras faltas nos llena de temores y tristezas, María puede alcanzarnos el perdón y la paz de la justicia, si queremos adelantar en la virtud. Ella nos obtendrá la fortaleza que necesitamos para esto, y nos llevará de la mano, y sabrá llenarnos de consuelo durante nuestro viaje.

Mi Amada es para mí. Esta santísima Señora no nació únicamente para su propia dicha, sino además para nuestro bien. Así lo quiso Dios; y María al ampararnos en nuestras necesidades, al defendernos en todos los peligros y al rogar por nosotros cumple con la voluntad del Padre celestial: por esto la protección de la divina Madre está llena de tanta dulzura; y por esto la hallamos siempre á nuestro lado, y no deja de rogar

(1) Sap. VII, 11.

por nosotros; porque no ha habido ni jamás habrá, criatura tan obediente como Ella á Dios nuestro Señor. Y la protección que nos dispensa es para la santísima Señora una fuente inagotable de gozo y celestial dulzura. Dios quiere que nos proteja y nos defienda, que nos consuele en las amarguras de la vida y nos alcance los bienes eternos: ¿podrá tener mayor consuelo en otra cosa, que en cumplir esta voluntad santísima de Dios, tan llena de misericordia y de clemencia?

No se fastidia al protegernos, ni siente cansancio, sino alegría purísima que la hace prorrumpir en cánticos de amor y de alabanza á la bondad infinita del Eterno.

Cuando nos decimos que nuestra Amada es para nosotros, no tenemos que preguntar si ha reservado algún tesoro para sí misma, que no haya comunicado á sus hijos; pues no ignoramos que nos pertenece enteramente. Y ya que nos ha dado á su santísimo Hijo, ¿no nos dará con El todos los bienes?

A más de Jesucristo que es el verdadero tesoro de María, esta santísima Señora nos da sus propios méritos: por nosotros lloró en la cumbre del Calvario; y sus lágrimas mezcladas con la sangre de Jesús, subieron hasta la presencia del Señor pidiendo el perdón de nuestras culpas; lágrimas preciosas y de un valor inestimable; y que si revelaban el dolor de María por la pasión

y muerte de su Hijo santísimo, pedían también con un clamor muy grande, la gracia y la misericordia para los pecadores que redimía Jesucristo con su sangre.

Revélanos María que es toda nuestra en su conducta: procura aplacar la ira de Dios nuestro Señor, que tantas veces provocamos con nuestros pecados, presentándole los méritos de la divina sangre de Jesús. Respecto de nosotros, nuestra dulce y compasiva Madre, se nos acerca una y otra vez con las inspiraciones de la gracia á fin de ablandar nuestra dureza; y nos llama al camino de la penitencia, ya con dulce y amorosa voz, ó estremeciendo nuestro corazón con grandes terrores, ó llenándolo en fin de remordimientos y amargura.

María no olvida jamás á sus hijos y siempre trabaja para ellos: esto no es extraño, ya que por una parte es la dispensadora universal de las misericordias del Señor que descienden continuamente sobre el mundo; y por otra es tan dulce, es tan amable y compasiva, y tiene un Corazón tan lleno de bondad que jamás dejará de hacernos bien.

Si una madre pertenece á sus hijos ¿dejará de pertenecernos quien lo es no sólo por su propia voluntad, sino ante todo por la de Dios nuestro Señor?

El amor natural en una madre produce maravillas de una hermosura tan sublime que ad-

miran y encantan nuestras almas; para él no hay obstáculo, si así puede decirse, que sea insuperable; es invencible su paciencia y nunca desfallece su constancia; se olvida de sí mismo, y es ingeniosísimo para procurar el bien de los hijos. Ahora bien: ¿la gracia no poseerá más nobles sentimientos y más poderosas energías que la naturaleza? y María, es nuestra Madre en el orden de la gracia; por esto el amor que nos tiene es tan sublime y perfecto, es de sacrificio, se entrega á nosotros sin reserva ninguna y nos consagra todos sus tesoros. Hállase entre éstos el Hijo divino que llevó en su seno: El constituye su espléndida riqueza; y por Jesús tienen valor todos los demás; y María, uniéndose á la voluntad del Padre celestial, consintió en la pasión y muerte de aquel Hijo que le era tan querido: le amaba más que á sí misma, y sin embargo lo entregó á la muerte por nosotros, y con Jesús se nos dió á sí misma.

Hablando del Hijo de Dios, dice san Pablo: Me amó y se entregó á la muerte por mí (1). De nuestra amadísima Señora podemos decir: Nos amó y ofreció la vida de su Hijo inocentísimo al Eterno por nosotros sus hijos adoptivos. — Imitadora fidelísima de Jesús, tenía la santa Madre que consagrarse á nosotros. Jesucristo descendió de los cielos por nuestra salud, pasó

(1) Galat. II, 20.

por el mundo haciendo beneficios, y se quedó en la divina Eucaristía donde jamás nos olvida y en donde es enteramente nuestro. Por su parte la divina Madre le recibió en su seno y le alimentó con la leche de sus pechos virginales, le alejó de los peligros y guardó su vida para la salvación del mundo: ¿Podía haber hecho por nosotros más de lo que hizo?

Cuanto hemos dicho hasta aquí prueba con toda claridad que María se consagró enteramente á nosotros; ni nunca dejará de pertenecernos. Decía David: El Señor es la parte que me ha tocado en herencia y la porción destinada para mí... Me ha cabido en suerte un sitio delicioso; es hermosa la herencia que me ha tocado (1). Nuestra herencia es Jesucristo, y después de El, el amor que nos tiene su divina Madre. Al pensar en esto, tenemos que añadir con el mismo Rey profeta: Por esto se regocijó mi corazón, y prorrumpió mi lengua en cánticos de amor y de alabanza.

Al pensar que la Madre santísima de Dios se ocupa sin descanso en nuestro bien y vive para nosotros, nuestra alma se llena de consuelo, y aun en medio de las más amargas penas, y entre las persecuciones de nuestros enemigos, y en cualesquiera otras circunstancias aun las más aflictivas, nuestra esperanza en María no llega

(1) Ps. XV, 5, 6.

á vacilar, ni perdemos la paz del corazón. Es poderosísima, decimos, y ¿quién podrá vencerla? Sus ruegos todo lo alcanzan de Dios y nadie llegará á impedirlo. Su amor de madre está lleno de dulzura para con nosotros; y en él tenemos nuestras más puras delicias: sincero, profundo, invariable; nunca se fastidia ni llega á abandonarnos: ¿qué más podemos pedir?

Nuestra amadísima Señora es toda para nosotros. En esto la Madre de Dios no sólo atiende al interés que le inspiran sus hermanos que somos nosotros y al amor que debe á sus hijos adoptivos, sino al celo ardentísimo de la gloria de Dios que la abrasa y consume. Pertenece á Dios enteramente; y con una perfección incomparable sirve á Dios animada por el Espíritu divino, siguiendo sus inspiraciones con docilidad y prontitud y rebosando su alma en celestiales delicias. Ahora bien: no descuidándonos un solo instante, y cautivando nuestro cariño con el suyo, nos hará caminar por las sendas de la virtud, y alcanzará de nosotros cuanto quiera; y esta Madre santísima no ha de querer sino que amemos y sirvamos al Señor.

Si el celo de la gloria de Dios anima al Corazón de María, también la obediencia es su vida; y esta obediencia le pide que sea enteramente de los hombres: Dios nuestro Señor quiso que fuese nuestra Madre, y llenó el Corazón de la santísima Señora de amor y de ternura

hacia los hombres; ese amor no la deja pensar, si así podemos decirlo, sino en sus hijos; y esa ternura la hace derramar sobre ellos, todos los tesoros de la misericordia y de la gracia; y todo esto lo realiza con una delicadeza y una benignidad, que rinden y cautivan los corazones más indiferentes y rebeldes. Cual si olvidase María su dignidad infinita y su grandeza, se humilla enteramente por el amor de sus hijos; y si esto nos admira y encanta, no nos extraña, ya que lo hace en virtud del celo de la gloria de Dios en que se abrasa. ¿Qué no quisiera emprender y realizar esta Madre divina por esa gloria que le es tan amada? Y Dios le dice: Ama á los hombres y vive para ellos; y María lo hace, porque la gloria de Dios así lo pide.

Mi Amada es para mí: Si se tratase de un amor terreno, la felicidad que revelan tales expresiones serían un engaño miserable, ya que el hombre no es sino triste vanidad; mas el amor de la sagrada Virgen es manantial de verdadera dicha; procede del afecto incomparable con que se digna honrarnos; y este afecto es profundísimo, invariable, y de una delicadeza que no nos es dado comprender. Afecto profundísimo, porque tiene su origen en el abismo insondable de la caridad de Dios; es invariable porque se funda en la verdad, en el amor divino y en el celo de la gloria del Señor; y resplandece con la justicia, la paz y el gozo del Espíritu santo:

todo esto embellece y sublima el afecto que María nos tiene, y le presta una delicadeza amable y perfectísima.

Nuestros labios pronuncian con inmensa dulzura estas palabras: Mi Amada es para mí, que encierran una dicha muy grande y son un tesoro de inmensa valía. El Corazón que así nos ama jamás ha de cambiar; descansemos pues en brazos de nuestra amantísima Señora, y nada sean para nosotros los amores de la tierra.

¡Oh Madre incomparable! jamás nos negueis vuestro amor; sin él quedaríamos perdidos. Somos vuestros hijos y una madre no quiere para estos sino el bien; y nosotros después del amor de Jesucristo, en el vuestro hallamos la paz, el consuelo, la vida y todos los bienes. Sed para siempre de nosotros.





ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPÍTULO VII

Yo soy para mi Amada.

HEMOS nacido para el cielo y no para la tierra; no para servir al mundo sino á Dios: esto es lo que debemos procurar con todo empeño, servir á Dios, ya que haciéndolo vamos camino derecho de nuestra felicidad.

Caminemos hacia Dios; mas nadie llega al Padre sino por Jesucristo nuestro Señor; y á este Hijo divino se llega por María. Desde este punto de vista el amor de la santísima Virgen nos descubre su razón de ser y su altísima importancia. María no es el término; puesto que sobre Ella está Dios á quien nos dirigimos finalmente; y nuestro corazón no tendrá quietud, sino al descansar en el seno de Dios; mas la Niña preciosa del Señor nos lleva de la mano

al descanso de que hablamos. ¿De qué manera lo hace? Acercándonos á su Hijo Primogénito nuestro Señor Jesucristo. María se nos presenta como nuestra hermana; y si bien por un privilegio admirable no incurrió en el pecado original, ni estuvo sujeta á la triste miseria de contraerlo, ni en el peligro de incurrir en él, como dice san Francisco de Sales; sin embargo es verdadera hija de Adán y tiene su naturaleza; y por esto el Hijo de Dios á quien dió su sangre inmaculada y santa, es verdadero hombre, que fué concebido en sus entrañas por obra del Espíritu divino; y esto es lo que justifica al impío, lo que nos salva: creer que en el mismo Señor hay verdadera divinidad y verdadera humanidad; y María teniendo en brazos á su Hijo santísimo, nos dice: Esto es lo santo que ha nacido de mí, el Hijo de Dios.

Si separamos un instante á la Virgen santísima del misterio de la Encarnación; si no la admitimos como verdadera Madre de Jesús, ¿podrá subsistir aquel adorable misterio? Mas creyendo como realmente creemos que el Verbo de Dios es Hijo verdadero de María, la luz del cielo ilumina nuestras almas con sus bellos resplandores, y tenemos que confesar que Jesucristo es nuestro hermano en todo semejante á nosotros, fuera del pecado.

María que nos da á conocer á Jesucristo, nos da también su santo amor, como Dios y hom-

bre; como Dios, porque la divina persona del Verbo del Padre al tomar nuestra naturaleza en el seno de nuestra Señora, nos revela una bondad amabilísima y sagrada y un amor sin límites. Así nos ha amado que se ha hecho hombre por nuestra salvación é Hijo de María. Esta sacratísima Señora le atrajo del seno de Dios, delante de quien se presentaba resplandeciente de luz y de gracia y con el encanto y la perfección de todas las virtudes. Ella, por lo mismo, inclinó la bondad del Eterno á derramar sobre el mundo los tesoros de su amor y su clemencia; y el Hijo de Dios se hizo hombre por nuestra salvación. Nadie puede comprender cuánto nos ama María; recibe en su seno al Hijo del Eterno, le da á luz como Madre verdadera, le lleva en brazos, y nos le muestra diciendo: Ved á vuestro hermano que engendré de mi propia substancia; es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Y ese Niño déjase ver amabilísimo en brazos de María y cautivando todo nuestro amor. No nos espanta con los rayos de su terrible justicia; porque no ha venido á juzgar al mundo sino á salvarlo; y está en brazos de la más tierna y compasiva Madre de los hombres que calma la indignación de ese Hijo y la convierte en la dulce sonrisa de la misericordia.

Es María perfectísima y amable, está enriquecida con todas las gracias y dones de los cielos;

y tiene un atractivo santo y misterioso, que rinde y encadena nuestros corazones. Es fuente inagotable de luz, de gracia y de vida; resplandece con todos los encantos de la hermosura, de la bondad y la clemencia; y en todo esto su Hijo amabilísimo la excede sin medida alguna. Ahora bien: al poner en María nuestro cariño, abre sus labios y nos dirige estas palabras: *Ascende superius*, y ¿hasta dónde? Hasta el amor de Jesucristo; y el corazón que tanto ha gozado en la belleza y en las perfecciones de María, aviva sus deseos, suspira de amor, y se eleva hasta su Hijo divino. Si queremos pues amar al Hijo, amemos á la Madre, que es un camino verdaderamente delicioso, abierto á los humildes, y en el cual nadie llega á extraviarse.

Lo que acabamos de decir nos está mostrando la altísima importancia del amor á la sagrada Virgen; y ¿cuánto es lo que debemos amarla? Cuanto sea posible con el auxilio de la gracia; que no por esto quedaremos sin aliento, sino todo lo contrario; porque la Virgen santa vivifica y robustece nuestro amor. Como aquella viuda que llenaba de aceite los vasos que le presentaban sus hijos (1); así María llena nuestros corazones del bálsamo de su santa caridad hasta que rebosan; y ungidos con ese preciosísimo licor se vigorizan y se inflaman en nuevos ardores.

(1) IV Reg. IV, 5.

Seamos todos para nuestra Amada; porque llenos de miserias y necesidades que no podemos remediar, estas mismas nos exigen que acudamos á María, que todo lo puede con Dios nuestro Señor. El que es Padre de misericordias y Dios de todo consuelo, quiere comunicarnos todas sus gracias por medio de esta santísima Señora; sus plegarias siempre le son agradables porque El mismo las inspira, y tienen por objeto la divina gloria y se ordenan á la eterna salvación de los hombres. Jamás las desoye, pues esto no lo permite el amor que le tiene: la ha preferido á todas las criaturas, la ha hecho su Madre verdadera y colmádola de gracias y dones celestiales. Quien así ama no sabe negar cosa alguna. Mas si María es extraña á nuestro amor, ¿acudiremos á Ella con toda confianza? En caso contrario, si nuestro corazón le pertenece enteramente, si de Ella son todos sus afectos, casi sin darnos cuenta de lo que nos pasa, acudiremos á su santo patrocinio diciéndole una y otra vez: bajo tu amparo nos acogemos santa Madre de Dios; y María no dejará burladas nuestras esperanzas.

María es nuestra Madre, le hemos dado el corazón y todo cuanto somos; y al decirlo descansamos en sus brazos, ó bien nos postramos á sus pies sagrados. No somos de nosotros mismos; si lo fuésemos seríamos unos insensatos, porque palpamos nuestra gran miseria. No so-

mos del mundo ni de las viles pasiones de la carne: esto sería nuestra desgracia; mas siendo de María, esta santísima Señora tendrá que recordarnos, si lo hemos olvidado, que con Ella están las riquezas y la gloria, las obras esclarecidas y la justicia para enriquecer á los que la aman y colmar sus tesoros. Con Ella no está la miseria, ni puede acercársele el pecado; y seremos muy dichosos viviendo en su seno maternal. Nada podrá faltarnos; porque siempre atenta á nuestras necesidades, puede y quiere remediarlas según se lo pide el amor que nos tiene; y no hay corazón como el suyo, después del de Jesús. Llena de misericordia y de una bondad que jamás se fastidia de nosotros, endulza todas las amarguras de la vida y nos da paciencia en las adversidades, y con el recuerdo de sus dolores calma los que padecemos; es la Reina de los mártires; y en la pasión y muerte de su Hijo inocentísimo, sumergido quedó su Corazón en un oceano de aflicciones: ¡cuán amargas fueron entonces sus lágrimas! y todas las derramó por nosotros; y cuando lloran sus hijos, las lágrimas que éstos derraman las une con las suyas; y así nos da el mayor consuelo que pudiéramos desear. Pensando en esto decimos lo siguiente: padeció por nosotros acerbísimos dolores, ¿dejaremos de amarla con todo el corazón?

María tiene presente que somos hermanos de

Jesucristo su Hijo divino, y que este Señor la hizo nuestra Madre; y desde entonces lo ha sido, y en tanto grado que si á Jesús llevó en su seno únicamente nueve meses, á nosotros nos guarda en su Corazón inmaculado y santo, todos los días de nuestra vida; y viviremos en El perpetuamente allá en el cielo. Su carácter de Madre de los hombres, y la solicitud incansable y delicada que nos consagra ¿no serán inviolables y preciosos vínculos que con Ella nos ligen para siempre? El cariño que nos tiene hace una dulce violencia á nuestro corazón; nos confesamos rendidos, y dichosamente encadenados por esa Madre amorosísima; la deseamos amar con toda el alma; y contando con la gracia divina, nadie logrará separarnos de su santo amor; ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni la altura, ni la profundidad, ni lo presente, ni lo futuro, ni cualquiera otra criatura. María reinará para siempre en nuestro corazón: yo soy para mi Amada; y ¿por qué? Porque Ella es la Reina de los cielos y de la tierra, Inmaculada y santa, perfectísima y amable sobre todas las demás criaturas, tesoro casi infinito de virtudes y dones celestiales, piélagó insondable de bondad, perenne surtidor de la divina gracia, toda hermosa, purísima y sin mancha, hija predilecta del Eterno, su encanto y sus delicias, Madre del Unigénito de Dios, que ha depositado en Ella todos sus tesoros, Esposa

muy amada del Espíritu divino, su única paloma, inocentísima, más hermosa que la luz del cielo y más pura que los ángeles de Dios.

La amamos con todo el corazón porque Dios así lo quiere; y al cumplir la voluntad divina complacemos al Eterno. La amamos con todo el corazón, porque después de Dios es todo nuestro bien, Madre que nunca nos olvida, cariñosa y agraciada, hermana que con su afecto y virtudes nos roba el corazón.

Maríanos colma de favores desde la cuna hasta el sepulcro: tales favores por sí mismos obligan nuestro afecto; mas debemos añadir que proceden de una benevolencia incomparable y nunca merecida. ¿Por ventura nuestras buenas obras reclaman de justicia tal benevolencia con nosotros? ¡Ay dolor! nuestras ingratitudes nos están diciendo de qué manera nos hemos portado con María; y el funesto olvido de nuestra alma respecto de tan tierna y cariñosa Madre, nos cubre de vergüenza. María cual si todo lo ignorase, no aparta de nosotros sus miradas llenas de compasión y de dulzura; porque Ella es nuestra y su Corazón nos pertenece. Prodigio es éste de una belleza incomparable y de un atractivo que nos lleva, casi sin poderlo resistir, á su sagrado amor.

Nos ama con un cariño, sobre toda expresión, admirable, constante, invencible... ¡Cómo tener encerrado en el pecho el fuego que en él

ha encendido el amor que nos tiene la más generosa y amante de todas las madres! Es indispensable prorrumper en bendiciones y alabanzas; tiene el corazón que desahogarse á los pies de la sagrada Virgen, y decirle cuánto la ama.

Madre santa, ¿quién tan pura y hermosa, tan dulce y amable como Vos? Todos vuestros hijos os bendicen; mas nada son tales bendiciones comparadas con las que os da el Padre celestial, ese Padre que os ama con tanto cariño y que os dió á su mismo Hijo; y este Hijo al haceros su Madre verdadera, y desde el primer instante de vuestro sér immaculado, os colmó de las gracias del Espíritu divino, de quien sois la Esposa muy amada y la preferida sobre las demás criaturas. Oh Señora, después del amor que Dios os tiene y de las bendiciones y alabanzas con que se digna colmaros, ¿recibiréis las nuestras, y el amor tan imperfecto que os tenemos? Sois Madre y la más amorosa de todas. Por esto os bendecimos y alabamos, os damos gloria porque sois la muy amada del Eterno. Nuestro corazón os ama con todos sus afectos; encanto y alegría de los cielos y la tierra y dulcísima esperanza de los hombres. Sois la primera en el amor de Dios, mil veces dichosa; y la felicidad de que gozáis nadie podrá perturbarla y durará para siempre. Esta es nuestra dicha y la gloria de los que os amamos. Nuestra Madre es dichosa, decimos, y

su gloria no tendrá fin. Palpita de ternura el corazón, y caen de los ojos lágrimas de inefable gozo. Bendito sea mil veces el Dios que os crió tan pura, y os enriqueció de toda gracia y virtud, y que os colma de dicha inmensa. Gozad, gozad, preciosa Virgen de nuestros amores, de las dulcísimas caricias del Señor.

No estamos satisfechos del amor que os tenemos; ¿ni cómo pudiéramos estarlo cuando es tan tibio, y nosotros somos unos miserables pecadores? A Vos corresponde convertirnos al Señor, conservarnos en la divina gracia y avivar más y más las llamas de la santa caridad en nuestras almas.

¿Qué haremos para amar con todo el corazón á nuestra Niña, para decir con verdad estas palabras: Yo soy de mi Amada, la purísima Virgen María? Pensar en Ella cuanto nos fuere posible, en su immaculada y celestial pureza, en las mil y mil gracias que la adornan, en los continuos beneficios que recibimos de sus manos, y en la necesidad que tenemos de su intercesión.— Reflexionemos que muchos no la aman ni la sirven como debieran hacerlo; lloremos penetrados de amarguísima tristeza; y estas lágrimas y el amargo sentimiento de nuestro corazón, avivarán las llamas del amor que le tenemos. Pongamos los ojos en nosotros mismos; y ¡cuánto tendremos que llorar y entristecernos! No la hemos amado verdaderamente: así nos lo prue-

ban la resistencia y el desprecio á sus inspiraciones, nuestro olvido y las ingratitudes con que hemos pagado su cariño. ¿Dejaríamos de llenarnos de pena y de amargura pensando en esto? ¿Por qué no reparar nuestras faltas con el más ardiente y abrasado amor á nuestra Madre, tan buena y generosa, á quien tanto debemos, y que es nuestra esperanza de salvación y vida eterna? No dejemos que el desaliento penetre en nuestras almas: María es Madre indulgente y compasiva sobre toda expresión; pidámosle que no recuerde nuestras faltas, y nos alcance los auxilios de la gracia para amarla con todas nuestras fuerzas, con todo el corazón, para que Ella reine eternamente en nosotros.

Mi Amada es para mí; yo soy para mi Amada, y lo seré para siempre. Sean estas las últimas palabras que pronuncemos al morir.



CONCLUSIÓN

ESCUCHE con agrado la Virgen purísima de mis amores, la Reina del cielo y de la tierra, la Madre de Dios, el humilde cantar de mis cantares.

Admiro su santidad original llena de perfección y de belleza, y bendigo á Dios nuestro Señor que quiso acumular en su preciosa Niña todos sus tesoros.—La azucena despide su fragancia; la luz ostenta sus bellísimos fulgores; y en el orden de la gracia, los ángeles de Dios cantan la gloria del Eterno con una armonía tan suave y delicada que arroba y suspende nuestras almas; y María en su Concepción Inmaculada se corona con blancas azucenas; y vistese de luz purísima y hermosa, y los ángeles llenos de alborozo, cantan la gloria de su triunfo.

Pienso un instante en la pureza virginal de

ban la resistencia y el desprecio á sus inspiraciones, nuestro olvido y las ingraticudes con que hemos pagado su cariño. ¿Dejaríamos de llenarnos de pena y de amargura pensando en esto? ¿Por qué no reparar nuestras faltas con el más ardiente y abrasado amor á nuestra Madre, tan buena y generosa, á quien tanto debemos, y que es nuestra esperanza de salvación y vida eterna? No dejemos que el desaliento penetre en nuestras almas: María es Madre indulgente y compasiva sobre toda expresión; pidámosle que no recuerde nuestras faltas, y nos alcance los auxilios de la gracia para amarla con todas nuestras fuerzas, con todo el corazón, para que Ella reine eternamente en nosotros.

Mi Amada es para mí; yo soy para mi Amada, y lo seré para siempre. Sean estas las últimas palabras que pronuncemos al morir.



CONCLUSIÓN

ESCUCHE con agrado la Virgen purísima de mis amores, la Reina del cielo y de la tierra, la Madre de Dios, el humilde cantar de mis cantares.

Admiro su santidad original llena de perfección y de belleza, y bendigo á Dios nuestro Señor que quiso acumular en su preciosa Niña todos sus tesoros.—La azucena despide su fragancia; la luz ostenta sus bellísimos fulgores; y en el orden de la gracia, los ángeles de Dios cantan la gloria del Eterno con una armonía tan suave y delicada que arroba y suspende nuestras almas; y María en su Concepción Inmaculada se corona con blancas azucenas; y vistese de luz purísima y hermosa, y los ángeles llenos de alborozo, cantan la gloria de su triunfo.

Pienso un instante en la pureza virginal de

la Virgen de las vírgenes, María nuestra Señora. Ella es la Virgen que cantó Isaías; y fué virgen antes de concebir á Jesucristo en sus entrañas, cuando le dió á luz allá en Belén, y después de su divino alumbramiento. ¿Quién no siente en el alma vivísimos deseos de trabajar por la santa virtud de la pureza, pensando en la integridad incomparable de María?

Huye de nosotros todo pensamiento menos digno de un cristiano al ocuparnos en esa Niña que fué la admiración y el encanto de los ángeles por su incorruptible y santísima virginidad. Nuestros deseos se remontan hasta el cielo, y todo lo del mundo se nos deja ver en su triste miseria; y queremos despreciarlo, porque no hay en él sino mentira y vanidad, y el pecado, que mancha nuestras almas con su degradación y su ignominia.

La más pura de todas las vírgenes fué escogida por Madre de Dios; dignidad sublime, incomparable; y que encumbra á nuestra amadísima Señora sobre todos los coros de los ángeles, y sobre los más ardientes serafines que están junto al trono de Dios.

La Maternidad de María es una maravilla divina; revelación espléndida y hermosa del poder de Dios, para quien nada hay imposible, y de su sabiduría infinita que todo lo alcanza, y de su bondad dulcísima y amable que se goza en comunicar á los hombres sus misericordias.

María que concibió en sus entrañas al Verbo del Padre, nos adopta por hijos, extiende hacia nosotros su maternal ternura, y cual Madre perfectísima en el orden de la gracia, nos lleva de la mano por las hermosas sendas de todas las virtudes. En Ella tenemos todos los bienes; y por su medio el Señor nos escucha con agrado. Es para nosotros riquísimo tesoro de bondad y gracia, de esperanza y de consuelo; es la paz y la dulce alegría de nuestras almas. Por Ella el Señor perdona nuestras culpas; y por sus manos descienden á nosotros las divinas gracias. Dios puso en esta santísima Señora la plenitud de todo bien al hacerla Madre de su Hijo Unigénito, nuestro Señor Jesucristo. Mas detengámonos por un instante, que al pensar en las grandezas inefables de María, en que Ella es para nosotros la más tierna y compasiva Madre, sentimos que el fuego de su amor abrasa nuestras almas: ¿cómo contenerlo sin dejar que se abra paso y descubra sus ardientes llamas? ¿por qué no desahogar nuestros amores, derramando el alma entera á los pies de la santísima Señora á quien llamamos Madre, y que después de Dios es todo nuestro encanto?

Yo he jurado amarla eternamente, así también se expresarán nuestros lectores; y cumpliré mi juramento mediante los auxilios de la gracia; y para amarla tengo que imitar sus santísimas virtudes. Me humillaré á los pies de todos;

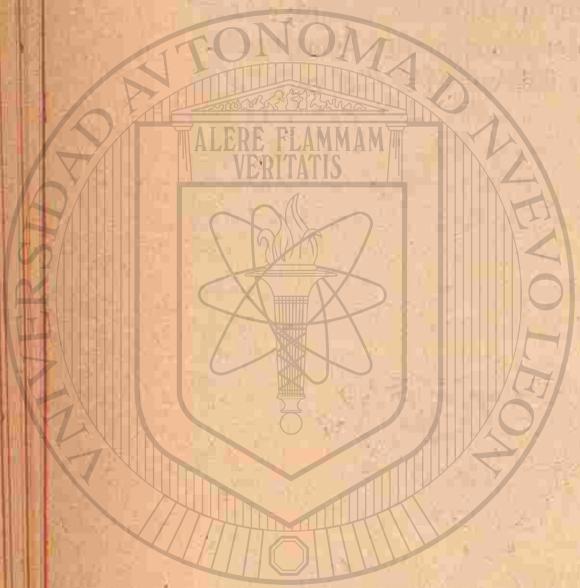
ya que la Amada de mi corazón fué la más humilde de todas las criaturas. Caminaré por las sendas de la santidad y la pureza; porque esas sendas recorrió María. Haré violencia á mis pasiones; sufriré con paciencia las penalidades de esta vida, acordándome de los dolores de mi amada Madre; y la modestia, y la benignidad y la dulzura y las demás virtudes de María me servirán de ejemplo. ¿Tendré vergüenza de imitarla, ó al hacerlo, dejaré que la tibieza manche mis obras? María es mi gloria, y jamás tendré que sonrojarme por ser su hijo y el más humilde de todos sus esclavos.—El amor que me inspira esta Virgen purísima, esta Niña preciosa, me llenará de aliento y fervor en todas mis acciones; y hasta la muerte pensaré en mi dulce Madre, trabajaré por su gloria, y será para siempre todo mi amor y la más dulce esperanza de mi vida.

Virgen purísima de mis amores, admiro vuestra grandeza, venero vuestra dignidad infinita de Madre de Dios, y mi corazón rebosa de inmenso júbilo pensando en vuestra gloria. Seáis mil veces bendita y dichosa, porque Dios se ha complacido en Vos su santa Madre sobre las demás criaturas. ¡Qué felicidad para todos vuestros hijos, ver á su Madre querida en la cumbre de toda grandeza después de la de Dios nuestro Señor; hermosísima, amable y resplandeciendo con la luz de todas las virtudes; ama-

dísima de Dios, y colmada de todos los dones celestiales que son para nosotros, vuestros hijos!

Virgen purísima, os amamos con todo el corazón; os pertenecen todos sus afectos; reinad en él eternamente: somos vuestros hijos, bendicidnos y no permitáis que os olvidemos.





VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nós toca, concedemos Nue-
tro permiso para publicarse la obra titulada
«La Virgen purísima de mis amores. El
Cantar de mis cantares,» por el ilustrísimo
Sr. D. José M. de Jesús Portugal, Obispo
de Aguascalientes (México), mediante que
de Nuestra orden ha sido examinada y no
contiene, según la censura, cosa alguna
contraria al dogma católico y á la sana
moral. Imprimase esta licencia al principio
ó final de la obra y entréguese dos ejem-
plares de la misma rubricados por el Cen-
sor, en la Curia de Nuestro Vicariato.

Barcelona 11 de noviembre de 1904.

EL VICARIO GENERAL,

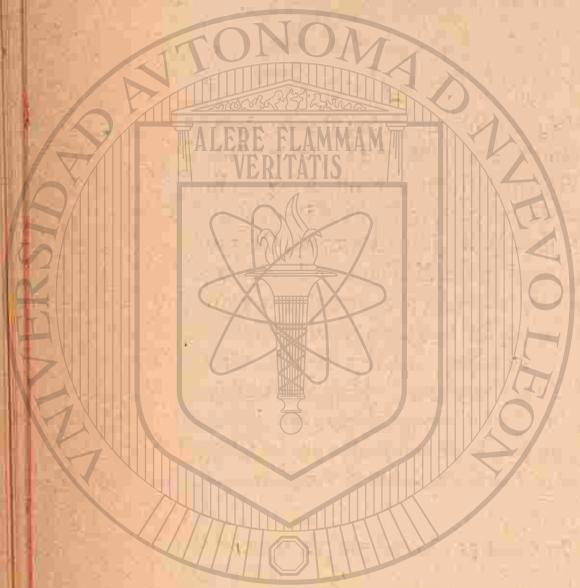
† *Ricardo, Obispo de Eudoxia.*

Por mandado de Su Señoría,

LIC. MANUEL FERNÁNDEZ, *Scrío. Sust.*



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



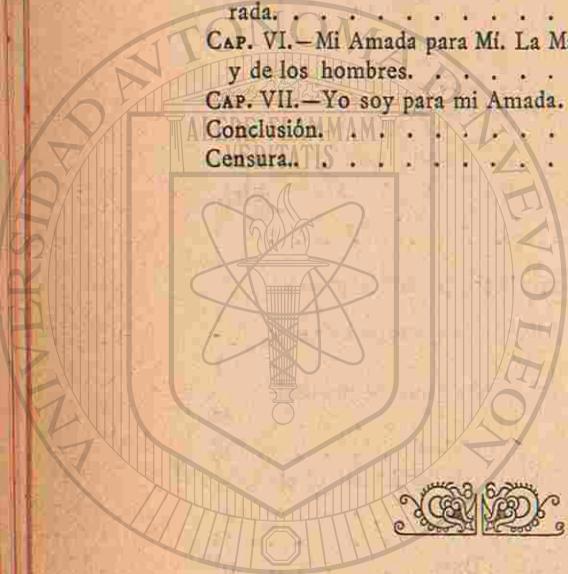
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.	5
LA VIRGEN PURÍSIMA DE MIS AMORES	
CAPÍTULO PRIMERO.—Es la primera entre todas las obras del Señor.	7
CAP. II.—Fué singular y admirable su predestinación.	18
CAP. III.—Inmaculada y santísima.	28
CAP. IV.—No contrajo la deuda del pecado ni estuvo en peligro de caer.	41
CAP. V.—Esperanza y consuelo.	53
CAP. VI.—En el templo de Dios.	63
CAP. VII.—Flor de celestial pureza.	75
CAP. VIII.—La Anunciación.	88
CAP. IX.—La Madre de Dios.	101
CAP. X.—Excelencia y perfección de la divina gracia en la santísima Virgen María.	115
CAP. XI.—La Madre de los hombres.	128
CAP. XII.—Al pie de la Cruz.	142
CAP. XIII.—María en la gloria.	154
EL CANTAR DE MIS CANTARES	
CAPÍTULO PRIMERO.—Un suspiro de amor.	167
CAP. II.—Alabemos su nombre y sus virtudes.	176

	<u>Págs.</u>
CAP. III.—Nuestros deseos.	189
CAP. IV.—¡Es tan hermosa!	199
CAP. V.—Su Corazón dulcísimo será nuestra mo- rada.	210
CAP. VI.—Mi Amada para Mí. La Madre de Dios y de los hombres.	222
CAP. VII.—Yo soy para mi Amada.	234
Conclusión.	245
Censura.	251



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



